

GIORDANO BRUNO

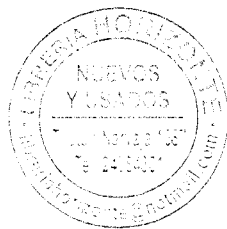
el hereje impenitent



MICHAEL WHITE

GIORDANO BRUNO

el hereje impenitente



Javier Vergara Editor

GRUPO ZETA 

Barcelona / Bogotá / Buenos Aires
Caracas / Madrid / México D. F.
Montevideo / Quito / Santiago de Chile

*Para nuestro hijo, Noah Isaac,
nacido el 10 de mayo de 2000*

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 13

PREFACIO 15

CAPÍTULO UNO

Preludio a una quema 19

CAPÍTULO DOS

Prisca theologica 29

CAPÍTULO TRES

Venecia 47

CAPÍTULO CUATRO

Prisca sapienta 61

CAPÍTULO CINCO

El juicio veneciano 95

CAPÍTULO SEIS

Forcejeos con Roma 139

CAPÍTULO SIETE

Sangre en el suelo, fuego en el alma 147

CAPÍTULO OCHO

En las prisiones de la Inquisición 155

CAPÍTULO NUEVE

Cae el telón 173

CAPÍTULO DIEZ

¡De nuevo! 177

NOTAS 199

APÉNDICE I

El lugar de Bruno en la historia 209

APÉNDICE II

Breve cronología de la vida de Bruno 211

APÉNDICE III

Principales obras de Bruno 213

BIBLIOGRAFÍA 217

SITIOS DE UTILIDAD EN LA RED 221

Mis pensamientos están cosidos a las estrellas.

JOHN LILY

Agradecimientos

Para un autor hay muchos placeres a obtener de la escritura: está la excitación de la creatividad, la emoción de recibir el primer ejemplar de un nuevo libro y, por supuesto, el cheque con que te lo pagan. Pero otro de esos placeres es el momento, después de que el manuscrito haya quedado terminado, en el que puedo expresar mi gratitud a todas las personas que han tomado parte en su creación.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a mis agentes Russ Galen y Peter Robinson, y a mis editores a ambos lados del Atlántico, Andrew Gordon en Londres y Jennifer Brehl en Nueva York. También quiero expresar mi gratitud al personal del Palacio del Dogo en Venecia y del Castel Sant'Angelo en el Vaticano, y a los bibliotecarios siempre dispuestos a ayudar de la British Library en Londres y el Museo Correr en Venecia.

Finalmente, como siempre, me gustaría dar las gracias a mi esposa Lisa, quien soportó el que me fuera a Italia sin ella y a nuestros hijos India, George y Noah, quienes tuvieron que aguantar muchas horas de bañarse sin papá.

Prefacio

El tiempo lo da y lo quita todo; todo cambia, pero nada perece.

GIORDANO BRUNO

El fantasma de Giordano Bruno lleva años cerniéndose sobre mí. Bruno es una de esas figuras históricas que han ido apareciéndoseme una y otra vez, al estilo de un Zelig cualquiera, en lo que, al menos a primera vista, eran las historias de otras personas. Nuestro primer encuentro tuvo lugar mientras escribía la biografía *Isaac Newton*. Se me apareció, como escritor y místico, uno de los integrantes de ese reducido círculo de individuos que habían contribuido a popularizar la tradición hermética, la sabiduría de lo oculto. Newton siempre se sintió fascinado por aquel conocimiento secreto, y leyó la obra de Bruno antes de embarcarse en sus propios estudios arcanos y experimentos alquímicos.

Más tarde, mientras estaba investigando un libro completamente distinto, *Life Out There*, en el que examinaba la búsqueda de vida en otros planetas, Giordano Bruno volvió a aparecerseme. Resultó que Bruno siempre tuvo muchas cosas que decir acerca de la posible existencia de extraterrestres inteligentes. Procediendo de una figura del siglo XVI, aquello me fascinó. Algún tiempo después empecé a escribir una biografía de Leonardo da Vinci, *Leo-*

nardo, el primer científico, y allí volvió a aparecérseme Bruno, sosteniendo una antorcha para iluminar la clase de sueños holísticos tan queridos por Leonardo. Bruno, descubrí, había sido una combinación de místico, filósofo y científico que escribió sobre una forma de unificación, una coagulación de todas las disciplinas dirigida a crear una visión capaz de abarcarlo todo, como había hecho Leonardo antes que él y como haría Newton después de él.

Pero, naturalmente, Bruno fue algo más que otro filósofo interesado en una serie de ideas. Enseguida me quedó claro que aquel hombre había desarrollado su actividad en pleno corazón de la vida intelectual del Renacimiento y que había ocupado un lugar destacado en una auténtica encrucijada de la evolución del pensamiento humano. Bruno siempre estuvo impulsado por el fervor de conocer y explorar. Para él no existían las fronteras, y no aceptaba las limitaciones. Era extraordinariamente inteligente y erudito, pero no fue ningún especialista o genio de una sola disciplina. La de Bruno era aquella clase de inteligencia que siempre va en busca de los retos y las ideas peligrosas y encuentra nuevas conexiones entre ellas; pero, por encima de todo, también tuvo el valor y la determinación de dar a conocer sus conclusiones en una era manchada por las persecuciones y la fe corrompida.

Bruno fue conocido desde muy joven como «el Nolano» porque había nacido en Nola, un pueblo del sur de Italia, cerca de Nápoles. Empezó su vida adulta como simple sacerdote, pero dejó su orden y fue excomulgado por considerársele sospechoso de herejía. Pasó el resto de su existencia recorriendo Europa, enseñando y escribiendo. Nunca permaneció más de dos años en el mismo lugar, pero aun así escribió docenas de libros y opúsculos y gozó del favor de algunas de las figuras más poderosas de su época, Enrique III e Isabel I de Inglaterra entre ellas. Durante un breve período actuó como espía dentro de la corte inglesa y conoció personalmente a muchos de los más célebres (y a menudo notorios) alquimistas, cabalistas y místicos de su tiempo. Era un hom-

bre de trato difícil, apasionado y siempre dispuesto a discutir; ciertamente valeroso, pero también abrasivo.

Después de casi un cuarto de siglo de vida errante, decidió regresar a Italia. En cuestión de meses fue arrestado por la Inquisición y juzgado como hereje. Finalmente, después de padecer casi ocho años de encarcelamiento y repetidas torturas a manos de los cardenales, fue quemado vivo en Roma.

La muerte de Bruno sería condenada por los librepensadores de toda Europa, y añadió otra marca ignominiosa a los ya tenebrosos nombres de la Inquisición y el Santo Oficio. Como era de esperar, el Vaticano hizo todo lo posible para ocultar los detalles de la persecución y del juicio contra Bruno. Por esta razón, hasta tiempos relativamente recientes no se ha sabido demasiado acerca de los últimos ocho años de su vida y del mecanismo de sus procesos.

Bruno fue juzgado primero en Venecia y luego en Roma. Las actas del juicio veneciano y un fragmento del procedimiento romano fueron descubiertos en los Archivos del Vaticano entre 1844 y 1848, casi doscientos cincuenta años después de su ejecución. Dichos documentos fueron publicados por primera vez en 1849 como apéndice de un libro sobre el sistema heliocéntrico copernicano escrito por el estudioso Domenico Berti. Posteriormente Berti escribiría la primera biografía de Bruno, *Vita di Giordano Bruno da Nola* (1868).

Los documentos descubiertos proporcionaban una detallada imagen del proceso celebrado en Venecia durante mayo y junio de 1592, pero apenas ofrecían detalles acerca de lo ocurrido durante los siete años que Bruno pasó en las prisiones vaticanas de la Inquisición y del procedimiento seguido contra él durante ese largo período de tiempo. Hoy en día se cree que la mayor parte del material perteneciente a esos años se perdió cuando las tropas de Napoleón saquearon el Vaticano en 1798, después de lo cual regresaron a Francia cargadas de documentos tomados indiscriminadamente de las Bibliotecas Papales.

Pero no todo se perdió. En 1925, el cardenal Angelo Mercati

fue nombrado prefecto de los Archivos Secretos del Vaticano y supo de la existencia de ciertos documentos concernientes al juicio romano de Bruno, descubiertos unos cuarenta años antes, en 1887. Para su asombro, Mercati comprobó que el Papa de aquel entonces, León X, había ordenado que los documentos le fueran enviados inmediatamente sin que se revelara su contenido a ninguna otra persona: *Che non vole assolutamente che detto Processo sia dato al alcuno*, había dispuesto textualmente León.

Intrigado, Mercati continuó investigando y en 1940 por fin logró encontrar los documentos perdidos en los archivos personales del papa Pío XI, fallecido el año anterior. Dichos documentos describen el último proceso y la sentencia final dictada contra Bruno, por lo que eran de extremado interés para los estudiosos de su vida y obra; pero lamentablemente, sólo detallaban las comparecencias de Bruno ante la Inquisición en Roma entre 1597 y su ejecución en febrero de 1600 y revelaban muy poco acerca de los seis primeros años de su encarcelamiento. En 1940, el cardenal Mercati publicó aquel material con el título *Sommario del processo di Giordano Bruno*, y su texto continúa siendo el informe más detallado sobre los procedimientos seguidos contra Bruno y el intercambio de argumentos desarrollado entre el Nolano y los cardenales que terminaría llevando al veredicto.

Así pues, éste es un relato de persecución y la historia de una lucha, una batalla entre fuerzas desiguales en la que un hombre planta cara a la ignorancia, el dogma y la corrupción. Desplegado contra él se encontraba el poder temporal de toda una religión cuyos representantes terrenales, el papa Clemente VIII y sus cardenales, consideraron necesario quemar a nuestro héroe. Pero como veremos, la suya fue una victoria pírrica y sus acciones, las de unos hombres desesperados. Su momento no tardaría en quedar atrás, en tanto que el recuerdo y el significado del hombre cuyo cuerpo habían hecho desaparecer irían adquiriendo una creciente importancia con el transcurrir de los años.

CAPÍTULO UNO

Preludio a una quema

Por ramas gruesas: 55 sols 6 deniers

Por viñas secas: 21 sols 3 deniers

Por paja: 2 sols 6 deniers

Por cuatro postes: 10 sols 9 deniers

Por cuerdas para atar a los convictos: 45 sols 7 deniers

Por los verdugos, a 20 sols cada uno: 80 sols.

Cuentas de la Inquisición para una ejecución

El gran inquisidor, el cardenal Santoro di Santa Severina, estaba bastante disgustado. En la cámara de la congregación del Vaticano hacía un frío terrible, y no pudo evitar recordar con nostálgico placer las atenciones que su amante le había dispensado aquella misma mañana. Despeinado y con el cuerpo dolorido, el cardenal había sido apartado de aquellas atenciones y se le recordó (con la debida reverencia) que debía lavarse y vestirse para seguir a sus sirvientes hasta la sala de la congregación, donde se seguiría el juicio contra el despreciable hereje Giordano Bruno.

Y ahora tenía delante de él a fray Bruno, un hombrecillo de cabello negro y ojos castaño oscuro, delgado como un palo, consumido y lleno de cicatrices, con el rostro y el cuerpo señalados por las marcas de la Inquisición. Era el 8 de febrero del año 1600, y a Giordano Bruno le quedaban menos de once días de vida.

La sala era enorme y suntuosa. Los ocho cardenales, con sus siete coadjutores acompañados por los notarios, estaban sentados en confortables sillones dispuestos formando un gran arco alrededor del acusado y en los que sus ropajes oficiales de satén se desplegaban delicadamente sobre los asientos de terciopelo. El cardenal Severina se hallaba sentado en un enorme trono situado en el ápice del arco, con las manos apoyadas en los brazos del asiento; sus dedos largos y huesudos se estremecían de impaciencia, haciendo subir y bajar el anillo cardenalicio para reflejar la luz que entraba por los ventanales en un extremo de la estancia.

De todos los cardenales presentes en esa reunión, sólo dos eran realmente importantes. El primero, el mismo Severina. La mano derecha del papa Clemente VIII nunca había podido digerir del todo el que no lograra hacerse con el papado inmediatamente después del primer encarcelamiento de Bruno en Venecia, ocho años atrás. Egoísta y arrogante, Severina se sentía tan seguro de su destino que ya había escogido su nombre oficial: irónicamente, planeaba hacerse llamar Clemente. Ahora aborrecía al auténtico Clemente más de lo que nunca había imaginado que se pudiera llegar a odiar a alguien. Sabía que el Papa se inclinaba a ser misericordioso con Bruno, porque al parecer el muy idiota sentía una inexplicable debilidad por aquel hombre; y por eso Severina haría cuanto estuviera en su mano para oponerse a Clemente y hacer sufrir a Bruno.

El otro cardenal al que había que temer era Roberto Belarmino, un hombre al que le hubiese gustado ver quemados no sólo a los herejes sino también a todos los protestantes y disidentes, con lo que se habría borrado hasta el último vestigio de sentimientos anticatólicos. Belarmino había sido profesor de teología en el Collegium Romanum y más tarde tuvo el gran honor de convertirse en el teólogo personal del Papa, con lo que pasó a ser custodio de la Palabra y consejero de la Santa Sede en todas las cuestiones doctrinales. A pesar de toda su brillantez académica, la visión del mundo de Roberto Belarmino no podía ser más anticientífica. Quince años después de que Bruno hubiera muerto en la hogue-

ra, el reverendo cardenal instigaría el arresto y el juicio de Galileo. Como recompensa, en 1930 la Iglesia canonizaría a Belarmino.

Bruno esperó en silencio ante todos ellos. Severina leyó los cargos, un total de ocho motivos por los que se lo acusaba de herejía. La lista incluía su creencia de que la transustanciación del pan en carne y el vino en sangre era una falsedad, la de que nadie podía nacer de una virgen y, quizá la más terrible, su convicción de que vivimos en un universo infinito dentro del que existen innumerables mundos en los que criaturas como nosotros podrían prosperar y rendir culto a su propio dios. Bruno rehusó hacer ningún comentario sobre aquellos cargos. Dijo que sólo se dirigiría a Su Santidad personalmente; la congregación ya disponía de una declaración escrita por Bruno y dirigida a Clemente; Belarmino la había abierto pero no tenía intención de enseñarla al Papa, dado el lujo de detalles con que ésta exponía las ideas heréticas de Bruno.

Con una aparatosa exhibición de paciencia y piedad, el cardenal Severina volvió a preguntar al acusado si estaba dispuesto a retractarse de sus herejías, pero Bruno se limitó a mirar fijamente el muro que se alzaba detrás de la hilera de cardenales. Así pues, y con un prolongado y teatral suspiro, Severina se reclinó en su trono apoyando las palmas en los brazos, y volvió la cabeza hacia su izquierda para lanzar una rápida mirada a Belarmino.

Un silencio absoluto reinó en la sala por un instante, y Severina volvió a inclinarse lentamente hacia delante y leyó una declaración previamente preparada de Su Santidad, el papa Clemente:

Decreto y ordeno que la causa sea llevada hasta las medidas extremas, *servatus servandis* [con todas las debidas formalidades], pronunciándose sentencia y entregando al susodicho hermano Giordano al tribunal secular.

Y con esas últimas palabras, Bruno fue sacado de la sala para enfrentarse a nuevas torturas.

Unas horas después ese mismo día, Giordano Bruno volvió a encontrarse ante un semicírculo de jueces. Esta vez comparecía ante un comité secular presidido por el gobernador de Roma, en la sala que la Inquisición tenía en el monasterio de Minerva.

Aquella comparecencia había sido decretada porque la Santa Sede nunca sentenciaba directamente a los herejes a ser quemados vivos: con su característica hipocresía, siempre transmitía esa responsabilidad a una autoridad civil. La declaración oficial de la Santa Sede era invariable:

Tomadlo [al hereje] bajo vuestra jurisdicción y que quede sometido a vuestra decisión, para que de tal modo sea castigado con la pena debida; implorándoos, no obstante, como os imploramos vehementemente, que de esa manera mitiguéis la severidad de vuestra sentencia con respecto a su cuerpo para que no haya derramamiento de sangre alguna. Así os lo pedimos nosotros los cardenales, el inquisidor y el padre general, cuyos nombres están escritos debajo del decreto.¹

A todos los efectos prácticos, aquella declaración era una orden dirigida al tribunal secular. Tenían que llevarse a Bruno y quemarlo vivo. A lo largo de los siglos, los sucesivos gobernadores y jueces nunca hicieron oídos sordos a aquella exigencia papal disfrazada; y no conmutaron la sentencia ni una sola vez porque, en caso de que hubieran decidido pasar por alto la instrucción del Santo Oficio, habrían sido excomulgados instantáneamente y quizá se habrían encontrado teniendo que afrontar la muerte sin «derramamiento de sangre alguna».

Y así, con Bruno arrodillado ante sus jueces, el gobernador de Roma finalmente dictó sentencia. El obispo de Sidonia, al que le habían pagado unos honorarios de veintisiete *scudi* por el privilegio, dio un paso adelante, apartó la túnica de la espalda de Bruno y le arrancó su insignia de sacerdote, condenando a su alma a padecer las llamas perpetuas del infierno y degradando simbólica-

mente su espíritu de la misma manera en que las llamas degradarían su cuerpo físico. Los cardenales y los jueces seculares querían hacer desaparecer la misma esencia de aquel hereje, tal como hacían con todos los herejes.² Querían crear la impresión de que aquel hombre nunca había vivido. Con solemne ceremonia y gran regocijo, quemarían su obra y quemarían su cuerpo, disolverían su espíritu y reducirían a polvo su ser físico.

Con las palabras de condena del obispo resonando todavía en la gran sala, se dictó sentencia de muerte entre las llamas y luego el gobernador preguntó a Bruno si tenía algo que decir.

Durante unos momentos interminables ningún sonido rompió el silencio de la sala y los jueces y clérigos contemplaron sin abrir la boca a aquel hombre acabado, aquel ser humano que ahora muy bien hubiese podido pasar por un mero montón de harapos esparcidos encima del suelo de mármol. Finalmente Bruno levantó la cabeza, recorrió la estancia con mirada impasible y serena y, con voz potente que parecía negar su lamentable estado físico, declaró: *Maiori forsan cum timore sententiam in me fertis quam ego accipiam...* (El miedo que sentís al imponerme esta sentencia tal vez sea mayor que el que siento yo al aceptarla.)

Y con esas últimas palabras, el prisionero fue sacado a empujones de la sala y devuelto a su lúgubre celda carente de ventilación, apenas un agujero de dos metros cuadrados en el que había pasado la mayor parte de los últimos siete años y donde sus pies fueron encadenados a una argolla incrustada en el suelo de piedra, con el lento goteo del agua helada que resbalaba por los muros y los correteos de las ratas por únicos sonidos.

Durante las largas y oscuras horas, horas que se habían ido acumulando para convertirse en días que luego se volvieron años, Giordano Bruno tuvo que haber meditado muy profundamente en lo que estaba haciendo, e incluso en quién era y lo que defendía. Nunca se había tenido por un enemigo del catolicismo, pero

había creído que podría «convertir» a sus carceleros, convenciendo de sus ideas al mismo Papa. En principio, al menos, había considerado que aquello era factible. Había recorrido Europa aprendiendo y enseñando. Entró en contacto con el calvinismo, investigando la doctrina de Lutero y descubriendo que tenía muchos defectos. Había estudiado las enseñanzas de los antiguos, encontrando luz y sustancia en las más antiguas filosofías y creencias precristianas. Después había descubierto el pensamiento copernicano y había emprendido sus propios experimentos del pensamiento, llevando a Copérnico mucho más lejos de lo que jamás hubiera creído posible el monje polaco. Bruno había llegado a la conclusión de que el universo era infinito y que no podía haber ningún Dios personal, unas ideas que medio siglo después servirían de base a la teología panteísta y radicalmente anticlerical de Spinoza. Y Bruno se había dado cuenta de que en semejante universo infinito tenía que haber infinitos mundos, infinita diversidad e infinita posibilidad. Todo aquello era anatema para una Inquisición y un Santo Oficio que reverenciaban la conformidad, la ortodoxia y la obediencia.

Bruno tenía quince años cuando ingresó en el monasterio de Santo Domenico, cerca de Nápoles, lleno de entusiasmo y nuevas esperanzas, emocionado por la perspectiva de prepararse para el sacerdocio y con la firme intención de llevar una existencia convencional, dedicando su vida a la enseñanza y la oración. Pero conforme iba creciendo, las ideas de la estricta doctrina dominica y sus propias y peculiares creencias empezaron a diverger considerablemente. Bruno aceptó la ordenación, pero nunca fue capaz de poner freno a sus pensamientos y de guardarse para sí sus convicciones heterodoxas. Unas semanas después de serle conferido el sacerdocio, Bruno suscitó primero las sospechas y luego la ira y la censura de sus superiores en el monasterio. Pecando quizá de imprudencia, había mantenido largas discusiones sobre la filosofía de Aristóteles con sus colegas, tratando de poner al descubierto las muchas inconsistencias que veía en ella. Después había empezado

a cuestionar sutilmente la doctrina de la Trinidad. Pero, para empeorar más las cosas, luego se le ocurrió escribir una historia satírica, *El arca de Noé*, en la cual hacía sesgadas pero burlonas referencias a los creyentes que no sabían pensar por sí solos. Lo peor fue que se atrevió a afirmar que aquellos a quienes la Iglesia calificaba de herejes, aquellos que expresaban opiniones religiosas situadas fuera del ámbito de la Sagrada Biblia, quizá no fueran todos unos ignorantes condenados a las llamas del infierno. Adoptando las ideas de la fe arriana, en la que la Trinidad era considerada una mera invención humana y Cristo la primera «creación» de Dios, Bruno había seguido manteniendo acaloradas discusiones con los otros monjes del monasterio.

Pero lo que realmente selló su destino e hizo de él un paria dentro del monasterio fue el que se supiera que había leído textos prohibidos, las obras de místicos y alquimistas. Un hermano, Bruno nunca llegó a descubrir quién, fue el que lo denunció después de haberlo sorprendido en el retrete leyendo a Erasmo. La falta estaba considerada de tanta gravedad que el prior Ambrogio Pasque, quien ya se había hartado de su díscolo pupilo, no vaciló en comunicar lo ocurrido al padre provincial para que Bruno respondiera a la acusación de herejía, un crimen que conllevaba la excomunión y, en casos extremos, la muerte por el fuego.

A aquellas alturas, Bruno ya había comprendido que la vida monástica no estaba hecha para él. Todos sabían que era un intelectual excepcionalmente dotado y agraciado con el don de la elocuencia, algo que ni siquiera el prior podía negar. Pero también saltaba a la vista que era peligrosamente sagaz, un subversivo al que más valía aislar. Y sabiendo cómo se habría cerrado la red para atraparlo, Bruno optó por la huida para no tener que enfrentarse al inquisidor local. Con todo, semejante decisión lo obligó a llevar una vida sin hogar. Nunca podía quedarse mucho tiempo en el mismo sitio, nunca se sentía seguro. Unos meses después fue excomulgado *in absentia* y se convirtió en fugitivo, con la mirada vuelta hacia el futuro pero perpetuamente en guardia. Ahora esta-

ba condenado a cargar con las consecuencias de su pasado, y sus enemigos lo perseguirían por toda Europa durante el resto de su vida.

El temperamento de Bruno, y particularmente su insistencia en la libertad intelectual, hicieron de él un perfecto hombre de su tiempo. Pero, debido a sus opiniones radicales, pasaría toda su vida en conflicto con la Iglesia. Al igual que Galileo después de él, Bruno había nacido en el lugar y el momento menos adecuados para llevar una vida dedicada a difundir lo que estaba considerado por muchos como una extrema herejía. Si hubiera vivido en el norte de Europa como Martín Lutero —o sólo con que hubiera sido un poco más astuto, como Erasmo—, habría podido disfrutar de la ancianidad. En vez de ello, Bruno buscó deliberadamente el peligro y la controversia y nunca rehuyó el enfrentamiento con sus adversarios.

Sabía que sus ideas resultarían inaceptables para el régimen del catolicismo, ya que los intereses del Vaticano hacían que la Iglesia se hubiese atrincherado en el dogma y el oscurantismo. La Iglesia predicaba que la Eucaristía suponía la comunión real, física y espiritual, de Dios con los fieles, mientras que Bruno únicamente veía en ella un ritual que unificaba distintos aspectos de Dios. En su filosofía panteísta, los mismos fieles eran Dios y el pan y el vino eran elementos de lo divino. La Iglesia mantenía que las ideas de Aristóteles eran la única descripción apropiada del mundo físico, y Bruno disfrutaba desmenuzándola y poniendo al descubierto sus obvias inconsistencias. La Iglesia se tenía a sí misma por la única fe verdadera, y Bruno dedicó toda su vida a articular una filosofía que amalgamaba el catolicismo con el racionalismo, el hermetismo y las antiguas religiones. La Iglesia rechazaba de plano la existencia de lo oculto (a pesar de lo cual quemaba a las brujas y perseguía a los alquimistas por heréticos), en tanto que Bruno utilizaba las ideologías del ocultismo como una de las diversas maneras de revelar la Verdad y alcanzar la iluminación. La Iglesia quería sembrar la confusión, dominar, suprimir verdades incómodas y

revelar a los fieles únicamente las cuestiones esenciales de la doctrina, mientras que Bruno propugnaba la libre circulación de la información y el intercambio de conocimientos, y estaba a favor del cambio, el debate y la libertad de pensamiento.

Siendo consciente de que las disparidades radicales que separaban a sus opiniones de la postura ortodoxa eran prácticamente insuperables, Bruno tenía que saber que acabaría en la hoguera, pero aun así se mantuvo fiel a sus principios. Una generación más tarde, Galileo, obrando de acuerdo con sus propias y complejas razones, se retractó y consiguió salvarse de las llamas; pero Bruno resistió, y si tuvo algún momento de flaqueza emocional, supo ocultarlo. No obstante, no fue ningún loco que se precipitara alegremente a la hoguera impulsado por el fervor religioso: era un hombre profundamente racional, un místico, un sabio y un filósofo que comprendía lo que estaba haciendo. Y aun así, afrontar con un propósito razonado, de manera desafiante y sin dejarse doblegar una muerte tan terrible requiere un coraje especial, una voluntad de hierro, una dedicación similar en su intensidad a la de Cristo y que nos resulta casi imposible imaginar.

CAPÍTULO DOS

Prisca theologica

Y de todas nuestras flaquezas la más cruel es despreciar
nuestro ser.

MONTAIGNE

La vida de Bruno fue determinada por la segunda mitad del siglo XVI, un período que suele considerarse el final del Renacimiento.

Pero en realidad los historiadores se encuentran con ciertos problemas para llegar a un consenso acerca de las fechas que marcan el inicio y el final de este renacer de la cultura; y algunos querían que el Renacimiento tardío terminara poco menos de un siglo antes del primer florecimiento de la Ilustración que germinó a partir de las ideas de Newton, Descartes y Locke a finales del siglo XVII. Pero sea cual sea la definición que se emplee, el Renacimiento tardío puede ser considerado un período en que el mundo se encontraba en un estado de cambio sin precedentes. Los grilletes del medievalismo seguían presentes, especialmente en aquellos lugares donde la Iglesia era temida y respetada, pero la labor de miles de individuos alentados por un apasionado ideal cuyos esfuerzos se habían prolongado a lo largo de casi dos siglos ya había, cuando Bruno entró en la edad adulta, imprimido a la civilización un impulso que empezaba a volverse incontenible, una sed de

aventuras, innovaciones y nuevos horizontes que miraba hacia delante y buscaba inspiración y energías en el futuro.

Hacia finales del siglo XIV, un siglo y medio antes del nacimiento de Bruno, un pequeño grupo de europeos acomodados que buscaban novedades y conocimientos y (eso tampoco debe ser pasado por alto) anhelaban obtener prestigio y reconocimiento social, empezaron a buscar activamente los tesoros literarios y filosóficos de la Antigüedad. Dichas personas enviaron un sinnúmero de emisarios en busca de manuscritos perdidos, aquellos originales latinos escritos por las figuras semimíticas de la época clásica.

El centro de aquella actividad fue Florencia, donde los Médici y otros nobles acaudalados alentaron un auténtico apetito por el conocimiento, disponiendo del dinero y el ímpetu social necesarios para perseguir los con frecuencia lejanos ecos de la educación y extrayendo un placer de segunda mano de aquellos historiadores y lingüistas enviados por ellos a Oriente para visitar castillos árabes y turcos, oscuros monasterios y antiguas bibliotecas medio derruidas.

Algunos de los primeros textos clásicos latinos fueron encontrados por Giovanni Boccaccio, Coluccio Salutati y Giovanni Conversini, quienes trajeron a Florencia una serie de obras de gran importancia entre las que figuraban las *Historias* de Tácito, la *Astrológica* de Manilio y el incendiario *Brutus* de Cicerón. Poco después, los estudiosos (entre los que destacaba Petrarca) supieron de la existencia de una fuente todavía más remota para aquellas ideas que habían tomado de Roma, y de ese modo los antiguos manuscritos griegos gradualmente fueron descubiertos y llevados a Florencia y otros lugares de Italia. En 1420, centenares de textos ya se hallaban en manos de un puñado de mecenas y se pudo dar comienzo a la labor de traducir aquellas obras seminales. De esta manera, las enseñanzas de Aristóteles, Platón, Pitágoras, Euclides, Hipócrates y Galeno en su forma original dieron origen a una nueva era de humanismo y reforma, al mismo tiempo que desencadenaban un renovado interés por la ciencia, la medicina y la filosofía.

Pero el Renacimiento, al que Engels llamó «la mayor revolución progresiva jamás experimentada por la humanidad hasta el momento», no sólo obtuvo sus energías del pasado.¹ Todas las figuras clave del período, desde Leonardo hasta Maquiavelo, fueron en cierto aspecto criaturas del pasado, cada una de ellas imbuida por los ideales y los sistemas de pensamiento de la Europa medieval; pero, desde mediados del siglo xv (el Alto Renacimiento) aquellos pioneros vivieron en un mundo poseído por la mayor creatividad individual de todos los tiempos. Exactamente un siglo antes del nacimiento de Bruno, Gutenberg empezó a utilizar los tipos móviles y la imprenta se convirtió en una realidad. La famosa Biblia de cuarenta y dos líneas de Gutenberg fue producida alrededor de 1455; tres años después había un taller de imprenta en Estrasburgo y veinticinco años más tarde, en 1480, más de una docena de impresores trabajando en Roma, y a finales del siglo xv se calcula que Venecia ya tenía cien impresores. A esas alturas se había impreso unos cuarenta mil títulos. Un siglo antes del nacimiento de Bruno existían menos de treinta mil libros, todos escritos a mano; pero cuando el Nolano empezó a enseñar y a recorrer Europa a finales del siglo xvi ya existía un canon formado por unos cincuenta millones de libros impresos.

Aquello fue magnífico para el progreso intelectual, pero en casi todos los aspectos cotidianos, el mundo de 1600 se diferenciaba muy poco del de 1450. La esperanza de vida era de veinticuatro años para la mujer y de veintisiete para el hombre. La inmensa mayoría de los seres humanos pasaban casi toda su existencia acosados por el hambre y las enfermedades, y los ricos padecían los mismos horrores que los pobres: la plaga, la pestilencia y la guerra eran absolutamente democráticas. Con excepción de unos pocos afortunados, todos eran analfabetos y pasaban la mayor parte del tiempo sumidos en la embriaguez. Casi nadie llegaba a alejarse más de diez kilómetros de su hogar a lo largo de su existencia, los forasteros suscitaban suspicacia y recelo, y nadie tenía idea de en qué año vivía ni sabía nada del mundo existente más

allá de su pueblo o aldea. Su religión, aunque exteriormente católica, se componía de nueve partes de superstición y magia terrenal por una de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; y la variedad de cristianismo que se les inculcaba por la fuerza apenas era comprendida, envuelta como estaba en terminología cuasi-mística. Y aún más importante, la población recibía su adoctrinamiento religioso en una lengua para la mayoría de las personas totalmente ininteligible, el latín. Debido a ello, para el campesino del siglo XIV, la educación religiosa derivaba únicamente de la Biblia, y las obras sagradas ortodoxas prácticamente no tenían sentido para él.

Para semejantes personas, la vida cotidiana era una agonía y la sociedad en la cual vivían se hallaba prácticamente estancada. Los médicos practicaban sangrías mediante el cuchillo o las sanguijuelas, y los millares de alquimistas alimentaban sueños avariciosos de transmutar los metales viles en oro. El mundo material estaba amenazado por bacterias que se propagaban a través de las ratas y aniquilaban periódicamente a una gran parte de la población europea, así como por las guerras que causaban estragos entre la población campesina. Mientras tanto, el poder de la fantasía y el miedo generaban pesadillas en las que demonios surgidos del mundo subterráneo acechaban y daban muerte a los incautos. Las cosas sólo empezaron a cambiar con el advenimiento de la Revolución Industrial alrededor de 1780, casi dos siglos después del asesinato de Bruno.

Y la responsabilidad de este enlentecimiento del progreso hay que atribuirlo en su mayor parte a una gran institución que llevaba mil trescientos años prosperando en el centro de la civilización occidental: la Iglesia católica. Puesto que, si el esfuerzo intelectual humanista y secular del Renacimiento representa al pensamiento humano en su fase ascendente, el inicuo catolicismo era su malvado gemelo oscuro e iba en dirección exactamente opuesta.

Casi todos los filósofos del Renacimiento fueron devotos católicos que en su mayoría se guardaban sus ideas más radicales para sí mismos; y en el caso de que las publicaran como lo hacía intré-

pidamente Bruno, sus obras sólo eran leídas por una reducida elite. La Iglesia de Roma sofocaba con implacable energía toda expresión pública de las opiniones radicales y perseguía a los autores que propugnaran cualquier filosofía anticatólica. Aunque apoyaban la proliferación del conocimiento teológico entre las clases privilegiadas dotadas de educación, los líderes eclesiásticos eran instintivamente antiintelectuales y obstinadamente oscurantistas. Para aquellos cardenales que defendían con celo su privilegiada existencia terrenal, cuanto menos supieran los seglares tanto mejor.

La fe cristiana empezó siendo pura, pero debido a la misma naturaleza del deseo humano, esos orígenes dignos de encomio no tardaron en contaminarse. En tiempos de Bruno, la Iglesia ya llevaba mucho tiempo sumida en un nivel de corrupción casi inimaginable. Primero vino el engaño de los Evangelios, unos textos semificticios a los cuales se hizo pasar por fidedignas descripciones de acontecimientos que en realidad habían sido escritos más de dos siglos después de que los hechos hubieran tenido lugar. Todo lo que se cuenta en los Evangelios de Mateos, Marcos, Lucas y Juan es una mixtura de mito, leyenda, rumores y, en gran parte, mera ficción imaginativa.

Sin embargo, aquella precaria teología prosperó porque, después de todo, la alternativa ofrecida por las arcanas religiones paganas y los residuos de las sectas romanas era todavía más remota y desconectada de la realidad. El terrible panorama del Antiguo Testamento que ofrecía el cristianismo al menos venía contrapesado por la dulzura de la imagen de Cristo y la accesibilidad de su figura tal como había sido esbozada por los narradores del Nuevo Testamento.

Pero lo realmente crucial es que la doctrina originada a partir de los escritos de los padres fundadores de la Iglesia proporcionaba un modelo que sólo permitía llevar una existencia muy sencilla. Eso bastaba para la inmensa mayoría de una población analfabeta, pero resultaba inconcebible para una elite ávida de co-

nocimientos. La ortodoxia suministraba modelos y paradigmas, pero en última instancia dejaba demasiadas preguntas sin respuesta. Esas preguntas nacían tanto de la curiosidad intelectual como de las inevitables discrepancias acerca de cómo había que construir una civilización moderna. El cristianismo dio forma a los fundamentos éticos de la sociedad occidental, pero lo que podían ofrecer quienes producían el culto fue resultando cada vez más inapropiado a medida que la sociedad alcanzaba un mayor nivel de refinamiento.

Para aquel problema sólo podía haber una solución: los gobernantes tendrían que llenar los huecos. En otras palabras, tendrían que inventarse la doctrina. Y así fue cómo en el año 352, el emperador Constantino se encontró atrapado en un laberinto de conflictos teológicos y cuestiones doctrinales que no se sabía cómo afectarían a Occidente. La misma estructura sobre la que se sustentaba su poder se hallaba seriamente amenazada porque ciertos súbditos poderosos, los obispos de la Iglesia, no conseguían ponerse de acuerdo y eran muy capaces de destruir un frágil mundo político que por entonces se estaba enfrentando al declive de Roma.

En un esfuerzo por no perder el control de la estructura política y religiosa de su época, Constantino convocó una gran reunión de padres de la Iglesia y políticos regionales con el propósito de acordar una nueva perspectiva para el cristianismo y establecer una doctrina rígidamente definida que enterrara para siempre las preguntas más espinosas y diese respuesta a aquellas que no lo eran tanto. De esta manera, un nuevo consenso pondría coto a la inestabilidad que se estaba extendiendo rápidamente y atraería a los extraviados hacia una forma de culto común.

La reunión se celebró en Nicea, en lo que actualmente es Turquía, y fue conocida como el Primer Concilio de Nicea. Fue allí, en 352, donde muchos de los que hoy en día son considerados dogmas fundamentales de la Iglesia fueron diseñados y plasmados para los hombres por otros hombres actuando en representación de un Dios que no participó en el concilio. Y las cuestiones que

fueron debatidas, diseccionadas y resueltas en Nicea no eran matices superficiales o meros detalles de procedimiento, sino que tenían que ver con el mismísimo corazón de la fe y la religión cristianas. El orden del día también incluyó la necesidad de establecer una serie de reglas para el comportamiento del clero y la elucidación de un método para calcular la fecha en que caería la Pascua cada año. Pero, de los muchos puntos doctrinales que serían resueltos a lo largo de interminables sesiones, el más importante fue uno que influiría enormemente en el curso del cristianismo y, por tanto, sobre las vidas e ideas de muchos grandes pensadores desde el siglo IV hasta la actualidad. Los miembros del concilio decidieron nada menos que la verdadera naturaleza de Dios, el Creador del Universo.

En un intento de conseguir una visión de Dios comprensible, aquellos hombres escribieron su propia teología, una que lo abarcaba todo y, al mismo tiempo, podía ser visualizada fácilmente por el pueblo llano. Dicha doctrina, el concepto de la Santísima Trinidad, fue desarrollada y votada en el concilio de Nicea. Para los teólogos se trató de un paso necesario porque tenían que racionalizar el abanico de las amenazas contra la fe que se habían derivado de las cuestiones del origen y la forma, al mismo tiempo que producían una expresión coherente de las diversas nociones acerca de Dios, todas las cuales jugaban un mismo papel en cualquier declaración concerniente a la experiencia y la fe cristianas. Y así se decidió que el único Dios era Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre, o «soberano», trasciende todo límite finito y es inmortal y omnipotente, en tanto que Jesucristo pasó a ser inmensamente más importante que un mero profeta designado por Dios y fue elevado a la estatura de «el Hijo de Dios» o «el Verbo hecho carne», divinidad encarnada. El tercer elemento, el Espíritu Santo, representa la chispa divina presente en todos los creyentes y es otra manera de expresar la fe o la santidad. De esta manera, para el católico la Eucaristía se convierte en una auténtica transustanciación en la cual se consumen la misma carne y sangre de Jesús.

Esta posición radical llegaría a ser conocida como doctrina de la *homoousios* (de una sola sustancia), y fue generada enteramente a partir del argumento seudointelectual de aquellos teólogos del siglo IV que buscaban desesperadamente una definición de Dios. Pero para Constantino, que presidía el concilio, había otras cosas en juego. Constantino tenía razones políticas de mucho peso que lo obligaban a disponer de una definición manejable, dado que era precisamente la molesta cuestión de la naturaleza de Dios lo que había originado la disputa entre sus obispos. En el rincón azul de Nicea se había visto argumentar a Atanasio, a sus treinta y dos años obispo de Alejandría y célebre autor de *Acerca de la encarnación del mundo* (h. 318), en favor de la ortodoxia, mientras que en el rincón rojo se oyó a Arrio, un sacerdote rebelde de Alejandría, de 77 años, creador de la secta del arrianismo alrededor de la doctrina de la *homoiousios* (de sustancia parecida). Los arrianos rechazaban la noción de que Cristo estuviese hecho de la misma sustancia que Dios y declaraban que la encarnación de Jesús no era un aspecto de Dios, sino que meramente significaba que el Hijo, si bien divino y similar a Dios («de sustancia parecida»), había sido creado por Dios. Arrio decía de Jesucristo que «hubo un tiempo en el que él no existía».²

Constantino, siempre más político que pedagogo religioso en el sentido estricto del término, permitió que el concilio resolviera en favor de Atanasio, y a partir de ese momento se consideró que el arrianismo contradecía las enseñanzas oficiales de la Iglesia. Muchos hicieron caso omiso de aquella decisión y de hecho el arrianismo prosperó durante los dos siglos siguientes, pero en el siglo VI los seguidores de Arrio fueron marginados y perseguidos prácticamente hasta la extinción. El arrianismo pasó a la clandestinidad, y no tardaría en ser visto por los católicos como la mayor herejía doctrinal.³

Pero aunque sus decisiones fueron resultado de las conveniencias políticas, el concilio de Nicea logró alcanzar su objetivo y estableció un *modus operandi* para la Iglesia al mismo tiempo que

conseguía resolver el mayor problema teológico de la época. A finales del siglo IV, el sistema operativo por el que se regía la fe se había vuelto muy simple: había que incrementar el poder, la influencia y la riqueza a expensas de las ideologías rivales, y aplastar cualquier competencia o rebelión apenas se tuviese conocimiento de ella; y en caso de que los Evangelios no proporcionaran ningún modelo para enfrentarse al cambio, entonces bastaría con aparcarse la doctrina y ser creativos.

A lo largo de la Edad Media, la Iglesia de Roma se fue volviendo cada vez más política y mundana y fusionó lo espiritual con lo secular hasta tal punto que el Papa terminó siendo tanto el monarca de un Estado soberano como un líder espiritual. Para financiar las ambiciones papales, la Iglesia no dudó en manipular la teología; y cuando las doctrinas que manufacturaba se demostraron inadecuadas, los cardenales forzaron implacablemente la interpretación de las Escrituras.

La peor expresión de esto tal vez fue el creciente uso de las indulgencias a fin de engrosar las arcas papales. A través de este sistema los pecadores podían pagarse la absolución de sus pecados en un proceso que fue progresivamente pervertido por papas sucesivos. De hecho, en tiempos de la Reforma ese astuto truco ya se había convertido en una de las mayores fuentes de ingresos del Vaticano. Un fraile dominico llamado Johann Tetzel llegó a convertirse en una especie de estrella pop de su época, y recorría Europa vendiendo indulgencias a los incautos desde lo alto de un estrado erigido en la plaza mayor de cada población que visitaba. Tetzel llegaba al extremo de vender indulgencias antes de que los pecados hubieran sido cometidos. Gracias a él, un asesino podía obtener la absolución antes de dar muerte a su víctima.

Y no todo el dinero obtenido a través de aquel comercio (una suma que ascendía a muchos millones de soberanos) era utilizado para financiar las aspiraciones políticas del Vaticano, ya que una parte de este «oro de los pecadores» volvía a llenar unas arcas papales vaciadas por los banquetes orgiásticos, las especias exóti-

cas, las magníficas sedas y el pago a prostitutas especializadas. Los caprichos y vicios a que se entregaban el Papa y sus cardenales favoritos en Roma eran pagados mediante las indulgencias del campesinado, un lamentable espectáculo aparentemente aprobado por Dios.

La incontenible escalada de aquella desvergonzada hipocresía hizo que Erasmo, un académico profundamente católico que lamentaba la pérdida de la pureza por parte del papado, escribiera una serie de demoledores y eruditos ataques contra el clero, en los cuales subrayaba la evidente disparidad entre la Verdad y la doctrina oficial. Con su *Encomium moriae* [*El elogio de la locura*] escrito en 1509, Erasmo hizo que Roma se tambaleara bajo el efecto de sus abiertos ataques contra el papa Julio II. Pero lo realmente grave fue que *El elogio de la locura* se convirtió en un libro tan popular que fue traducido rápidamente a más de una docena de idiomas. Aquello representaba un terrible peligro para Roma, por la sencilla razón de que la Santa Sede había logrado preservar su poder durante tanto tiempo gracias a que mantenía a los fieles sumidos en una ignorancia casi absoluta. Todos los textos religiosos, la Biblia y el libro de oraciones incluidos, sólo se encontraban disponibles en latín, y todos los servicios y decretos se celebraban y promulgaban únicamente en latín. Eso significaba que la inmensa mayoría de la población no tenía ni idea de lo que recitaba en la iglesia o de en qué estaba depositando su fe exactamente. De pronto, y gracias a la prosa de Erasmo, preguntas de muy difícil respuesta empezaron a ser formuladas en la lengua vernácula y con ellas comenzó a madurar una nueva sospecha dirigida contra todos los niveles del clero, tal como los cardenales habían temido que ocurriría. Alentados por intelectuales como Erasmo y por clérigos menores que conocían la Iglesia desde dentro (hombres como Lutero y Calvino), no es de extrañar que los fieles empezaran a hacerse preguntas y esperaran un poco de claridad.

No obstante, y por muy radical que fuese, Erasmo se mantuvo fiel a la esencia del catolicismo (al igual que haría Bruno), pero el

alemán Martín Lutero pensó y actuó de manera muy distinta. Y cuando finalmente atacó, pilló a la Iglesia tan desprevenida que faltó poco para que se desplomara. Las autoridades eclesiásticas se habían confiado demasiado y se sentían arrogantemente seguras de sí mismas. Creían que bastaba con detectar a los intelectuales que les creaban problemas para poder aplastar efectivamente cualquier intento de rebelión. Habían lanzado sus rayos contra Erasmo para fulminarlo (si bien con escaso éxito), y años atrás habían sabido plantar cara a *El elogio de la locura*. Por eso, cuando el 31 de octubre de 1517 Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg, el sucesor de Julio apenas se dio por enterado.

En 1517, Julio llevaba cuatro años enterrado y León X, el segundo hijo de Lorenzo de Médicis, ocupaba el trono pontificio. Más preocupado por sus propios placeres y por asegurar la prosperidad de la familia Médicis, él también hizo caso omiso de las crecientes tensiones. Dicha complacencia sobrevivió incluso al saqueo de Roma por las tropas teutónicas en 1527, y no fue hasta que Pablo II asumió el papado en 1534 cuando la Iglesia por fin empezó a tomar conciencia del peligro al que se enfrentaba, y reaccionó.

Para contrarrestar la reforma de Lutero que se estaba propagando por todo el norte de Europa y la postura cada vez más ferrozmente antipapal del monarca inglés Enrique VIII, la Iglesia tomó medidas dramáticas. En un intento de reeducar a las masas de una manera acorde con el estilo elegido por el papado, Ignacio de Loyola formó en 1534 la Sociedad de Jesús, o jesuitas. Unos años después se convocó el Concilio de Trento, el cual se reuniría a intervalos irregulares para formular nuevas políticas papales dirigidas a rechazar los ataques ideológicos. Fue esta congregación de las jerarquías superiores de la Iglesia la que llevaría a juicio a Galileo casi un siglo más tarde y, con sus actividades, arrastraría a Europa a la peor conflagración religiosa de toda su historia, la guerra de los Treinta Años iniciada en 1618.

Pero la decisión política más controvertida de cuantas adoptaron los dirigentes eclesiásticos para detener la creciente marea del protestantismo, la herejía y el progreso científico tal vez fue la creación de la Inquisición romana, la cual fue establecida por el papa Pablo III en 1542. Tomando como modelo a la Inquisición papal que llevaba desempeñando su sangrienta función desde el siglo XIII, en el futuro la Inquisición romana tendría como único objetivo localizar y erradicar toda oposición mínimamente seria a la Iglesia católica, cualquiera que fuese la forma en que se presentara. Oficialmente la Inquisición tenía el deber de investigar y reeducar, reconduciendo así a las almas perdidas al seno de la Madre Iglesia; pero en realidad no era más que un arma de venganza, un mecanismo para el exterminio, una *Schutzstaffel* medieval a disposición de los nazis de la Roma del siglo XVI. Dicha organización exterminó a más de un millón de hombres, mujeres y niños (uno de cada doscientos habitantes de la Tierra en aquellas fechas). Un representante típico de aquel organismo fue el inquisidor Conrad Tors, quien declaró en una ocasión: «Quemaría a cien inocentes si hubiera un solo culpable entre ellos.»

La Inquisición original, la llamada Inquisición papal establecida por Gregorio IX en 1231, pretendía aniquilar a los albigenses (o cátaros), una secta que creía en la naturaleza dualista de la existencia y aborrecía toda clase de vida física, negando los conceptos de Infierno y Purgatorio y rechazando muchos dogmas básicos del cristianismo. Gregorio había justificado los métodos de la Inquisición (que incluían el encarcelamiento y los malos tratos físicos) invocando la interpretación agustiniana de Lucas 14, 23, la cual sugería que era lícito emplear la violencia contra aquellos de los que se supiera practicaban la herejía.

La Inquisición había florecido en España, mientras que había terminado bastante desprestigiada en la Italia de principios del Renacimiento; pero cuando la Reforma empezó a hacerse notar, Pablo III decidió resucitar la antigua institución. Le confirió nuevos y progresivamente más draconianos poderes, y volvió a recu-

rrir a una interpretación muy liberal de las Escrituras para justificar una serie de castigos, incluida la confiscación de todas las tierras y posesiones, la prisión de por vida en condiciones de confinamiento solitario, y prácticamente cualquier clase de crueldad mental y física imaginable.

Los inquisidores empezaron a recorrer los reinos de Europa para reunir información sobre los sospechosos de herejía. El miedo les precedía y empleaban sutiles técnicas psicológicas para incrementarlo. Unos días antes de su llegada, se colocaban carteles anunciando la visita. El inquisidor entraba en la población al frente de una solemne procesión de monjes encapuchados. Los espías ya habían identificado a todos los que tenían inclinaciones heréticas, y que eran detenidos para ser conducidos ante el inquisidor. Con ese ejemplo sirviendo de advertencia, acto seguido la población local era invitada a confesar sus pecados antes de ser denunciados por una fuente secreta, y se los animaba a delatar a cualquiera que sospechasen practicaba la herejía. Si un transgresor conseguía proporcionar una docena de sospechosos, sus pecados serían excusados y se salvaría de la hoguera.

Según los manuales que se han conservado y que fueron escritos por uno de los inquisidores generales más aborrecibles, Bernard Gui, la Inquisición disponía de dos clases de citación, la *inquisitio generalis* y la *inquisitio specialis*.⁴ La primera se empleaba en los pueblos y las ciudades y abarcaba a un gran número de herejes, en ocasiones a poblaciones enteras; mientras que la *inquisitio specialis* iba dirigida contra aquellos individuos que despertaban el celo del Santo Oficio. Ambas fueron utilizadas de manera implacable.

Para presentar un cargo de herejía bastaba con el testimonio de dos testigos. El sospechoso permanecería encarcelado durante todo el tiempo en que se lo interrogase, y la Inquisición nunca tenía prisa. Muchas víctimas inocentes de rencores y venganzas personales fueron encarceladas y terminaron muriendo en la cárcel mientras esperaban a que los inquisidores estudiaran sus confesio-

nes. Otras fueron torturadas hasta la muerte a pesar de que habían confesado crímenes de los que eran inocentes y acerca de los cuales no sabían absolutamente nada. Los informantes nunca eran identificados y sus declaraciones concernientes al sospechoso nunca eran reveladas, con lo que el acusado carecía de toda información tangible contra la cual pudiera defenderse. Los sospechosos no podían disponer de abogados y, lo más insidioso, los procedimientos inquisitoriales eran llevados a cabo en el más absoluto secreto: a menudo sus víctimas simplemente desaparecían.

Naturalmente, semejante despotismo surtió un tremendo efecto sobre la estructura política y social del mundo occidental. Un ejemplo particularmente revelador de ello nos lo proporcionan los ciento cincuenta años transcurridos entre 1500 y 1650, durante los que se estima que treinta mil mujeres (así como varios centenares de hombres y niños) fueron víctimas de la Inquisición. Su crimen en realidad no era tal, sino mera mala suerte. Muchas mujeres fueron acusadas de practicar la brujería; una terrible ironía, ciertamente, ya que la postura oficial de la Iglesia rechazaba cualquier noción de lo oculto, si bien permitía matar a cualquier sospechoso de brujería.⁵

Pero su obsesión por la brujería terminó causando un daño inconmensurable a la Iglesia católica, porque mientras la Inquisición estaba muy ocupada persiguiendo y quemando a mujeres inocentes por toda Europa, Martín Lutero minaba alegremente las raíces de la Iglesia sin que nadie le prestara atención.

No obstante, y a pesar de su intensidad y del enorme éxito que alcanzó, en realidad la rebelión de Lutero hizo muy poco por los herejes. Las sectas protestantes que habían apartado de Roma a tantos fieles no eran mucho mejores que los católicos. Al igual que sus primos papistas, los luteranos y los calvinistas también tenían sus propios intereses que defender y, cegados por sus convicciones, terminaron entregándose a auténticas orgías de violencia y persecuciones. Una de sus víctimas más famosas fue Miguel Servet, un médico de notable talento que mantenía opiniones reli-

giosas peligrosamente radicales y quería darlas a conocer. En 1531 expresó dichas ideas en *De Trinitatis Erroribus Libri VII* [Acerca de los errores de la Trinidad], un tratado en el que pedía sin rodeos que se abandonara el tanpreciado concepto de la Santísima Trinidad. Arrestado por la Inquisición vienesa en 1553, Servet huyó a Ginebra, el epicentro del calvinismo, donde creía que podría encontrar refugio.

Un terrible error. Calvino, que no ostentaba ningún cargo público en Ginebra pero era considerado el líder espiritual de la ciudad, había oído hablar de Servet. Estaba al corriente de su erudición y sus logros en el campo de la medicina, y una década antes el mismo Servet le había enviado una primera versión del *De Trinitatis Erroribus Libri VII*. Pero a Calvino las opiniones religiosas de Servet le gustaban tan poco como a los católicos de Viena. En vez de ofrecerle refugio, lo hizo arrestar, lo juzgó por herejía y lo sentenció a muerte. Al parecer, Servet fue asado lentamente en un espetón, de tal manera que tardó dos horas en morir.⁶

Pero semejante crueldad no era más que un aspecto de la manera en que la Iglesia actuaba como fuerza destructiva. No sólo mataba a individuos: en vida de Bruno, la inflexibilidad y la paranoia papales empujaron a naciones enteras a enfrentamientos violentos, la rebelión y, en última instancia, la guerra. Después de que los protestantes se hubieran hecho con el poder en Alemania, la rebelión de las minorías protestantes que estaban siendo sometidas a persecución en los estados católicos europeos no tardó en convertirse en una guerra declarada.

Iniciadas en Francia en 1562, cuando Bruno tenía catorce años, una serie de guerras civiles conocidas como las guerras de Religión desembocó en un conflicto europeo que se prolongó durante treinta y cinco años e involucró a protestantes alemanes y católicos de Italia y España. En París y otras grandes ciudades, los calvinistas franceses, los hugonotes, se consideraron perseguidos por la mayoría católica y se organizaron hasta formar un poderoso grupo político. La creciente fricción entre hugonotes y católicos

fue la chispa que inflamó la frágil monarquía francesa. Primero Carlos IX (reinó de 1560 a 1574) y luego su sucesor Enrique III (asesinado por un fanático religioso en 1589) tuvieron que enfrentarse a una sucesión de violentos levantamientos hugonotes apoyados por ejércitos protestantes llegados de otras naciones. Dicho conflicto alcanzó su sangriento clímax con la matanza del día de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572 cuando, en el curso de tres días, se dio muerte a unos setenta mil protestantes. Después de esto, un grupo de católicos moderados, los *politiques*, empezó a dejar sentir su influencia a través de la poderosa familia Montmorency. Pero dicho partido no tardaría en verse desplazado por una familia noble rabiosamente antiprottestante, la casa de Guisa, la cual creó el grupo de la Liga Santa, violentamente opuesto a cualquier forma de acuerdo pacífico con los hugonotes y decidido a proseguir con las matanzas.

En 1589, cuando Bruno estaba viviendo en Alemania, un Guisa organizó el asesinato del monarca francés Enrique III (antiguo mecenas y amigo de Bruno). Durante un tiempo la situación empeoró todavía más, hasta que finalmente en 1598, mientras Bruno yacía aislado del mundo encadenado al suelo de una prisión de la Inquisición, se logró restaurar cierta apariencia de orden. Enrique IV, el resuelto y valeroso sucesor de Enrique III, promulgó el edicto de Nantes en el que se declaraba la libertad de conciencia y la igualdad de derechos legales y educativos para los protestantes franceses, permitiéndoles ocupar cargos gubernamentales.

Pero los conflictos religiosos son recrudescentes. A través del mundo, una fe corrompida continúa produciendo dolor y calamidades, de tal manera que es imposible cuadrar el balance. Por una parte, la devoción religiosa nos ha dado obras magníficas que enaltecen y alimentan nuestro espíritu. Nos hemos visto enriquecidos con cuadros de Tiziano y Giotto, manuscritos de Dante y Milton, esculturas de Miguel Ángel y misas de Mozart y Palestrina. Por la otra, produjo las cazas de brujas, los horrores de la In-

quisición, las guerras de religión, las bombas en Irlanda del Norte y los niños que mueren en Palestina. Los apóstoles pronunciaron palabras que prometían el éxtasis religioso, pero generaciones posteriores las pervirtieron y generaron un fervor que todavía reprime, asfixia e inmola.

Las guerras religiosas sirvieron como terrible telón de fondo a la vida adulta de Bruno y añadieron todavía más conmociones a las privaciones y penalidades habituales de la plebe del siglo XVI. Dondequiera que viajaba Bruno, la intolerancia doctrinal y las matanzas endémicas llevadas a cabo en el nombre de Dios volvían a confirmarle que sólo una revolución intelectual y espiritual podría llegar a disociar alguna vez la religión del asesinato, el horror y el dolor sin límites. Al mantener aquellas opiniones, Bruno estaba condenado a convertirse en un enemigo de la Iglesia, en un hombre peligroso. Por encima del significado de sus teorías radicales, constituía una amenaza porque representaba la libertad de pensamiento, de expresión y de imaginación, un liberalismo detestado y temido por Roma.

Y, observando los movimientos de Bruno desde lejos y siguiendo el curso de su carrera, los inquisidores engrasaban sus potros de tortura y avivaban sus fuegos mientras esperaban a que su presa hiciera un falso movimiento, aguardando el día en que caería en sus manos y entraría en una tierra de sombras de la cual no podría escapar. Bruno no los decepcionaría.

Venecia

Pensar es especular con imágenes.

GIORDANO BRUNO

Tal como la encontró Bruno en 1591, Venecia era una ciudad que acababa de despertar de una serie de conmociones políticas y naturales. Catorce años antes, la plaga había matado a casi una tercera parte de la población, incluido uno de sus hijos más famosos, el pintor Tiziano. Los venecianos habían visto sucederse cuatro dogos en sólo una década y media; y el Estado hacía equilibrios sobre la cuerda floja actuando como intermediario entre España, Francia y Roma, las grandes potencias de Europa.

Gracias a disfrutar de una ubicación excepcional que le había permitido absorber la influencia cultural de Oriente, Venecia contaba con una larga tradición erudita y se había convertido en una encrucijada obligada para el viajero aventurero. Marco Polo partió de allí en 1271, y lo que él y otros viajeros se llevaron consigo como emblemas de la cultura occidental fue compensado con creces por el conocimiento y la influencia que afluyeron de Oriente a Occidente y pasaron a través de San Marco y el Lido. Durante los mil años que Venecia llevaba manteniendo una posición de prominencia global, aquella circulación de los conocimientos fue alterando el mismo aspecto de la ciudad y creó un te-

lón de fondo de cosmopolitismo y liberalismo. Un caso único en la Europa del siglo XVI, Venecia se hallaba gobernada por un *Collegio* de veintiséis miembros seleccionados mediante una forma rudimentaria de democracia. Los senadores procedían exclusivamente de las familias más ricas (necesariamente las más antiguas o nobles), pero el sistema contenía refinadas salvaguardas contra la obvia corrupción que amenazaba a estados menos ilustrados. El Consejo de los Diez, formado exclusivamente por nobles, desempeñaba las funciones de una especie de «segunda casa» con respecto al Colegio.

En el siglo XVI, Venecia ya llevaba varios siglos manteniendo una intensa actividad comercial y se había establecido como una potencia militar mundial cuya política se caracterizaba desde hacía seiscientos años por las continuas disputas con los turcos, el Imperio otomano. Venecia era un estado cristiano y había contribuido a todas las cruzadas, pero obraba tan motivado por Dios como por el dinero y en sus enfrentamientos con el Imperio otomano, así como con sus vecinos europeos, siempre había tratado de expandir sus territorios. Los éxitos y la riqueza habían añadido esplendor y belleza a una ya magnífica ciudad-estado. Entre 1588 y 1591, el año en que Bruno llegó a Venecia, los muy apropiadamente llamados hermanos Ponte habían construido el Puente del Rialto; y durante la segunda mitad del siglo XVI, el Palacio Ducal fue notablemente agrandado mediante la adición de nuevas prisiones, estancias y departamentos gubernamentales.

En sus relaciones con Roma, que eran el terreno donde los intereses comerciales de Venecia solían chocar con la fe de sus habitantes, los gobernantes de la ciudad se veían obligados a moverse por la cuerda floja. Sucesivos papas se habían enfrentado con sucesivos dogos, y los esfuerzos por llegar a un compromiso solían ser agotadores y terminaban siendo pagados muy caros por todas las partes implicadas. El edicto de Nantes había supuesto una dura prueba para la estabilidad de Europa, apaciguando a los protestantes y a algunos católicos en Francia, pero poniendo muy nervioso al papa

Clemente VIII. Dentro de aquella atmósfera de incertidumbre, Venecia y Roma se disputaban varios territorios, pero aquellos enfrentamientos no eran tan significativos como los violentos choques motivados por cuestiones de doctrina e independencia ideológica.

El Papa recelaba de Venecia por considerarla un criadero de ocultistas, calvinistas, luteranos y demás herejes. Los diplomáticos intentaban poner paz entre bastidores y cada estado hacía concesiones al otro para evitar un conflicto declarado, ya que ambos consideraban más beneficioso llegar a un compromiso siempre que fuera posible. A veces era Venecia la que salía airosa en una disputa, y en otras era Roma la vencedora. Clemente había dejado muy claro que la Santa Sede era el guía espiritual de Venecia, pero el gobierno veneciano consiguió garantizarse el derecho a permitir que los libreros vendieran libros incluidos en el Índice de Libros Prohibidos. El Papa insistió en que Venecia financiara la construcción de más iglesias, y a cambio los venecianos obtuvieron el derecho a que la literatura calvinista se publicase y distribuyese libremente dentro de la ciudad. Dicho compromiso permitió que los venecianos se ganaran la vida y desempeñaran un importante papel en el mundo venidero, al mismo tiempo que dejaba en buen lugar al Papa y lo tranquilizaba en lo concerniente a sus súbditos venecianos.

Como consecuencia de todo ello, Venecia era el estado más liberal del sur de Europa y acogía con los brazos abiertos a los filósofos no ortodoxos. Los venecianos también llevaban mucho tiempo desconfiando de la Inquisición. Cuando habían transcurrido casi cincuenta años desde que el papa Gregorio IX la fundara en 1231, sucesivos gobiernos venecianos seguían negándose a permitir que la Inquisición pusiera los pies en la ciudad. Dicha decisión sólo fue derogada cuando, en 1288, el papa Nicolás IV amenazó al dogo Giovanni Dandolo con la excomunión a menos que se inclinara ante los deseos del Vaticano. Incluso entonces, la Inquisición veneciana no mostró ningún interés en imitar el rabioso entusiasmo de sus colegas romanos. En una fecha tan tardía como 1521, en pleno

auge de la Reforma, Venecia seguía desafiando calladamente las órdenes papales. La ciudad estableció sus propias reglas inquisitoriales, las cuales establecían que todos los juicios debían ser presididos por dos obispos y prohibían la tortura en todas sus variedades. Entre 1552 y 1594 sólo se celebraron ciento cincuenta juicios en que ciudadanos venecianos fueran acusados de haber recurrido a los encantamientos mágicos, la hechicería o la brujería, y sólo seis de éstos llevaron a la presentación de acusaciones formales; y durante el ignominioso siglo y medio de las cazas de brujas ni una sola persona fue ejecutada o severamente torturada en Venecia.

Semejante independencia de espíritu había enturbiado las relaciones entre Venecia y Roma. Después de que el rey Enrique III de Francia fuera asesinado, Venecia proporcionó asilo político a su legítimo sucesor Enrique de Navarra, el cual simpatizaba con los protestantes. Aquello irritó a la fanática casa de Guisa, suscitó las iras de Felipe de España y enfureció hasta tal punto al papa Sixto V que éste llegó a pensar en excomulgar a toda Venecia. Sixto se calmó un poco después de que sus cardenales de mayor confianza le hicieran ver que en el pasado la amenaza de la excomunión contra Venecia sólo había servido para atizar la revuelta. La ciudad había sido blanco de la máxima arma papal en tres ocasiones a lo largo de su historia —por Martín IV en 1284, Clemente V en 1309 y Sixto IV en 1483—, y en cada una de ellas el Vaticano se había visto obligado a volverse atrás y aceptar nuevamente a Venecia en el seno de la fe. Los venecianos siempre estarían tan influenciados por los sentimientos religiosos como por los intereses mundanos. Y el destino de Bruno giraría alrededor de este delicado equilibrio, que sería lo que determinaría la conclusión de la historia que estamos contando.

Bruno se encontraba en Fráncfort promocionando su última obra, *De immenso*, cuando recibió la primera de las cartas que le iría enviando el noble Giovanni Mocenigo. Éste había sabido de

Bruno a través de ciertos contactos en Alemania, donde Bruno había hecho negocios con varios impresores. Durante la primavera y el verano de 1591 envió a Bruno una serie de cartas en las que expresaba un agudo interés por su obra y le pedía de manera muy persuasiva que fuera a Venecia para enseñarle la filosofía que propugnaba. Mocenigo se iba volviendo más convincente con cada carta, ofreciendo a Bruno espléndidas recompensas financieras que se incrementaban en cada envío, suntuosos alojamientos y la ocasión de establecer importantes contactos.

Según varios documentos concernientes al juicio de Bruno, Mocenigo estaba particularmente interesado en sus estudios sobre el arte de la memoria, una serie de técnicas mnemotécnicas que Bruno había tomado de los ancianos. En la correspondencia, Mocenigo aseguraba haber leído los numerosos libros de Bruno sobre el tema, pero que sólo podría llegar a desarrollar adecuadamente sus habilidades mediante el contacto directo con el gran maestro en persona, e insistía en pagar generosamente a cambio de dicho privilegio.

Mocenigo vivía en el magnífico Campo de San Samuele, junto al Gran Canal y directamente enfrente del *palazzo* donde murió Browning en 1889. Era senador y había nacido en el seno de una aristocrática familia veneciana. Tenido por inmensamente rico, al parecer también tenía un temperamento caprichoso y cambiante, y tendía a dejarse fascinar por intereses pasajeros que llegaban a convertirse en auténticas obsesiones antes de que Mocenigo decidiera abandonarlos de repente. Todas las fuentes de que disponemos lo describen como un hombre que no caía demasiado bien a nadie y en quien no se podía confiar.

Al principio, Bruno ni siquiera se dignó a contestar las cartas de Mocenigo. Parece lógico pensar que dada la historia personal del Nolano, sólo un loco se habría tomado en serio la idea de volver a Italia y exponerse a un arresto y procesamiento seguros; y cuando Bruno decidió abandonar Fráncfort para regresar a Italia, lo cierto es que no explicó sus razones a nadie.

Pero el senador Mocenigo estaba deseoso de tener a Bruno en Venecia, y Bruno, por su parte, había ganado muy poco dinero a lo largo de su vida enseñando y escribiendo. La oportunidad de poder enseñar en Venecia y en la cercana Padua, cuya universidad tenía la reputación de atraer a estudiantes ricos, muy bien pudo añadir un atractivo extra a la idea. No obstante, Bruno nunca se había mostrado muy interesado en el dinero y no había hecho nada para enriquecerse, a pesar de que ya se le habían presentado varias ocasiones de hacerlo antes de que Mocenigo entrara en escena.

Una vez en Venecia, varios factores conspiraron para mantenerlo allí. El más importante fue la súbita muerte del papa Inocencio IX unas semanas después de que Bruno llegase a Venecia.¹ El 2 de febrero de 1592, Ippolito Aldobrandini se convirtió en el papa Clemente VIII. Como cardenal, Aldobrandini se había ganado una reputación de hombre compasivo y tolerante, y Bruno creía que podría conseguir la absolución de la Inquisición, permitiéndole permanecer en Italia.

Aun así, el regreso de Bruno horrorizó a sus conocidos que vivían fuera de Italia, que reaccionaron con gran temor y consternación a la noticia de que había aceptado la oferta de Mocenigo.

«Se dice que Giordano Bruno el Nolano, al que conociste en Wittemberg, está viviendo entre vosotros en Padua —escribió a un amigo de Padua un conocido de Bruno que vivía en Brandeburgo—. ¿Es posible tal cosa? ¿Qué clase de hombre es éste, un exiliado, como él solía admitir, que se atreve a volver a poner los pies en Italia? Me maravillo, me maravillo y no puedo creerlo, aunque lo he sabido de buena fuente. Dime, ¿es cierta o falsa esta noticia?»²

Su consternación no es difícil de entender. Bruno estaba corriendo un gran riesgo, y debemos suponer que su tremenda confianza en sí mismo y el exagerado concepto de su valía que se había formado le proporcionaron la presencia de ánimo necesario. Quizás era incapaz de ver los muy reales peligros que lo acechaban

y creía que iba a encontrar aceptación y clemencia en vez de traición, dolor y el más abyecto horror.

Y lo cierto es que en Venecia había muchas cosas que atraían a Bruno. Una generación antes, uno de los hombres más famosos de su época, Giulio Camillo, había construido en el corazón de la ciudad lo que denominó el Teatro de la Memoria. Camillo, un intelectual y antiguo profesor de filosofía en la Universidad de Bolonia, pensaba de una manera muy parecida a la de Bruno. De hecho, nada más llegar a Venecia el Nolano empezó a buscar a los custodios de la llama oculta que Camillo había llevado consigo.

Bruno llevaba mucho tiempo sintiéndose fascinado por lo oculto.

Durante el año anterior a su regreso a Italia había vivido en un castillo cercano a Zúrich que pertenecía al famoso alquimista Johan Heinrich Hainzell, quien lo había dotado de un laboratorio y estaba invirtiendo una gran parte de sus riquezas en la búsqueda de la piedra filosofal. En el curso de sus juicios Bruno negó haber mantenido cualquier clase de relación con las artes místicas, pero la evidencia de su familiaridad con la magia puede encontrarse tanto en sus libros como en los tratos que mantuvo con estudiosos de lo hermético como el célebre mago inglés John Dee. También había mantenido una estrecha relación personal con el rey Enrique III, quien estaba obsesionado con la tradición mágica y fue durante muchos años mecenas de una figura tan destacada como Nostradamus.

El grupo intelectual más importante que había en Venecia por aquel entonces era la Accademia degli Uranici, fundada por Fabio Paolini en 1587. Paolini había publicado varias obras de considerable importancia, entre las que sobresale un tratado sobre la memoria, *Hebdomades*, publicado en Venecia en 1589. Dicho tratado no sólo era una importante obra intelectual sino que incluso había llegado a convertirse en una especie de *bestseller* en los círculos ocultistas, y eran muchos los que lo tenían por el epítome del ocultismo veneciano. Dicho libro había sido una gran fuente de

inspiración para Bruno en sus propias investigaciones sobre el tema.

Poco después de su llegada a Venecia, Bruno fue invitado a asistir a las sesiones de la *Accademia degli Uranici*. Allí se reunían no sólo los ocultistas famosos de paso por la ciudad y los académicos atraídos hasta allí desde la cercana Padua, sino también muchos pensadores liberales, filósofos y hombres de distintos credos interesados en la combinación de lo oculto con la filosofía natural. Uno de los más famosos hijos de Venecia, Paoli Sarpi, amigo de Galileo y reverenciado protocientífico, político y sacerdote servita, era un destacado miembro del grupo y conocía bien a Bruno.

A veces el círculo se reunía como cónclave secreto en las casas de sus miembros para hablar de filosofía, intercambiar ideas y debatir e interpretar las obras de los pensadores radicales. El rico intelectual Andrea Morosini, una de las personalidades más brillantes de la Academia, también era un generoso anfitrión de dichas reuniones clandestinas y Bruno —considerado una especie de invitado de lujo por los cabalistas y filósofos venecianos— siempre era bienvenido en ellas.

Otros miembros importantes incluían a muchos de los librerías más frecuentados de Venecia, quienes proporcionaban la principal fuente de materiales ocultos y filosóficos procedentes de toda Europa. De éstos, el más conocido era un joven de Siena llamado Giovanni Battista (al cual solían llamar Ciotto) cuya librería Minerva se encontraba en la principal vía comercial de Venecia, la Merceria. Había conocido a Bruno en Francfort, y casi con toda certeza fue él quien lo puso en contacto con el círculo veneciano de lo oculto. Antes de la llegada del Nolano, Ciotto había estado difundiendo el pensamiento bruniano y vendiendo ejemplares de sus libros impresos en París y Londres durante los años ochenta.

Lo que se discutía a puerta cerrada en aquellas reuniones quizá nunca llegue a saberse. Pero sus nuevos amigos no se esfumaron entre las sombras cuando la red empezó a estrecharse alrededor de

Bruno. Aquellos hombres estaban acostumbrados a las conspiraciones y los peligros inherentes a sus intereses, pero, consecuentemente, su actitud con respecto a la autoridad era todo lo hostil que se podía esperar de unos pensadores tan rebeldes. Ellos también andaban por la cuerda floja y cuando se los hiciera comparecer ante la Inquisición para que declararan acerca de Bruno, ellos, al igual que sus enemigos del Vaticano, cerrarían filas y protegerían a los suyos: nada fue revelado, y ni una sola de las «filosofías» secretas de Bruno fue reconocida.

Cuando Mocenigo invitó por primera vez a Bruno a Venecia le ofreció alojamiento en su lujoso *palazzo*, pero, no queriendo quedar enteramente en manos del veneciano, Bruno optó por buscarse una morada propia. No disponía de mucho dinero y no quería verse obligado a aceptar la caridad de Mocenigo, por lo que, poco después de su llegada, empezó a buscar ocasiones de enseñar. A través de sus contactos en la Accademia degli Uranici, no tardó en ser invitado a enseñar en la cercana Universidad de Padua.

Fundada en 1222, en la segunda mitad del siglo XVI esta universidad ya había adquirido la reputación de atraer a ricos estudiantes que iban allí impulsados tanto por su prestigio como por su proximidad a los palacios del placer venecianos. Padua era el *Oxbridge* italiano de su época, y muchas de las grandes figuras intelectuales del momento habían cruzado sus umbrales en calidad de estudiantes o maestros. El secretario principal de la reina Isabel I, Francis Walsingham, había estudiado allí; y a comienzos de 1592 Galileo aceptó el puesto de profesor de matemáticas.

El trayecto es corto. Hoy en día lo habitual es coger el tren en Venecia y llegar al corazón de Padua en menos de una hora, pero las embarcaciones ofrecen una ruta más lenta y tranquila. En tiempos de Bruno, el mar era la única conexión rápida entre las dos ciudades; y durante los últimos meses de 1591 Bruno utilizó el servicio de embarcaciones públicas que zarpaban dos veces al día, e hizo varios viajes a la semana hasta que encontró alojamiento en Padua cerca de la universidad.

Los cursos oficiales en Padua eran muy parecidos a los que se impartían en la mayoría de las universidades europeas. Allí, la retórica aristotélica seguía prevaleciendo en la instrucción y representaba el núcleo del programa académico. No obstante, y de manera insólita para la época, los maestros que profesaban opiniones poco ortodoxas tenían derecho a exponerlas en cursos privados impartidos en sus alojamientos.

Habiendo enseñado en un mínimo de media docena de centros académicos de Europa, Bruno era un orador y maestro experimentado y seguro de sí mismo. De hecho, su elocuencia era uno de sus talentos más destacados, y Bruno atraía a muchos estudiantes de pago mediante su peculiar mixtura de invectiva antiaristotélica combinada con su propia interpretación de la astronomía copernicana, a la que condimentaba con material polémico procedente de la tradición hermética. En pocas semanas, sus disertaciones llegaron a ser tan lucrativas y reunieron a tantos oyentes que Bruno decidió abandonar Venecia una temporada y establecerse en Padua, con la intención de pasar allí la Navidad y quedarse hasta comienzos de la primavera del año siguiente, 1592.

Es probable que durante todo el tiempo que Bruno pasó en Padua siguiera en contacto con las personas que había conocido en Venecia, y es seguro que iba y venía regularmente de una ciudad a otra, manteniéndose al corriente de los progresos de la venta de sus libros en Venecia y visitando al hombre que lo había invitado a volver a Italia. Al parecer, durante el invierno Giovanni Mocenigo había empezado a ganarse la confianza del Nolano, y en marzo de 1592 éste decidió volver a Venecia y aceptar finalmente su invitación de residir en su *palazzo* y tomarlo como discípulo.

¿Y qué sabemos de aquel hombre, Mocenigo? No disponemos de ningún testimonio personal concerniente a su relación con Bruno porque las reglas de la Inquisición le prohibían dejar constancia en sus memorias o en sus diarios privados de cuanto hiciera referencia al papel que desempeñó en el subsiguiente arresto y

juicio de Bruno. Sólo contamos con las declaraciones que efectuó ante la Inquisición, las cuales fueron utilizadas en las audiencias venecianas. Pero éstas, como veremos, al menos arrojan cierta luz sobre las motivaciones y el carácter de Mocenigo. No cabe duda de que era una persona tortuosa y manipuladora, pero también resulta claro que nunca fue mucho más que un peón en manos de poderes superiores.

Fingiéndose interesado en lo oculto, aduló a Bruno exhibiendo un ávido interés en sus ideas y su obra.³ «Mocenigo —contó más tarde Bruno a sus inquisidores— me aseguraba que sería muy generoso conmigo, y que me sentiría muy satisfecho de él.»

Con todo, incluso un Bruno adulado y muy bien pagado debió de albergar ciertas sospechas y temores. Pero si lo hizo, no las sacó a relucir y tampoco parece haber prestado oídos a las advertencias de sus amigos. Éstos sabían que antes de que estableciera su primera comunicación con Bruno en Francfort, Giovanni Mocenigo había mostrado escaso interés en lo oculto, el arte de la memoria o cualquier otra disciplina esotérica. Un interés tan repentino a buen seguro tuvo que resultar sospechoso.

Ambos hombres siguieron tanteándose el uno al otro durante un par de meses. Bruno enseñó a Mocenigo las bases de la mnemónica y analizó los elementos de la filosofía natural que había enseñado en otros lugares, pero Mocenigo siempre quería más. «Mocenigo no sólo deseaba que le enseñara todo cuanto sé, sino que también deseaba aprender aquello que soy incapaz de enseñar a nadie —declaró Bruno ante la Inquisición—. Me ha amenazado constantemente, tanto en lo referente a la vida como en lo tocante al honor, si no le daba mi conocimiento.»⁴

Mocenigo, al parecer, estaba jugando una peligrosa partida a muchas bandas. Sabemos que llevaba varios años trabajando para la Inquisición veneciana y es casi seguro que se encontraba estrechamente relacionado con la Inquisición de Roma, incluidos algunos altos funcionarios del Vaticano que habían seguido la carrera de Bruno con mucho interés. En su declaración ante los in-

quisidores, Mocenigo aseguró haber tendido deliberadamente una trampa a Bruno y haber obrado desde el primer momento impulsado por la devoción. Pero de ser así, con un solo paso en falso habría podido perder para siempre a Bruno y causar una seria desilusión a sus amos de Roma. Es muy posible que aquellos hombres hubieran depositado en Mocenigo todas sus esperanzas de capturar a Bruno, y cualquiera que viviese en la Italia del siglo XVI habría sabido que los cardenales del Vaticano y los inquisidores de Roma eran enemigos de lo más innoble.

Mientras tanto, Bruno seguía sin hacer caso de las advertencias de sus amigos. El librero Ciotto parecía saber qué estaba ocurriendo realmente en el *palazzo* de Mocenigo, en el Campo de San Samuele. Durante el juicio de Bruno, Ciotto contó a los jueces que el senador se había mostrado muy claro acerca de sus auténticos motivos y, entre otras confidencias, le había dicho: «Quiero ver qué puedo sonsacarle [a Bruno] de las enseñanzas que me ha prometido, para no perder del todo lo que le he pagado, y luego lo entregaré a la censura del Santo Oficio.»⁵

El viernes 22 de mayo, por fin llegó el momento decisivo: Bruno había decidido que ya era hora de abandonar la casa de Mocenigo y la propia Venecia. Mantuvo sus planes en el más estricto secreto y sólo su amanuense, un estudiante alemán llamado Herman Besler, estaba al corriente. Hicieron su equipaje, dispuestos a ir primero a Padua y luego a Francfort. «Decidí volver a Fráncfort y asegurarme de que mis obras eran impresas», contaría a la Inquisición unos días más tarde. Pero esa tarde, Mocenigo volvió a casa inusualmente temprano y se encontró al Nolano en su habitación con su sirviente doblando ropa para guardarla en un baúl. Besler fue despedido y los dos hombres discutieron. Mocenigo insistió en que Bruno no había cumplido con su parte del trato y no le había enseñado aquello por lo que había pagado. «Él [Mocenigo] insistió en que me quedara —declaró Bruno al tribunal—, pero yo estaba decidido a irme. Empezó a quejarse de que no le había enseñado lo prometido. Luego recurrió a las amenazas

diciendo que encontraría medios, si no me quedaba por propia voluntad, de obligarme a ello.»⁶ Después de una acalorada discusión, Bruno consiguió ganar un poco de tiempo diciendo a Mocenigo que se quedaría otra noche. Acto seguido, Mocenigo salió de la habitación y Bruno se fue a la cama.

Pero la trampa de Mocenigo ya había sido tendida, y entró en acción durante las primeras horas de la madrugada. Bruno fue despertado por gritos fuera de su habitación. Instantes después, la puerta se abrió de golpe y Mocenigo irrumpió junto con su sirviente Bartolo. Los dos hombres iban acompañados por cinco o seis robustos gondoleros del vecindario. Sacaron por la fuerza a Bruno de la cama y lo condujeron a empujones por un laberinto de callejas hasta una buhardilla cercana a San Marco. Luego los gondoleros lo llevaron hasta el inicio de un tramo de escalones que descendían hacia un sótano y lo mandaron abajo de una patada. Horas más tarde, Mocenigo volvió con un grupo de soldados y una orden de arresto extendida por la Inquisición veneciana. Todas las posesiones de Bruno fueron confiscadas y sus libros y manuscritos entregados a las autoridades. Luego fue llevado a la prisión de la Inquisición, enfrente del Palacio Ducal. Bruno se encontró en manos de Su Reverendísima Paternidad, el padre inquisidor para Venecia.

Prisca sapienta

Aquel que desea filosofar, en primer lugar debe dudar de todas las cosas. No debe adoptar ninguna postura en un debate hasta que no haya escuchado a las distintas opiniones, examinado y comparado las razones en pro y en contra. Nunca debe dictaminar o adoptar una posición basándose en lo que ha oído, en la opinión de la mayoría, o la edad, méritos o prestigio del orador en cuestión, sino que debe proceder de acuerdo con la convicción derivada de una doctrina orgánica que se adhiera a las cosas reales, y a una verdad que pueda ser comprendida mediante la luz de la razón.

GIORDANO BRUNO

Giordano Bruno no fue un filósofo corriente. Era un pensador rebelde, un misántropo y un intelectual extremadamente radical. En una época en la que la inmensa mayoría de las personas sólo pensaban en cómo ganarse el sustento y cuidar de sus hijos, Bruno formó parte de un minúsculo grupo que tomó las ideas del momento y a partir de ellas creó nuevos y a menudo originales paisajes mentales. Como en muchos intelectuales de su tiempo, una gran parte de su pensamiento tenía profundas raíces en el pasado y derivaba de las ideas de otros intrépidos filósofos. Yendo en

contra de la tradición, Bruno defendía el concepto de la existencia de un universo infinito y poblado de mundos habitados. Sostenía que toda la materia estaba íntimamente relacionada entre sí, que vivimos en un universo donde todo es reciclado y todas las cosas están relacionadas; un universo en el que somos Dios, y donde Dios está en nosotros. Pero incluso cuando sus pensamientos llegaban a los límites de la razón, Bruno siempre mantuvo un sincero compromiso con muchos de los dogmas fundamentales de la doctrina cristiana. Aborrecía aquello en lo que se había convertido la Iglesia, pero amaba a Dios.

Por supuesto que antes, durante y después de su época hubo otros que también pensaban de maneras heterodoxas. Muchos contemporáneos suyos enseñaron y escribieron sobre una mezcla de misticismo y filosofía natural. Girolamo Cardano, Bernardino Telesio y en particular Tommaso Campanella escandalizaron a los fieles y cautivaron a los curiosos con sus amalgamas de filosofía e ideas no cristianas, pero lo que hizo único a Bruno fue su capacidad de tomar la yatro-ciencia de su época (la filosofía natural), combinarla con una vasta erudición y una empatía natural para con las ideologías de la religión precristiana y enseñar la doctrina resultante con un entusiasmo sin precedentes. Esa embriagadora poción era en parte una forma no-matemática de la ciencia (o de la filosofía natural, como se la conocía entonces) y en parte una doctrina espiritual. Bruno, al igual que otros antes que él y como millares después que él, creía poder redescubrir la perdida *harmonia mundi* e iba en pos de la *prisca sapientia*, la unidad de todo el conocimiento, la verdad definitiva.

En ese aspecto al menos, fue un hombre de su tiempo. Nacido a finales del Renacimiento, estaba imbuido por el *Zeitgeist* intelectual de la época y por uno de sus principales elementos: la convicción reinante entre la elite instruida de que la *prisca sapientia* era alcanzable, de que a la humanidad le faltaba muy poco para hacerse con la gran verdad oculta que revelaría todos los misterios y conduciría a una nueva edad dorada del entendimiento. Para

aquellos hombres, la mecánica simplista del cristianismo era sencillamente demasiado restrictiva y asfixiante. El intelecto estaba dejando atrás a la fe, y no tardaría en ir mucho más allá de la matriz medieval.

Hasta aquel momento de la historia, el razonamiento filosófico había seguido dos caminos totalmente independientes. Uno era la ruta escogida por el filósofo natural que empleaba las ideas de Aristóteles como punto de partida para definir el mundo material. El otro era la ruta del ocultista, elegida por aquellos hombres que, de manera estrictamente clandestina, practicaban el arte de Hermes Trimegisto y los antiguos magos del mundo precristiano. Sólo muy raramente llegaron a cruzarse ambos caminos. Alberto Magno, Roger Bacon, Tomás de Aquino y Leonardo da Vinci fueron algunas de esas raras y extraordinarias intersecciones, pero lo habitual era que los seguidores de un camino avanzaran por él ignorando, y a menudo menospreciando, a los que iban por el otro. Al igual que Aquino, Bacon o Da Vinci, Bruno fue otro hombre en el que ambos caminos intelectuales se encontraron, y en su caso terminaron llegando a una apoteosis realmente única.¹

Por razones que todavía no han sido entendidas del todo, dos figuras emergieron de los tiempos helénicos como los abanderados intelectuales de su época en tanto que otras fueron casi completamente olvidadas.

Aristóteles y Platón destacan por encima de todos los demás pensadores clásicos. Aristóteles (384-322 a.C.) fue el hombre que puso la primera piedra para el filósofo natural y dominó el camino precientífico durante dos mil años, proporcionando su forma y sus contornos a la civilización. Aun así, irónicamente, no podía estar más equivocado en casi todos los niveles; pero prácticamente todas las cuestiones e ideas —muy superiores— de otros pensadores griegos fueron ignoradas y, durante mucho tiempo, permanecieron en el olvido, pisoteadas por el destino y la voraz fortaleza de los aristotélicos.

La obra de Aristóteles fue enciclopédica en su alcance. Estaba

tan interesado en la astronomía como en la botánica, la lógica o la geología. El tema que menos dominaba era el que posteriormente llegaría a ser conocido como física, pero también irónicamente fueron sus ideas en esta disciplina las que tuvieron mayor impacto sobre las generaciones futuras. Sus obras más famosas —*Sobre la generación y la corrupción* y el *Discurso físico*, acerca del movimiento, el tiempo, la materia y los reinos celestial y terreno— fueron ensalzadas como la máxima autoridad científica desde el momento en que fueron escritas —el siglo IV a.C.— hasta la Ilustración, unos veinte siglos más tarde.

Aristóteles describió un modelo en el que la totalidad del mundo material observable está compuesto por una mezcla de cuatro elementos: fuego, tierra, agua y aire. Si se los deja asentar, afirmaba, dichos elementos se disponen a sí mismos en capas. El argumento procedía de observaciones tan simples como el hecho de que el agua cae a través del aire (o el aire se eleva a través del agua en forma de burbujas) en tanto que la tierra (como las piedras y demás materia densa) cae a través del agua y el aire. El fuego, razonó Aristóteles a continuación, existe en la capa superior porque se eleva a través del aire. Por la misma regla de tres, la lluvia cae hacia abajo porque está intentando volver al sitio en que debe estar, debajo del aire. Finalmente, y como no cabe duda de que las llamas de un fuego se elevan, buscan ocupar la posición que les corresponde por encima de los otros elementos. Las ideas de Aristóteles acerca del movimiento de los objetos y la naturaleza de lo que los filósofos naturales posteriormente denominaron «fuerzas» eran igualmente confusas. La más nebulosa era su noción del «Motor Inmóvil», el nombre que dio al ser omnipotente que imaginaba mantenía el movimiento de los cielos y hacía que el Sol y los planetas fueran viajando alrededor de la Tierra.

Sus ideas en lo concerniente a la astronomía eran igual de confusas, y a menudo no guardaban ninguna relación con la realidad. Insistía en que la Tierra estaba hecha de una materia más densa que la «esfera celestial». Para Aristóteles, la Tierra era un reino tos-

co e imperfecto, en tanto las estrellas y los cielos estaban hechos de un misterioso quinto elemento etéreo. A partir de ello concibió un modelo geocéntrico basado en la idea de que la materia más pesada y densa que formaba el reino terrenal siempre buscaba el centro del universo.² Finalmente, propuso un modelo muy simple para un universo donde las estrellas se hallaban fijas en esferas y epiciclos dispuestos alrededor de la Tierra, permaneciendo rígidas e inmutables como el centro de la Creación después de haber sido puestas allí por un Dios que controlaba todas las cosas, daba inicio a todos los movimientos y determinaba todos los destinos y desenlaces. Unos cinco siglos después dicho sistema sirvió como punto de partida a Tolomeo (h. 100-170) para diseñar su «modelo de mundo geocéntrico», el cual se convirtió en el modelo estándar aceptado.

Como fueron dichas ideas las que trazaron el sendero a seguir por el filósofo natural, doctrinas más interesantes y prometedoras terminarían siendo abandonadas. La más importante fue la de Demócrito (460-370 a.C.), que ha sobrevivido en los versos del historiador romano Lucrecio (95-55). El elegante estilo literario de Lucrecio nos ofrece una lúcida descripción de la filosofía de Demócrito. «Las cosas son formadas, de hecho, a partir de semillas específicas —declaraba el poeta—. De ahí que en el nacimiento, cada una llegue a las costas de la luz procediendo de una cosa poseída de sus átomos esenciales. De esta manera no es posible que cualquier cosa surja de cualquier cosa, pues las cosas son únicas; sus rasgos son únicamente suyos. ¿Y por qué en primavera vemos rosas, trigo en verano y las viñas producen uva a la llamada del otoño, sino porque los átomos apropiados se han unido en la estación apropiada para constituir cada una de las cosas que vemos?»³

Demócrito describía un universo mecánico muy distinto del de Aristóteles. En este modelo, los componentes fundamentales de la materia son los átomos, que crean la totalidad del movimiento y el dinamismo mediante colisiones entre sí. Demócrito y

sus seguidores estaban tan prendados de dicho concepto que aplicaron el «atomismo» a todos los aspectos del mundo observable, y fueron todavía más allá cuando intentaron explicar el comportamiento humano como una consecuencia de las colisiones atómicas. Al pensar de esta manera, aunque sólo fuera a un nivel empírico, Demócrito se adelantó miles de años a su época y operó dentro de una categoría totalmente distinta a la del relativo amateurismo de Aristóteles.

Si bien no disponía de ninguna interpretación matemática para el atomismo y tampoco contaba con ningún apoyo experimental, en esencia el modelo conceptual de Demócrito se encontraba espectacularmente más próximo del modelo moderno estructurado por Antoine Lavoisier y John Dalton a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Nunca llegaremos a saber qué ideas habrían podido surgir en las mentes de los filósofos naturales del Renacimiento si la voz de la ciencia «helénica» no hubiera sido Aristóteles sino Demócrito.

El otro pilar de la sabiduría helénica, Platón (428-348 a.C.), siempre tuvo una visión del mundo mucho más mística que la de su famoso discípulo. Si pensamos en Aristóteles como piedra y metal, fuego y trueno, entonces Platón es etérea ligereza y delicados malabarismos con los números. De hecho, para Platón las matemáticas lo eran todo. En su entusiasmo, había escrito encima de la puerta de su Academia: «Que no entre aquí ningún hombre que no sepa geometría.» Pero atemperó dicha obsesión con otra, derivada de la convicción de que la humanidad (antes que meramente la Tierra) se hallaba en el epicentro de todas las cosas. Creyendo que el cosmos era un único organismo vivo dotado de cuerpo, razón y alma, Platón fue el primer pensador que mantuvo que el filósofo podía llegar a alcanzar una profunda comprensión de Dios a través del estudio de su creación, la naturaleza. Para Platón y sus discípulos, la investigación del mundo en que vivimos era una labor imperativa y, de hecho, la razón por la cual existimos. Llevando este razonamiento antropocéntrico a su conclu-

sión más extrema, creía que el universo había sido creado y era controlado por un ser supremo que le tenía reservado un papel muy especial a la humanidad. Platón llevó tan lejos dicho concepto que llegó a sugerir que los movimientos de los planetas tenían la única misión de marcar el transcurso del tiempo para la humanidad.

Pero a pesar de todas esas extravagancias, lo cierto es que el pensamiento platónico encerraba el germen de un gran concepto. Su visión dinámica y holística del universo inspiró a muchos grandes intelectuales. Sirvió como contrapunto a la fuerza bruta del aristotelismo puro y además alentaba una aceptación de ideas aparentemente opuestas, basándose en la fusión de los contrarios y tratando de encontrar grandiosas respuestas capaces de abarcarlo todo. Un día, unos dos mil doscientos años después de Platón, el pensamiento holístico volvería a pasar a primer plano cuando los científicos del siglo XX reanudaran la búsqueda de la *prisca sapienta*. Porque ésa es precisamente la meta final de los cosmólogos y los estudiosos de la física de partículas (como Steven Weinberg y Stephen Hawking), que actualmente se están esforzando por crear una gran teoría unificada, una fusión sin costuras de la teoría cuántica, una teoría de la gravedad y la relatividad.

El aristotelismo no tardó en convertirse en el fundamento de todo racionalismo y posteriormente, durante los primeros siglos de nuestra era, su posición se vio enormemente reforzada gracias a su matrimonio con la teología cristiana. El aristotelismo se convirtió en el modelo oficial universal para la enseñanza ortodoxa, «la ciencia de la Iglesia». Las Escrituras definían el mundo espiritual, y la tradición helénica, epitomizada por la fantasía de Aristóteles, describía el mundo material. Cada una apoyaba a la otra.

Este matrimonio alcanzó su máxima representación con los escolásticos, aquellos monjes medievales que disponían de copias de muchas obras griegas hechas a partir de unos originales que fueron vistos por primera vez por ojos europeos durante las Cruzadas. Muchos de esos originales habían sobrevivido a los repeti-

dos saqueos de Alejandría, y habían sido rescatados de las llamas por los cazadores de recompensas. Luego habían sido vendidos una y otra vez hasta que terminaron en manos de intelectuales árabes que los tradujeron y emplearon como base para sus propios estudios científicos, los cuales —junto con las bibliotecas de los monasterios europeos— cumplieron la función de servir como depósitos del conocimiento humano durante las épocas oscurantistas.

Las ideas de Aristóteles expuestas en forma manuscrita se combinaron con las palabras de los apóstoles y las del Antiguo Testamento para producir una imagen autónoma y autoconsistente del universo. Según dicho modelo, Dios había creado el mundo precisamente tal como decían las Escrituras, y continuaba guiando toda acción acontecida en su seno. Cada objeto había sido puesto en movimiento por Dios y era supervisado por el poder divino. De esta manera, la doctrina eclesiástica de la omnipotencia divina encajaba a la perfección con conceptos aristotélicos como el del Motor Inmóvil.

Aparte de esto, la ortodoxia decretó que toda la materia estaba formada por los cuatro elementos, tal como sostenía Aristóteles en el siglo IV a.C., y que cada objeto material era una entidad individual completa, creada por Dios y compuesta por distintas combinaciones de los cuatro elementos. Cada objeto poseía ciertas cualidades concretas y observables, como el peso, el color, el olor y la temperatura. Dichas cualidades eran consideradas únicamente como aspectos intrínsecos o propiedades del objeto, y su naturaleza observable no tenía absolutamente nada que ver con la percepción del observador. La ortodoxia también sostenía otra insensatez aristotélica: la idea de que vemos las cosas porque nuestros ojos proyectan partículas que rebotan en los objetos contemplados, así como la de que un objeto se desplaza a través del aire porque, al hacerlo, el aire que va siendo desplazado ante él fluye instantáneamente hacia atrás quedando situado detrás del objeto, y de esa manera lo impulsa hacia adelante. La postura adoptada por

la Iglesia en lo tocante a la astronomía, y eso fue de la máxima importancia para el destino de Bruno, era fervientemente geocéntrica y puramente aristotélica, y se había visto corroborada por el modelo alejandrino de Tolomeo.

Éste era pues el camino de la filosofía natural, un a menudo tortuoso viaje iniciado en los huertos de almendros del Peloponeso que había pasado por los intelectuales y matemáticos árabes para terminar en las gélidas bibliotecas de húmedos muros de los monasterios de las épocas oscurantistas. Esas enseñanzas fueron adoptadas hasta la última coma por los responsables de las grandes universidades donde los clérigos del momento enseñaban y los que se convertirían en los clérigos de la próxima generación escuchaban, tomaban notas y, prácticamente todos, aceptaban cuanto oían sin cuestionarlo.

Pero no todo el mundo se dejó engañar. Algunos, unos cuantos rebeldes intrépidos, empezaron a discrepar en susurros, vieron las inconsistencias más obvias y se negaron a aceptar lo que su experiencia les indicaba como claramente falso. Cada uno de aquellos hombres contribuyó a que se fuera cobrando conciencia gradual de que no todo era perfección dentro de la doctrina oficial o la filosofía natural.

Los integrantes más famosos de aquel grupo de contemporáneos fueron santo Tomás de Aquino (1224-1274), Alberto Magno (1200-1280) y Roger Bacon (1220-h. 1292). En la mayor parte de sus escritos, Tomás de Aquino y Alberto Magno se mantuvieron fieles a la doctrina tradicional aristotélica y defendieron firmemente la creencia de que el hombre era el objeto central de la Creación y de que el universo había sido concebido por Dios para él. El gran franciscano y erudito de Oxford Roger Bacon fue mucho más lejos, y hoy en día está considerado por muchos historiadores de la ciencia como uno de los primeros estudiosos que empezaron a erosionar las restricciones inherentes a la filosofía escolástica. Bacon fue el primero en comprender el poder del experimento y escribió tres tratados realmente visionarios —*Opus*

maius, *Opus minus* y *Opus tertium*— que, tomados en conjunto, exponen su filosofía y sus técnicas experimentales a través de una amplia gama de disciplinas. Los esfuerzos de Bacon lo han convertido en una de las figuras más valoradas y respetadas de la historia de la ciencia, pero en vida su obra fue considerada herética y subversivos sus elementos antiaristotélicos. En 1277, el fervientemente anticultista ministro general de los franciscanos empezó a recelar de las ideas de Bacon; y cuando el monje inglés tuvo la ingenuidad de ofrecer una edición especial de su trilogía al superior de su orden, fue encerrado en una cárcel donde moriría quince años después.

Hombres como Bacon, pese a lo brillantes que eran, vivieron en una época que sólo les permitió dejar unas cuantas mellas en el aristotelismo; pero a medida que iba floreciendo el Renacimiento, las voces disidentes se fueron multiplicando y empezaron a hablar más alto. Leonardo da Vinci en un principio era partidario de Aristóteles, hasta que empezó a realizar sus propios experimentos y fue descubriendo, como Bacon antes que él, que lo que el filósofo griego explicaba sobre el mundo chocaba con la experiencia. Leonardo escribió miles de páginas de anotaciones en las que criticaba constantemente a Aristóteles (y, aunque no de manera tan directa, a Platón); pero como en vida las mantuvo en secreto, ninguna de sus ideas llegó a ser conocida. Tras su muerte, y eso fue todavía más grave, sus notas permanecieron perdidas durante casi doscientos años y sólo fueron redescubiertas en el siglo XVII, a comienzos de la Ilustración. El lamentable resultado de todo ello fue que Bruno nunca llegaría a conocer los descubrimientos que su compatriota había efectuado un siglo antes.

A través de semejante confusión y porque hombres como Tomás de Aquino se guardaron sus herejías para sí en tanto que otros como Roger Bacon eran silenciados, el mundo tuvo que esperar a que se produjese la colisión de ideas y metodología para que los acontecimientos pudieran conspirar para cambiarlo todo. Y ese momento llegó un cuarto de siglo después de la muerte de Leonardo,

un siglo y medio después de la lenta muerte de Roger Bacon, cuando un hombre se atrevió a contraponer la razón y la observación a la irracionalidad y, al hacerlo, transformó el pensamiento humano, enterró a Aristóteles e hizo pedazos los cimientos carcomidos de la teología cristiana. Ese hombre fue Nicolás Copérnico.

Copérnico (1473-1543) era un sacerdote polaco que había estudiado medicina en Padua y derecho en la Universidad de Ferrara, donde se doctoró en derecho canónico en 1503. Mientras llevaba a cabo sus estudios oficiales, como tantos grandes pensadores antes y después de él, había seguido un camino de instrucción independiente y nada ortodoxo. Y para Copérnico, su musa eran los cielos, la poesía del movimiento estelar y la gran procesión de los planetas. Lo que habían escrito los maestros no lo convencía, por lo que se dedicó a tratar de entender la verdadera naturaleza de la dinámica universal y la manera en que se movían los cuerpos celestiales.

No obstante, Copérnico era muy consciente de la peligrosidad de cualquier pensamiento que se inclinase hacia una visión del mundo antiaristotélica, muy especialmente dentro de la delicada área de lo que un día se convertiría en la astronomía y la cosmología. Durante el siglo xv, la Iglesia se mostró particularmente decidida a impedir que los intelectuales llevaran a cabo cualquier clase de reinterpretación de la mecánica universal. En lo que a los cardenales concernía, el reino celestial, aquello que los griegos llamaban la esfera celeste, era un campo prohibido: era el territorio de Dios. De hecho, el mero cuestionamiento del totalitarismo aristotélico formaba parte de «las doscientas diecinueve proposiciones peligrosas», tal como habían sido definidas en 1277 por el obispo Esteban Tempier, alguien que al menos tuvo la suficiente imaginación para darse cuenta de los peligros que entrañaban la epistemología y la naturaleza inquisitiva de la mente humana.

Por consiguiente, Copérnico hizo lo que habría hecho cualquier investigador prudente de su época: se guardó sus ideas para

sí, escribió en secreto y no dio a conocer lo que realmente pensaba. A lo largo de treinta años, desde 1513 hasta su muerte en 1543, compiló una vasta y detallada colección de observaciones astronómicas, todas las cuales fueron registradas y comentadas con la vaga esperanza de que algún día podría publicar las conclusiones que empezaba a sacar de sus labores nocturnas.

En 1543 enfermó y no tardó en comprender que se estaba muriendo. Buscando una manera de publicar sus ideas heréticas, hizo en secreto los arreglos necesarios para que sus papeles fueran impresos. No teniendo parientes próximos y no habiendo nadie a quien Roma pudiera castigar cuando él se hubiera ido, pudo dar a conocer públicamente sus ideas.

Su libro se tituló *De revolutionibus orbium coelestium* [*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*], y cuenta la leyenda que uno de los primeros ejemplares que salieron de la imprenta fue puesto junto al lecho de muerte del autor. Si realmente fue así, Copérnico debió de sentirse profundamente satisfecho de que la obra de su vida por fin hubiese llegado a la imprenta; pero incluso así tendrían que transcurrir muchos años antes de que sus ideas fueran comprendidas e interpretadas correctamente.

En primer lugar, el editor de Copérnico, un ministro luterano llamado Andreas Osiander, intentó evitar cualquier controversia que pudiera llegar a implicarlo añadiendo al libro un prefacio sin el consentimiento del autor. En él declaraba que el tratado no debía ser considerado una descripción de la realidad, sino meramente un instrumento a emplear para el cálculo del movimiento planetario. Pero aparte de esto, y si bien el contenido del libro era extremadamente radical, *Sobre las revoluciones de las esferas celestes* también fue presentado de una manera engañosa y ocasionalmente oscura. Puede que Copérnico obrara deliberadamente. Es posible que siguiera el ejemplo de los alquimistas y los místicos de su época y, aunque sólo fuese a nivel superficial, hubiera intentado suavizar el impacto del libro.

La teoría de Copérnico se basaba en su observación de que las

estrellas y los planetas se movían de tal manera que la Tierra no podía estar en el centro del universo, pero para expresar dichos descubrimientos utilizó muchos conceptos tradicionales de Tolomeo. Lo realmente importante era que su gran tratado empezaba con la atrevida afirmación de que el Sol se encontraba en el centro del universo, pero luego parecía cambiar de parecer: pasadas las primeras páginas, Copérnico complica una idea muy simple en lo que parece un intento deliberado de oscurecerla innecesariamente. Al final del libro, ya había colocado al Sol ligeramente apartado del centro. Esta postura vuelve a la obra casi ilegible y ocasionalmente contradictoria. Con sus doscientas doce páginas en folio pequeño, lo cierto es que *Revoluciones* apenas si tiene nada que decir después de las primeras veinte páginas.

La misma naturaleza de *Revoluciones* hizo que no causara el inmediato impacto científico que hubiese debido producir. De hecho, el libro pasó desapercibido para la Iglesia durante más de sesenta años después de su primera publicación, y no fue incluido en el *Index* hasta 1616.*

Aun así, no cabe duda de que Copérnico hizo bien en ocultar sus intenciones e ideología hasta que estuvo fuera del alcance de la Iglesia. En su tratado, el monje polaco rechazaba todo lo que había dicho Aristóteles sobre el tema clave de la astronomía, unas palabras que describían el dogma inflexible que llevaba tanto tiempo dando una falsa imagen de la realidad. El ego humano llevaba demasiado tiempo siendo falsamente consolado por lo

* Y allí se encontraría muy bien acompañado. *Revoluciones* fue sacado del *Index* en 1853, pero la lista de 1948 (la última que se publicó) seguía incluyendo todas las obras de Boyle, Hume, Hobbes, Voltaire, Zola y, por supuesto, Bruno. Muchos contemporáneos de Bruno también se encontraron en la lista, y la *Ciudad del Sol* de Campanella y el *De natura rerum iuxta propria principia* de Telesio fueron incluidos nada más ser publicados. Lo más sorprendente es que estaban acompañados por *La historia del declive y caída del Imperio romano*, *Madame Bovary* y obras de Locke, Kant, Descartes, Fludd, Mill, Bergson y muchos de los más importantes tesoros literarios de la época moderna.

que había querido creer, con la agonía de la insignificancia mitigada por el modelo geocéntrico enseñado desde la Antigüedad que describía a los planetas y demás cuerpos celestes girando alrededor de la Tierra. «En medio de todo ello mora el sol —declaraba orgullosamente Copérnico en las claras y precisas páginas iniciales de su manuscrito—. Sentado en el trono real, gobierna la familia de planetas que giran alrededor de él... De esta manera encontramos en dicha disposición una admirable armonía del mundo.»

Pocas palabras podrían haber sido más incendiarias, y poco a poco fueron llegando gradualmente al público. El boca a oreja desempeñó un papel crucial y lentamente, una generación después de la muerte de su autor, *Revoluciones* se convirtió en el libro más famoso y controvertido jamás escrito. Mucho tiempo después de que las personas instruidas hubieran devorado su contenido y descubierto sus encantos, *Revoluciones* era quemado en público por clérigos enfurecidos. Pero, a pesar de los desesperados esfuerzos de la Iglesia, los libros no podían seguir el destino de la carne. *Revoluciones* ya había servido de inspiración a los que estaban preparados para abrir sus mentes, aquellos que eran capaces de aceptar una visión que se oponía a las falsedades tradicionales heredadas que podían ofrecer Aristóteles y la Iglesia de Roma. El herético sistema heliocéntrico descrito por Copérnico se convirtió en el fundamento de un enfoque enteramente nuevo de la filosofía natural y abrió de par en par las esclusas intelectuales. *Revoluciones* demostraba con irrefutable claridad que Aristóteles no había podido estar más equivocado acerca del movimiento de los cielos. Pero, y aún más importante, también sugería que si Aristóteles podía estar equivocado acerca de eso, ¿qué había que pensar entonces de las demás verdades consideradas irrefutables? ¿Qué ocurría con el resto del dogma griego, tan ávidamente adoptado para sus propios fines por los teólogos y los papas? Quizá también fuera igual de fantasioso y equivocado. Las palabras de Copérnico causaron tanta impresión en hombres del talante de

Bruno como en los cardenales y el Papa cuando comprendieron la naturaleza del copernicanismo, pero produjeron efectos diametralmente opuestos.

Bruno probablemente tuvo conocimiento de Copérnico por primera vez cuando todavía era un novicio en el monasterio de Santo Domenico. Nápoles no se vio sometido al yugo de la Inquisición hasta 1547, por lo que es posible que la bien aprovisionada biblioteca del monasterio todavía contuviera algunos libros no convencionales. La evidencia de que Bruno probablemente conoció la herejía copernicana ya en su juventud procede de una edición de las *Revoluciones* hecha a mediados del siglo XVI, recientemente descubierta en la Biblioteca Casanatense de Roma. En la guarda del libro figura el nombre «Brunus». Está escrita en un estilo muy florido y un tanto juvenil, lo cual sugiere que pudo haber sido obra de un estudiante. No es seguro que Bruno poseyera dicho libro, pero sería muy típico de él que hubiera añadido su nombre de una manera tan descarada a un libro que contenía ideas heréticas.⁴

En el caso de Giordano Bruno, la impresión causada por el copernicanismo no tuvo nada de negativa. Todo lo contrario, porque el joven novicio abrazó las *Revoluciones de las esferas celestes* como si fuera una nueva Biblia; de hecho, para él tenía idéntico poder y ofrecía una genuina revelación quizá todavía más grande. Como he afirmado al principio de este capítulo, Giordano Bruno no fue un filósofo corriente. Se hallaba ampliamente versado en la tradición de la filosofía natural, pero también procedía de un molde muy distinto al de incluso aquellos académicos y clérigos instruidos que se atrevían a albergar pensamientos heréticos y se permitían concebir la posibilidad de un universo no gobernado por los principios aristotélicos. Bruno aborrecía a quienes para él no eran más que necios esclavos de Aristóteles, y también aborrecía la manera en que el progreso se veía frenado por los antiguos errores. Pero por encima de todo era un iniciado de la tradición oculta. Ese camino alternativo que seguía un curso paralelo al

progreso de la filosofía natural fue recorrido por Bruno con auténticos pasos de gigante. Cuando empezó a escribir sus obras mayores (en Londres, París y Alemania durante la octava década del siglo XVI), en el apogeo de su talento, Bruno había pasado la mayor parte de su vida estudiando lo oculto y la doctrina de las religiones precristianas. También había absorbido ávidamente la filosofía natural tradicional junto con las últimas ideas que circulaban entre la elite intelectual de la Europa del Renacimiento. Bruno actuó como un recipiente al interior del cual podían afluir las ideologías en estado bruto y los ingredientes de la empresa intelectual e intuitiva humana para crear dentro de él una *Gestalt*, una unión de lo oculto y la yatro-ciencia. Otros habían proporcionado anteriormente un suelo fértil para semejante mezcla, pero ninguno había podido añadir el condimento especial que podía ofrecer Bruno, y ninguno había sido ni la mitad de valiente y resuelto.

La tradición hermética, el camino de lo oculto, es anterior en muchos milenios al de la filosofía natural. Para nosotros, al igual que para los hombres del Renacimiento, el conocimiento griego es conocimiento antiguo, pero la fuente de instrucción ofrecida por lo místico, lo intuitivo, es mucho más antigua.

Algunos mantienen que la tradición oculta que tanto valoraban muchas figuras del Renacimiento se remonta al Antiguo Egipto, y otros la sitúan todavía más atrás, en las fabulosas civilizaciones perdidas de la Atlántida y Mu. Según la leyenda, ese conocimiento secreto fue conservado por una sucesión de acólitos. Partiendo de Hermes, el canon fue supuestamente transmitido a los antiguos caldeos (de quienes se dice fundaron el arte de la astrología). Éstos donaron su conocimiento a otra figura mítica, Orfeo, cuyos *Himnos órficos* contenían muchas enseñanzas egipcias. Después de Orfeo, Zoroastro se convirtió en un iniciado, y luego vinieron Pitágoras, Platón y Plotino. Durante el Renacimiento, el conocimiento

fue adaptado por Cornelio Agripa, Paracelso (Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim), Giovanni Pico della Mirandola, Marsilio Ficino y muchos otros.

Aunque gran parte de lo anterior es mera especulación y leyenda, ciertas evidencias indican que unos cuantos elementos de magia primitiva y enseñanzas ocultas fueron preservados a partir de la civilización egipcia, unos dos mil años antes de Cristo, pero la mayor parte de ellos llegaron a la Europa del Renacimiento en una forma extremadamente distorsionada. En una fecha tan tardía como el siglo II, oscuras sectas todavía celebraban sus ritos en los escasos templos egipcios supervivientes. El culto al sol, la creencia de que los magos podían imbuir vida en objetos inanimados mediante encantamientos, la naturaleza conferidora de poder de los símbolos y el ritual y la devoción por la astrología eran los dogmas básicos. Unos cuantos textos de esa época fueron copiados y vueltos a copiar, alterados y puestos al día, y terminaron llegando a Alejandría donde, junto con los escritos de Platón, Aristóteles y otros griegos, alejandrinos y romanos se fueron infiltrando gradualmente en la cultura europea.

Para los intelectuales del Renacimiento, las fuentes de que disponían eran el resultado de un descomunal esfuerzo por redescubrir los secretos perdidos de los antiguos. No cabe duda de que éste fue el proceso más significativo para el florecimiento del Renacimiento. Hoy en día nos hemos acostumbrado a mirar más hacia adelante que hacia el pasado. La nuestra es una época en la que damos por sentado que el futuro será más progresista e ilustrado que el pasado, que mañana sabremos más y comprendemos más que hoy, y pasado mañana todavía más. En nuestra época, el pasado recibe un homenaje meramente simbólico; pero el Renacimiento, con todo lo glorioso e importante que resultó, fue un período en que los pensadores veían el pasado y el futuro de una manera diametralmente opuesta a la de los intelectuales modernos. Los hombres del Renacimiento volvían la mirada hacia el pasado y veían una cultura más refinada, y estaban convencidos

de que los antiguos habían tenido acceso a un acervo de conocimientos unitarios muy superiores a los suyos.

En ciertos aspectos estaban en lo cierto, porque era mucho lo que se había perdido y todavía más lo que se había olvidado entre la época de los filósofos de Alejandría y el resurgimiento de la cultura en el siglo XIV; pero la idea de una antigua «gran comprensión» en realidad era una ficción: los antiguos habían poseído sus propios secretos, pero nunca tuvieron ninguna unidad del conocimiento que lo abarcara todo, y no llegaron a alcanzar ninguna verdad definitiva.

Con todo, el Renacimiento era una expresión del anhelo de una nueva Edad de Oro modelada de acuerdo con la sabiduría de los ancianos. Como hemos visto, se enviaron emisarios por todo el mundo conocido para que encontraran, compraran y, en caso necesario, robaran cualquier manuscrito o documento escrito en el latín y el griego originales (pues por entonces nadie conocía la existencia de tumbas que contuvieran los jeroglíficos originales egipcios). Cuando esos tesoros fueron llevados a Italia y traducidos, todo un paisaje de antigua sabiduría desconocido hasta entonces —desde Cicerón a Platón, Homero a Herón, Aristóteles a Arquímedes— quedó revelado y actuó como semilla para el neoclasicismo del Renacimiento.

Como he comentado en el capítulo 2, uno de los mecenas más significativos para esta costosa pero altamente productiva búsqueda fue la familia Médicis. El más concienzudo de ellos fue Cósimo de Médicis, quien nació en Florencia en 1389 y llegó a ser uno de los hombres más ricos y poderosos de Europa. Siendo un auténtico modelo para su época, Cósimo mostraba tanto interés por Horacio como por Hipócrates y sentía una intensa fascinación por lo oculto. En 1460, un monje anónimo le llevó una colección de textos griegos que, aseguraba, eran la fuente original de todo el conocimiento oculto escrita por la máxima autoridad en tales cuestiones, el hombre al que se consideraba el origen de todo conocimiento, Hermes Trimegisto. Cósimo quedó tan cautivado

por la historia que no sólo pagó una suma exorbitante por el material, sino que además ordenó al traductor en quien más confiaba, Marsilio Ficino, que dejara de trabajar en su ya casi terminada traducción de Platón para concentrarse en aquella nueva colección de escritos. El resultado, completado pocos meses antes de que Cósimo muriera en 1464 a los setenta y cinco años de edad, fue el *Corpus Hermeticum*, una colección de catorce volúmenes que dio más aliento y nuevas energías a los místicos, alquimistas y cabalistas de la época que ningún otro texto oculto impreso durante el Renacimiento.

Pero hasta cierto punto Cósimo había sido engañado. Los textos comprados no eran originales sino que databan de alrededor del siglo II (el último período durante el que la antigua religión egipcia había sido practicada abiertamente), y probablemente estuvieran basados en copias de copias de copias de un texto antiguo que llevaba mucho tiempo perdido.⁵ Pero eso apenas tenía importancia, ya que para el filósofo de la época que estuviera interesado en el ocultismo, el *Corpus Hermeticum* era un texto esencial y continuó siendo la piedra angular de toda labor alquímica y mística durante dos siglos después de la muerte de Cósimo. De hecho, una figura de la categoría de sir Isaac Newton poseía un ejemplar que anotó con densas acotaciones y utilizó como base para su propio trabajo como alquimista.

A lo largo del período en que la antigua filosofía natural fue perdida y luego redescubierta por teólogos europeos, la tradición hermética también había sobrevivido, mantenida viva y vibrante por generaciones de ocultistas que fueron efectuando sus propias adiciones al canon a medida que lo veían crecer. La astrología, la adivinación, la lógica simbólica, la alquimia, las prácticas rituales (la demonología, el culto al diablo y las artes negras incluidas) experimentaron un nuevo resurgir durante las primeras etapas del Renacimiento. Cada individuo podía encontrar lo que quisiera dentro de la tradición hermética y cada uno podía salir de ella con su propio tesoro, su propia directiva mágica.

Los escritos de Bruno dejan muy claro que había muy pocas cosas del canon oculto que le parecieran convincentes. Para Bruno, al igual que para muchos pensadores posteriores, lo oculto era una herramienta de utilidad, una llave que abriría puertas de acceso a nuevos espacios del pensamiento y profundidades ocultas de la psique humana. A lo largo del camino oculto, Bruno fue encontrando nuevos senderos apenas trazados que conducían a la inspiración y la revelación. La alquimia no le interesaba, nunca se sintió motivado por el experimento y no lo atraía la búsqueda de la piedra filosofal, el sueño de la riqueza ilimitada. Tampoco practicó la magia ritual o necromancia y, de hecho, solía burlarse de los astrólogos y de muchos preceptos irracionales de la hechicería.⁶

Bruno era consciente del poder de la magia ritual y la tradición oculta, pero sabía que una gran parte de ellas no eran más que superstición, fantasía descabellada y meros deseos tomados por realidades.⁷ Sabía que la magia ritual producía resultados, pero lo atribuía al poder hipnótico del ritual en sí. Sabía que los símbolos y los encantamientos pueden ejercer una poderosa influencia sobre la mente, y que los resultados dependían de las motivaciones de los participantes. Si la intención de uno es corromper o desestabilizar, entonces el resultado podría ser definido como «magia negra», mientras que los «magos blancos» recurren al proceso ritual para producir un resultado positivo o, cuando menos, neutral. En cualquier caso, el poder del ritual siempre depende de las características mentales y emocionales de las personas involucradas y no tiene nada que ver con fuerzas externas como espíritus o demonios. La única fuerza que actúa es el poder de la mente humana.

Bruno sentía una empatía natural hacia la teología precristiana de los antiguos egipcios, y la consideraba más próxima a la fuente de la Verdad. Para Bruno, las antiguas enseñanzas poseían una pureza y una simplicidad que todavía no habían sido mancilladas por una organización corrupta, en tanto que consideraba a la Iglesia y sus estamentos administrativos como una fuerza destructiva.

Hoy en día nuestra percepción de lo oculto y la magia es muy diferente a la que tenían los hombres del Renacimiento. Si llegamos a pensar en esas cosas, visualizamos lo oculto como algo oscuro y aterrador, la trama de una película de serie B, o lo desechamos como meramente fantasioso. Pero Bruno, quien epitomizaba el enfoque de la inmensa mayoría de intelectuales del Renacimiento, consideraba lo oculto como un patrón de ideas, una red de conceptos a la cual se podía acceder para adquirir una mayor comprensión del universo. El Renacimiento dio cuerpo al concepto de la fusión de disciplinas aparentemente inconexas, y la intelectualidad del siglo XVI pensaba de la misma manera con respecto a lo oculto. Muchos filósofos se dedicaron con entusiasmo a amalgamar ideas procedentes de la tradición hermética con la filosofía natural, el arte, la poesía, el estudio del lenguaje, la retórica, la medicina, la música e incluso la arquitectura y la ingeniería, en un intento de producir una dinámica que acabase llevando a una gran revelación. De hecho, la esencia del gran logro de Bruno radica precisamente en su convicción de que podía mejorar sencillamente el mundo si fusionaba con éxito la filosofía natural y la tradición oculta, las antiguas religiones y el cristianismo.

Empezó desarrollando un tratamiento no-matemático del copernicanismo. Para él eso representaba tanto una manera de entender los conceptos como un método para transmitir el modelo heliocéntrico de Copérnico a los estudiantes y profanos en la materia que asistían a sus disertaciones y leían sus libros. Pero no se quedó en una interpretación tan restringida de Copérnico, sino que la llevó hasta áreas que nadie habría podido imaginar.

Y aquí, una segunda obsesión suya desempeñó un papel de gran importancia. Partiendo de las antiguas religiones y de sus propias lecturas y razonamientos, Bruno había desarrollado una forma extrema de panteísmo. Para él, la obra de Copérnico debía emplearse meramente como punto de partida, casi como si se tratase de una metáfora. Las *Revoluciones* eran una base sobre la cual edificar una doctrina de la universalidad. Bruno creía en un uni-

verso infinito, un universo mucho más grande que el asfixiante y bastante ridículo rincconcito imaginado por los teólogos y los padres de la Iglesia. Consideraba al heliocentrismo de Copérnico demasiado simplista. Su visión era mucho más moderna, y en ella el Sol pasaba a ser una mera estrella más entre las muchas que poblaban un firmamento infinito. En esta filosofía, la humanidad debía considerarse como un grupo más de seres que vivían en un universo en que todos sus elementos eran interdependiente y estaban interrelacionados.

La visión de Bruno pertenecía al siglo xx y, al mismo tiempo, estaba firmemente enraizada en su propia época. Por una parte, visualizaba un universo que no guardaba ninguna relación con el modelo ortodoxo, pero por otra, mantenía una estrecha afinidad con el mundo antiguo y su pensamiento. Y naturalmente, sus convicciones eran descaradamente heréticas. Copérnico, que a finales del siglo xvi continuaba sin haber merecido una gran atención por parte de los filósofos de la Iglesia, había ofrecido un modelo que no tardaría en ser percibido por muchos fieles como el extremo más afilado de la cuña, en extremo peligroso y antiaristotélico; pero la concepción de Bruno pisoteaba todo lo sagrado.

La herejía de Bruno tenía muchas facetas. En primer lugar, la noción de un universo infinito era antiaristotélica, pero más allá de esto e incluso suponiendo que constituyera una auténtica descripción del universo, se trataba de una idea tan esotérica y nebulosa que nunca se conseguiría que los seglares la entendiesen. La Iglesia valoraba en mucho la simplicidad en todo lo referente a la doctrina religiosa: la noción de un universo en que el Sol y la Tierra eran tan devastadoramente insignificantes resultaba inaceptable. Pero todavía más extrema era la creencia de Bruno en la existencia de vida inteligente distinta de la humana. En su *De l'infinito universo e mondi* [*Del infinito, el universo y sus mundos*], escrito en 1584, Bruno decía: «Hay incontables soles y una infinidad de planetas que giran alrededor de sus soles de la misma manera en que nuestros siete planetas giran alrededor del nuestro.»

Ésta quizá fuera su idea más peligrosa, puesto que indirectamente negaba uno de los preceptos centrales de la cristiandad ortodoxa: que Cristo había muerto para redimir este mundo y guiar a la humanidad hacia el cielo. Si existían otros mundos donde vivían seres inteligentes, ¿habían tenido sus propias visitas? ¿Clavaron a su Cristo en una cruz? La idea era inconcebible.

Pero Bruno no se detuvo ni siquiera ahí. Inspirado por Demócrito e influenciado por las enseñanzas místicas de las antiguas religiones india y egipcia, desarrolló todavía más su doctrina de la universalidad. Para él, la esencia de una abeja era indistinguible de la de un ser humano, y los minerales de una roca eran tan significativos como un Papa. Para Bruno, todas las cosas son recicladas e interdependientes. Para este extraordinario pensador, Dios existía en un rayo de sol y en la espada del soldado, el aliento de la ramera y la túnica milagrosa del santo. «Todo este globo, esta estrella, no estando sometido a la muerte y la disolución y siendo imposible la aniquilación en lugar alguno de la Naturaleza, se renueva periódicamente a sí mismo cambiando y alterando todas sus partes. No hay ningún arriba o abajo absolutos, como enseñó Aristóteles; ninguna posición absoluta en el espacio; sino que la posición de un cuerpo es relativa con respecto a los otros cuerpos. Hay por doquier un incesante cambio relativo de posiciones a través del universo, y el observador siempre se encuentra en el centro de las cosas.»⁸

Para Bruno, Copérnico, Horus, Siva y el Sol podían aglutinarse, combinarse y llegar a ofrecer milagros. Y para él, nada de eso empequeñecía a la humanidad sino que, antes bien, le infundía vigor y nuevas energías, expandiendo y agrandando nuestra importancia en el gran esquema universal. Hablando del planteamiento de Bruno, el filósofo alemán del siglo XIX Ernst Cassirer dijo: «Dicha doctrina supuso el primer y decisivo paso hacia la autoliberación del hombre. El hombre ya no vive confinado por los estrechos muros de un universo físico finito. El universo infinito no impone límites a la razón humana, sino que es el gran in-

centivo de la razón humana. El intelecto humano toma conciencia de su propio infinito a través de la medición de sus poderes por el universo infinito.»⁹ Somos parte de un todo más grande, creía Bruno, nos hallamos en comunicación directa con lo divino y todos somos parte de lo infinito. Pero para sus detractores, el infinito empequeñecía y la universalidad rebajaba; por encima de todo, fue esta colisión entre dos filosofías tan distintas lo que originó el desprecio que se profesaban mutuamente.

Con todo, y a pesar de esa disposición a aventurarse, la filosofía de Bruno podría ser vista como poco más que una recopilación de ideas diáfanas y carentes de un ancla. Pero, para salvarla, había otro elemento de su pensamiento que proporcionaba un foco a su visión del universo. A su amor a Dios, su panteísmo extremo, su creencia en la pureza de la fe original y su modelo de copernicanismo universal, Bruno unió lo que no tardaría en pasar a ser un arte agonizante, una rama de la tradición hermética que hoy en día nadie tacharía de mística, el «arte de la memoria».

Escribió cinco libros muy importantes sobre el tema, y aunque dichas obras son muy reveladoras y supusieron una gran contribución a la disciplina, sólo son cinco de los casi cinco mil textos sobre el tema que ya existían en el Renacimiento.¹⁰ Durante toda la historia humana que va hasta la invención de la imprenta, una memoria prodigiosa era una habilidad muy apreciada. La capacidad de obtener información en cualquier forma sobre prácticamente cualquier tema es algo que hoy en día damos por hecho. No necesitamos recordar el argumento de nuestra novela favorita, porque siempre está ahí para que podamos releerla. No necesitamos retener la armonía de una sinfonía o las pinceladas de un cuadro, porque están registrados y han sido reproducidas una y otra vez. Si vamos a hacer un discurso siempre podemos utilizar un monitor en el que irá apareciendo el texto, y si impartimos una clase o predicamos, disponemos de una amplia gama de recursos; pero para el intelectual de la época anterior a la imprenta, los textos eran escasos, copiados a mano y sumamente caros: había muy

poca información registrada, y la poca que existía solía ser difícil de encontrar.

El arte de la memoria (o mnemónica) es un tema que ha sido minuciosamente documentado desde la Antigüedad, y los griegos, romanos y alejandrinos invirtieron un considerable esfuerzo en desarrollar distintas maneras de mejorar la memoria. En tiempos de Bruno dichas técnicas habían alcanzado un alto grado de refinamiento, pero empezaban a convertirse en obsoletas a causa de la proliferación de la palabra impresa. Mas para él, seguían poseyendo un inmenso poder que proporcionaría otra hebra a su elaborado tapiz filosófico.

Bruno disponía de una rica herencia en la cual basarse. El primer libro conocido sobre el arte de la memoria fue el anónimo romano *Ad Herennium* (h. 80 a.C.). Fue uno de los primeros libros traducidos al italiano, y ejemplares de él terminaron en las bibliotecas de todos los grandes pensadores de la época. Los preceptos básicos del arte no cambiaron en los siglos durante los que fue utilizado. Tomás de Aquino y Alberto Magno estudiaron la mnemónica con gran entusiasmo y escribieron profusamente sobre el tema. Los místicos y alquimistas que siguieron el camino hermético también utilizaron las técnicas de la memoria para conservar en su mente complejos rituales y los detalles de alambicados experimentos. Para proteger sus secretos, a menudo preferían confiar sus descubrimientos a la memoria antes que registrarlos en forma escrita.

La esencia del arte consiste en la habilidad de mejorar la memoria mediante ejercicios de mecánica mental. Cuando es necesario recordar una compleja masa de información, primero ésta debe ser separada en secciones relevantes con respecto a distintos temas. Luego éstos deben ser dispuestos en algún orden, quizá jerárquico, alfabético o cronológico. Acto seguido, cada fragmento manejable de información es vinculado a un objeto material que pueda ser recordado con facilidad. Dicho objeto material puede ser un lugar, una cosa o una persona. El mejor ejemplo es un mé-

todo para memorizar una larga lista de nombres, números o cualquier otra forma de información. En primer lugar, la lista es dividida en secciones y luego los fragmentos más manejables son asignados a la habitación de una casa. Dentro de cada habitación, los distintos fragmentos de información son asignados a distintos objetos. Si la técnica es seguida al pie de la letra, vastas cantidades de información pueden ser recordadas con sólo pasear mentalmente por la casa e ir cogiendo aquellos objetos a los que ha sido asignada la información.

Un truco muy útil para convertirse en el centro de atención durante una fiesta, desde luego. Pero para Bruno aquellas técnicas representaban mucho más que un juego. Para Bruno, su arte de la memoria era un valioso método para recordar y rememorar todo lo aprendido, y si se lo combinaba con la fascinación por los símbolos tan típica de los ocultistas, podía llegar a proporcionar una estructura para su meticuloso sistema cristiano-hermético. Bruno creía que una memoria mejorada podía aumentar el poder de la psique de tal manera que la mente y el espíritu podrían acceder al gran plan secreto del universo.

Para llegar a entender esto, antes tenemos que analizar la filosofía de Bruno etapa por etapa. Primero surgió el concepto de la universalidad y la infinitud. Bruno insistía en que el individuo y la raza eran partes elementales de una unidad, que hay un universo en todos nosotros y que todos somos parte del universo. En segundo lugar, las formas puras de la antigua religión fueron combinadas con la belleza de las enseñanzas originales de Cristo y las de otros grandes profetas y magos de la Antigüedad. A continuación llegaron las nuevas visiones proporcionadas por la embrionaria «ciencia» de la época. La filosofía natural había creado una doctrina para trascender y refutar las falsas nociones de Aristóteles, revelar la corrupción de la Iglesia y disipar la oscuridad generada por el Concilio de Nicea. Finalmente, todas esas nociones combinadas podían ser entendidas y representadas mediante símbolos y rituales ocultos (tal como el cristianismo también era descrito y re-

presentado con símbolos y rituales), los cuales serían accesibles a una mente fortalecida por una memoria mejorada.

Bruno vivía en un mundo donde la inmensa mayoría de la gente apenas entendía las cosas que adoraban. Dominadas por el miedo, Dios era, para la mayoría de las personas de aquella época, un Creador todopoderoso y la máxima autoridad. Pero, en igual medida, la plebe también temía a la naturaleza, la hechicería y el mundo de los espíritus. Bruno creía poder elevar a los hombres por encima de aquella mísera existencia, emancipando, enriqueciendo y confiriendo un nuevo poder. Cada individuo, creía, cada elemento del gran universo y cada parte del Uno podían comprender al Todo y llegar a servirse de él para crear un mundo infinitamente mejor.

Bruno escribió unos treinta libros a lo largo de una carrera literaria que abarcó dos décadas.¹¹ En ellos, su aparentemente compleja (pero en el fondo maravillosamente simple) doctrina creció y se desarrolló. Algunas de esas obras —como la última, *De imaginum signorum et idearum compositione* [Acerca de la composición de imágenes, signos e ideas]— se centraron en el arte de la memoria, en tanto que otras, particularmente *La cena de le ceneri* [La cena del miércoles de Ceniza] y *De la causa, principio et uno* [De la causa, el principio y el uno], ambas de 1584, son ataques contra Aristóteles y desarrollan el peculiar copernicanismo universal de Bruno. Otra de sus obras más famosas es *Spaccio de la bestia trionfante* [La expulsión de la bestia triunfante], la última de un quinteto de obras maestras que fueron escritas y publicadas en Londres a lo largo del mismo año, 1584.¹² En ella, posiblemente su obra literaria más lograda, Bruno utiliza la alegoría de una lucha entre los dioses paganos del mundo antiguo para atacar la autoridad de la Iglesia, satirizando, burlándose y poniendo al descubierto todas las inconsistencias y flaquezas de lo que consideraba una religión hecha por el hombre y fabricada en el Concilio de Nicea. En su última obra, *De vinculis in genere* [Acerca de los vínculos en general], que quedó incompleta y sin publicar debido a su arresto en Venecia, Bruno

estuvo muy cerca de llegar a unificar los elementos dispares de su filosofía en un todo coherente. Era un libro que muy bien habría podido convertirse en su testamento más completo; lo estaba terminando de escribir cuando volvió a Italia con intención de supervisar su impresión, cuando fue arrestado en Venecia. *De vinculis in genere* también sirvió de base al documento que Bruno quería presentar al Papa a modo de explicación de su doctrina.

Con sus obras más ambiciosas publicadas en 1584 y dentro de los fragmentos rescatados de *De vinculis in genere*, Bruno había escrito una serie de tratados a los que les faltaba muy poco para llegar a crear una gran síntesis, una nueva filosofía omnicomprendensiva que representaba un paradigma mental auténticamente original. Lo que había hecho, creía él, era nada menos que urdir la trama para una nueva religión. Pero ¿qué esperaba conseguir con su obra? ¿Cuál había sido su meta durante aquellas dos décadas de esfuerzos, y qué le faltaba de su misión cuando abandonó Fráncfort para regresar a Italia?

Para responder a esto, antes tenemos que recapitular los enfrentamientos políticos y religiosos que dominaron la cultura europea durante el siglo XVI. Como hemos visto, la Europa del Renacimiento se disponía a entrar en un futuro de comercio global caracterizado por una inmensa expansión de las formas en que la gente se comunicaba, viajaba y registraba la información; pero seguía viéndose acosada por los conflictos ideológicos. Mientras Bruno recorría Europa, la Contrarreforma se encontraba en su apogeo, las cazas de brujas se habían convertido en el deporte favorito de los inquisidores, y el continente se debatía en una serie de sangrientos conflictos derivados de los enfrentamientos doctrinales y una intolerancia endémica.

La auténtica mecha que hizo estallar el conflicto fue el enfrentamiento ideológico entre católicos y protestantes; y Bruno, como católico desilusionado pero no convencido por el protestantismo, mantenía la inmovible convicción de que podía tender un puente sobre el abismo que se interponía entre ambas facciones.

Su método no tenía nada que ver con la diplomacia o el debate, sino con hacer borrón y cuenta nueva y ofrecer una página en blanco encima de la que se pudiera escribir una nueva doctrina. Estaba convencido de que los pensadores liberales, tanto protestantes como católicos, podrían entender su visión, apreciarla y terminar adoptándola.

Como era habitual en él, el método que escogió para alcanzar dicha meta era absolutamente personal. Durante los años ochenta, Bruno no se tenía por ningún Lutero o Calvino, pero sabía que podía comunicar lo que pensaba y que era un profesor tan dotado como carismático. Creía que su mejor oportunidad de conseguir un cambio significativo radicaba en influir sobre quienes eran mucho más poderosos y estaban mucho mejor relacionados que él. En vez de presentarse como una especie de mesías de la nueva era, pretendía utilizar para dicha tarea a alguien reconocido como un estadista de categoría mundial. Bruno lo educaría y lo inspiraría con su revolucionaria filosofía y, a través de aquella figura, establecería un nuevo orden mundial basado en una profunda espiritualidad, una universalidad y un hermetismo cristiano.

En su primer intento pensó utilizar a Enrique III de Francia. Entre ellos había surgido una estrecha amistad y Bruno parece haber ejercido una gran influencia sobre la manera de pensar del rey, pero finalmente las presiones políticas existentes en un país que recientemente había experimentado los peores extremos del conflicto religioso interno fueron excesivas incluso para las habilidades diplomáticas y el agresivo individualismo de Enrique. A pesar de todo, el monarca francés —que no había perdido su fe en las ideas del filósofo de Nola— envió a Bruno a Inglaterra y permitió que se introdujera en las capas superiores de la sociedad inglesa.

El que Bruno compusiera sus principales obras en Londres entre 1583 y 1585 no fue ninguna coincidencia. Seguro de sí mismo y más visionario que nunca, Bruno se hallaba en el apogeo de su capacidad creativa. Su síntesis de copernicanismo universal, cristianismo y lo oculto había alcanzado la madurez, y supo expresar

su ingeniosa doctrina empleando el vehículo del drama y el diálogo (una técnica que Galileo y otros imitarían más tarde). Y en Inglaterra, Bruno encontró su segunda oportunidad de educar y convertir a un monarca, una figura lo suficientemente poderosa para influir sobre las mentes de los hombres y provocar un cambio radical.

Para Bruno, Isabel era la encarnación del monarca utópico y universal; aquel que podía unir y clarificar, iluminar y sembrar el progreso. También compartía muchos de los intereses espirituales de Enrique. Después de que Isabel hubiera sorprendido a los líderes europeos confiriendo la Orden de la Jarretera a Enrique, y durante un corto período de tiempo alrededor del momento en que Bruno visitó Londres, las relaciones entre Inglaterra y Francia fueron excepcionalmente cordiales e incluso se habló de que los dos países formaran una alianza contra el Papa. Pero Bruno se equivocó al depositar sus esperanzas en la soberana de Inglaterra. Por mucho que pudiera apreciar a Enrique, Isabel no tenía ninguna intención de unir a católicos y protestantes mediante la filosofía. Deseaba la unidad, pero únicamente a través de medios tan convencionales como el acuerdo diplomático y las espadas de sus soldados. Isabel era una soberana que confiaba ciegamente en sus consejeros y guías; sus ministros más conservadores aborrecían a John Dee, pero al menos Dee era inglés. Bruno, que era visto por muchos ingleses como un hombrecillo insufrible, ampuloso y pagado de sí mismo, debió de ganarse su enemistad prácticamente desde el primer momento; y de hecho, dos años después de su primer encuentro con Isabel, Bruno regresaba al continente sintiéndose desilusionado y ya no tan seguro de sí mismo.

Bruno pretendía unir a los liberales de ambos campos, y la clave para ello estribaba en encontrar una manera de que católicos y protestantes pudieran ponerse de acuerdo sobre el significado de la Eucaristía, un concepto básico para ambas fes. De todas las incompatibilidades doctrinales que se interponían entre Roma y la religión protestante, la interpretación de la Eucaristía era la más

profunda. Los protestantes mantenían que los componentes terrenales de la Eucaristía meramente representaban la carne y la sangre del Señor, pero los católicos no se conformaban con eso. Roma insiste en que la comunión significa consumir la materia divina en el sentido más estricto del término, con el pan y el vino siendo la carne y la sangre del Salvador.

Bruno quería tratar a la Eucaristía como un ejemplo supremo de la manera en que se podía negar el conflicto. Su interpretación del proceso se basaba en la unión. El pan y el vino, al igual que el cáliz y el paño, las vestimentas sacerdotales, las piedras de la iglesia y la saliva de los creyentes, eran una y la misma cosa. Bebiendo el vino y comiendo el pan, los fieles entraban en conjunción con la gran «unicidad del universo». Creando ese tercer camino, Bruno imaginaba que pondría fin a las discrepancias suscitadas por la Eucaristía. Y entonces todas las discrepancias doctrinales podrían ser superadas con idéntica facilidad.

La cena del miércoles de Ceniza probablemente sea la obra más leída de Bruno y la más absorbente. Se centra en una cena celebrada en Westminster, no muy lejos de donde su autor estaba viviendo por entonces (la residencia del embajador francés, cerca de Fleet Street). Los invitados constituyen una selecta representación de la intelectualidad londinense, y a lo largo de la cena discuten sus creencias y debaten los temas que más preocupaban a Bruno. Naturalmente, la cena es alegórica y la comida y el vino son los elementos de la Eucaristía, que en ese momento ocupaba el centro de las preocupaciones filosóficas de Bruno. La historia se inicia con una discusión sobre Copérnico y va progresando, a través de sus interlocutores, hasta llegar al tema del copernicanismo universal para ofrecer la noción que Bruno veía como una fuerza galvanizadora: la Unicidad de la Naturaleza.

Bruno encontró nuevos seguidores en Inglaterra y cultivó relaciones ya consolidadas. La más importante de ellas era su amistad con el famoso cortesano, soldado, diplomático y poeta Philip Sidney, pero ni siquiera esta relación pudo contribuir a mejorar sus

posibilidades de encontrar una solución práctica al conflicto entre católicos y protestantes. Los libros de Bruno, aunque influyentes y muy leídos entre la elite, no impresionaron a Isabel, ni a nadie que tuviera importancia en la corte (aparte de Sidney). Además, y para ser justos con Bruno, debemos ser conscientes de que el calidoscopio de la política y las lealtades religiosas europeas había vuelto a ser sacudido mientras él estaba en Inglaterra. Durante el verano de 1585, los católicos habían conseguido imponerse en Francia. La madre de Enrique, Catalina de Médicis, una brillante diplomática a pesar de que ya tenía sesenta y cinco años y padecía sífilis, había negociado una paz temporal entre los protestantes y los católicos franceses que mantendría alejadas del reino de su hijo a las potencias extranjeras. Aunque dichas acciones sólo proporcionaron una solución temporal a los problemas religiosos de Europa, durante un tiempo los monarcas volubles y los políticos ambiciosos dirigieron su atención hacia otros lugares. Como consecuencia de ello, en octubre de 1585 Bruno ya había regresado a Europa y estaba intentando encontrar una nueva vía para sus convicciones.

A lo largo de cinco años siguió escribiendo, dando numerosas disertaciones y desarrollando muchas e importantes nuevas amistades durante los viajes que ocuparon los años de libertad que le quedaban. Y en 1590, o tal vez a comienzos de 1591, Bruno había llegado a la conclusión de que si quería alcanzar su meta de unir al mundo fragmentado de la religión, sólo había un hombre que podría ayudarle: el mismísimo Papa.

Bruno pasó los meses anteriores a su decisión de regresar a Italia viviendo en Alemania y Suiza, lejos de Roma y del peligro. Hubiese podido permanecer allí, disfrutando del mecenazgo de ricos cabalistas y ocultistas, enseñando y gozando de cierta seguridad. Con todo, eso también habría significado aceptar la derrota, la capitulación total y el estancamiento. Bruno no podía enfrentarse a semejante perspectiva. Lo que hizo fue dar la espalda una vez más a las convenciones y rehuir el camino más fácil. Dio ini-

cio a su última obra, una gran recapitulación de la totalidad de su canon, un texto que resumiría toda su doctrina y que, creía él, cautivaría al Papa. Por esa razón, en octubre de 1591 llenó sus baúles, recogió sus papeles, convenció a su amanuense Herman Besler de que lo acompañara y salió de Fráncfort para instruir al noble Mocenigo en la tierra de sus antepasados, aquella tierra de la que había huido hacía doce años.

El juicio veneciano

Si yo, ilustrísimo caballero, manejase un arado, cuidara de un rebaño, cultivase un huerto y confeccionara una prenda, nadie me miraría, pocos me observarían y por poquísimos sería reprendido, y nada me costaría complacer a todo el mundo. Pero dado que soy un delineador del campo de la naturaleza, solícito en lo concerniente a los pastos del alma, un enamorado del cultivo de la mente y un Dédalo en lo que respecta a los hábitos del intelecto, ved ahora a uno que, habiendo posado su mirada sobre mí, me amenaza; uno que, habiéndome observado, me ataca, otro que, habiéndome alcanzado, me muerde, y otro que, habiéndome capturado, me devora. No es una persona, no son unos pocos: son muchos, son casi todos.

GIORDANO BRUNO

El juicio de Giordano Bruno dio comienzo el 26 de mayo de 1592 en el Palacio Patriarcal, situado en el lado opuesto del Rio di Palazzo al que ocupaba la prisión. A diferencia de la Inquisición romana, la veneciana al menos tenía que responder ante el gobierno. Los inquisidores romanos podían hacer lo que les viniese en gana porque todos los juicios se celebraban en secreto; en Venecia, uno de tres *Savii all'eresia* u observadores del gobierno (los cuales

eran cambiados cada año y permanecían bajo la dirección del gobernador a lo largo del juicio) informaba cada día de cuanto ocurría en el tribunal. En cada audiencia había presentes tres jueces (el patriarca y dos más), conocidos colectivamente como «los Tres». Acompañándolos estaba el observador, quien podía suspender el procedimiento si creía que el proceso se estaba apartando de lo prescrito por la ley.

Las comparecencias ante la Inquisición veneciana no eran ninguna parodia de juicio, porque la ciudad-estado se sentía muy orgullosa de su sistema oligárquico y daba suma importancia al procedimiento y la corrección legal. No obstante, y aunque para la época fuesen de un carácter bastante liberal, hoy en día apenas los reconoceríamos como procesos legales.

Bruno no pudo tener un abogado y hubo de responder a las acusaciones por sí solo. No se le dio tiempo para prepararse; no tuvo acceso a información, textos o jurisprudencias; y, de hecho, estaba aislado del mundo exterior. Y, amparado en el poder que le conferían las bulas de Inocencio V *Cum Negocium* y *Licet sicut acceptimus*, ambas promulgadas en 1250, el tribunal en ningún momento reveló a Bruno el nombre de su acusador y se limitó a comunicarle los cargos presentados. Además, aunque el tribunal se regulaba a sí mismo y la presencia del observador era muy respetada, las actas del juicio nunca se hacían públicas, todos los procesos eran llevados a cabo en privado y todos los involucrados se hallaban sometidos a un juramento de silencio. Un hecho todavía más alarmante era que los jueces de Bruno tenían una amplia experiencia en el arte de sonsacar información a los acusados, siendo expertos manipuladores del significado de las palabras, y sabían conducir tanto a testigos como a acusados a admisiones comprometedoras. Aquellos hombres eran eclesiásticos deseosos de transmitir la tesis de que el reino terrenal significaba muy poco, mientras que el mundo venidero lo era todo. Daban muy poca importancia a la integridad física del acusado y se creían autorizados a hacer casi cualquier cosa en el nombre de Dios. Impulsados

por el prejuicio, estimulados por la presión de sus colegas y con el dogma y la convicción como fundamento, ostentaban un poder inmenso y aterrador. Si bien el estado veneciano había llegado más cerca del igualitarismo que ninguna otra sociedad occidental, no debemos olvidar que los poderosos del siglo *xvi* habían, prácticamente sin excepción, adquirido su poder a través de la crueldad, la ambición y una implacable energía. Con aquellos hombres no se podía jugar.

La representación del estado en el juicio corrió a cargo del patriarca del momento, Laurentio Priuli, un ex embajador veneciano en París. Los otros dos jueces eran el nuncio apostólico, Ludovico Taberna, y el padre inquisidor, el reverendísimo Giovanni Gabrielle de Saluzzo. Aloysio Fuscari, el observador, completaba el tribunal. Durante los días inmediatamente anteriores a la comparecencia, los tres jueces reunidos en privado leyeron dos informes especialmente preparados para ellos por el acusador, Giovanni Mocenigo.

En el primero, redactado el 24 de mayo, el día siguiente al arresto de Bruno, Mocenigo empezaba describiendo sus motivaciones para engañar a Bruno. «Estoy obligado tanto por mi conciencia como por la orden de mi confesor —escribió, después de lo cual pasaba a ofrecer una clara evidencia de la naturaleza contrita de sus acciones contra Bruno y de cómo había servido en todo momento a sus amos de la Inquisición—. Puesto que me habéis favorecido con tanta magnanimidad perdonando mi error al retrasar mi tardía acusación, os ruego lo excuséis, dado que mi intención era buena. No pude ocuparme de la totalidad del asunto de inmediato, y tampoco conocí la vileza del hombre hasta que lo tuve alojado en mi casa durante dos meses... y luego deseé, mediante mis tratos con él, asegurarme de que no partiría sin mi conocimiento. De esta manera siempre podría entregarlo al Santo Oficio, un objetivo en el que he tenido éxito.»¹

En esta primera declaración, Mocenigo parece querer enmendarse de algún descuido o error. Puede que la Inquisición romana

(de la que probablemente cobraba Mocenigo) ya se hubiera puesto en contacto con la veneciana acerca del tema del monje hereje incluso antes de que Bruno hubiera sido invitado a regresar a Italia, y que Mocenigo hubiese actuado con demasiada lentitud para ellos. Podría ser que Mocenigo se hubiera convencido de que Bruno sería presa fácil, y que luego hubiera convencido de ello a sus amos. La negativa inicial de Bruno a alojarse en el palacio de Mocenigo debió de suponer un irritante contratiempo, y retrasó los planes de la Inquisición.

Terminadas las disculpas, Mocenigo ofrecía las evidencias que había acumulado contra Bruno, una mixtura de declaraciones ciertas combinadas con medias verdades, exageraciones y lo que sin duda era pura y simple invención. «En varias ocasiones, cuando hablaba conmigo en casa, decía que los católicos eran culpables de sostener que el pan se convierte en carne; que era un enemigo de la Misa; que no hay religión alguna que lo complazca; que Cristo fue un pobre infeliz; que no necesitaba esforzarse demasiado para predecir que acabaría ahorcado, dado que había hecho el mal para seducir a las personas. [Bruno dijo] que no había distinción alguna entre el Pueblo de Dios, lo cual sería una imperfección; que el mundo es eterno y que hay infinitos mundos, y que Dios los hace así porque desea crear cuantos pueda. [Bruno afirmaba] que Cristo obró milagros aparentes y que era un mago; decía lo mismo de los Apóstoles, y que a él muy bien podría ocurrírsele hacer lo mismo y más; que Cristo dejó muy claro que no quería morir, y que retrasó todo lo que pudo el tener que hacerlo; que no hay ningún castigo de los pecados, y que las almas, creadas por la naturaleza, pasan de un animal a otro, y que, de la misma manera en que las bestias nacen de la corrupción, así también lo hacen los hombres, quienes renacen después de diluvios.»

Esta mezcolanza resulta fascinante debido a la mera amplitud de las acusaciones. Está claro que algunas de las afirmaciones de Mocenigo son descabelladas y bastante similares a las que encontramos en las declaraciones presentadas contra otros conocidos

herejes. De hecho, cuesta imaginar que alguien pudiera admitir públicamente en el clima religioso de la época que no tenía muy claro cuáles eran sus convicciones: «... un enemigo de la Misa; que no hay religión alguna que lo complazca; que Cristo fue un pobre infeliz; que no necesitaba esforzarse demasiado para predecir que acabaría ahorcado, dado que había hecho el mal para seducir a las personas».

No obstante, otras observaciones sí encajan con la visión del mundo que tenía Bruno: la creencia en la reencarnación y la transmigración de las almas no le habría sido ajena, ya que se trataba de ideas derivadas de muchas antiguas religiones con las que el filósofo de Nola estaba sobradamente familiarizado. La idea de que los hombres y otros animales son, en esencia, la misma cosa: «de la misma manera en que las bestias nacen de la corrupción, así también lo hacen los hombres» es una observación coherente con el panteísmo de Bruno. Los mundos infinitos y la naturaleza eterna del reino físico también son dos conceptos básicos de su filosofía. Además, el que Bruno condenara el concepto de la Santísima Trinidad difícilmente puede sorprendernos, dado que por tal motivo apoyaba al arrianismo; la única sorpresa es que Bruno llegara a confesar una herejía tan extrema.

La declaración de Mocenigo continuaba: «Pretendía formar una nueva secta, bajo el nombre de Nueva Filosofía; decía que la Virgen no podía haber dado a luz un niño, y que nuestra fe católica está llena de blasfemias contra la Majestad de Dios; que habría que poner fin a las disputas y los ingresos de los frailes, porque ensucian el mundo; que son asnos y sus doctrinas son propias de asnos; que no tenemos ninguna prueba de que nuestra fe cuente con la aprobación de Dios, y que para una buena vida basta con abstenerse de hacer a los demás aquello que no queríamos que nos hicieran a nosotros; está a favor de todos los demás pecados, y le asombra que Dios consienta tantas herejías por parte de los católicos; dice que desea dedicarse a la adivinación, y que todo el mundo debería seguirlo; que santo Tomás [de Aquino] y los otros

doctores de la Iglesia no sabían nada, y que él podría iluminar a los mejores teólogos del mundo de tal manera que serían incapaces de replicarle.»² Mocenigo termina con un recordatorio de que la Inquisición había preparado una lista de ciento treinta cargos contra el acusado desde su abandono del monasterio de Santo Domenico y declaraba creer que Bruno estaba poseído por el diablo y que otros corroborarían sus afirmaciones, los libreros venecianos Ciotto y Andrea Morosini incluidos. Acompañaba su declaración con una serie de documentos robados a Bruno, entre los cuales figuraban tres obras impresas y un manuscrito que creía había sido compuesto por el mismo nolano.

Una vez más, esta parte de la declaración de Mocenigo contiene la misma mezcla de hechos y ficción que sus afirmaciones anteriores. Es muy improbable que Bruno hubiera expresado tales opiniones acerca de Tomás de Aquino. Irónicamente, tenemos aquí a uno de los fieles [Mocenigo] utilizando un ejemplo de una figura muy querida por la teología ortodoxa [Aquino] para sostener una acusación de herejía contra Bruno; pero santo Tomás tenía dos caras, la adoptada por los eclesiásticos de épocas posteriores como el epítome de la convención católica, y la otra, desconocida fuera del círculo de los ocultistas europeos, la del místico y alquimista.

Una vez más, Mocenigo va demasiado lejos y cae en el tópico. Cuando Bruno se limita a repetir las palabras de Cristo: «... para una buena vida basta abstenerse de hacer a los demás aquello que no querríamos que nos hicieran a nosotros», el hombre que lo traicionó añade: «... está a favor de todos los demás pecados».

Con todo, la acusación más grave es su afirmación de que Bruno quería envilecer la Iglesia y crear una nueva secta. Al asegurar tal cosa, Mocenigo hablaba de oídas. Los rumores sobre las intenciones de Bruno habían corrido entre los círculos clandestinos de Europa desde su regreso de Inglaterra, y puede que algunos hubieran dado por sentado que lo único que podía hacer Bruno ahora era reunir iniciados para formar una secta. No obstante,

Bruno había sorprendido a todo el mundo volviendo a Italia acompañado únicamente por un sirviente.

Aun así, lo que realmente preocupaba a la Inquisición era la posibilidad de que los herejes pudieran llegar a cuestionar de manera realmente efectiva la teología ortodoxa. Tenían razones para temer tal cosa, ya que Lutero y Calvino sólo eran los ejemplos más famosos de heterodoxos rebelándose contra la Iglesia establecida. Centenares de sectas habían surgido y desaparecido durante los últimos siglos, y la rígida actitud de la Iglesia sólo servía para alentar la revuelta. La Iglesia católica reverenciaba la noción de que era única. El suyo, creían, era el único camino que llevaba a la verdadera iluminación; el Papa, en comunión directa con Dios, era el único guía que podía conducir al cielo. Los líderes de la Santa Iglesia habían sacrificado alegremente a decenas de millares de cruzados como si fueran basura carente de valor, y posteriormente habían exterminado a decenas de millares de inocentes, segando a la humanidad implacablemente para mantener la autoridad del Vaticano y su increíble dominio sobre los fieles. Naturalmente, cualquier desviación de la ortodoxia era considerada intolerable. A los ojos del Papa, la Inquisición, los dominicos y los franciscanos, el espantoso crimen del hereje siempre era el mismo: tratar de minar el estatus quo. Cada acusación pregonaba que la pobre alma sometida a juicio estaba intentando crear la anarquía y suplantarse el poder que Dios había conferido a Roma.

Pero, asombrosamente, en el caso de Bruno la acusación de Mocenigo parece haberse quedado un poco corta; porque, después de que hubiera entregado aquella misiva, se le pidió que proporcionara otra para poder dar comienzo al juicio. Así, mientras Bruno languidecía en su celda sin saber qué iba a ser de él, aislado del mundo exterior e ignorante de todas las deliberaciones suscitadas por su arresto, Mocenigo rebuscó en su memoria más pruebas.

El día siguiente a su primera declaración, se las arregló para decir a los jueces: «El día en que hice encerrar a Bruno en una habitación de mi casa, le pregunté si cumpliría sus promesas de pro-

porcionarme enseñanzas a cambio de mis muchos actos de bondad y regalos, para que así no tuviera que acusarlo de haber profesado tantas maldades contra Nuestro Señor Jesucristo y la Santa Iglesia católica. Respondió que no le tenía ningún miedo a la Inquisición, pues no había ofendido a nadie en su manera de vivir y no recordaba haber dicho nada malvado; y, aun suponiendo que lo hubiera hecho, me lo había dicho únicamente a mí sin que hubiera ningún testigo presente, y por consiguiente no temía que yo pudiera causarle daño alguno, y aun en el caso de que fuera entregado a la Inquisición, lo único que podrían hacer era obligarlo a volver a tomar los hábitos. “Así que fuiste monje”, dije yo. “Tomé el primer hábito y, por consiguiente, no me costaría nada arreglar el asunto.” A lo cual repliqué: “¿Y cómo puedes arreglar tus asuntos si no crees en la Sagrada Trinidad, si dices semejantes maldades de Nuestro Señor Jesucristo, si mantienes que nuestras almas están hechas de suciedad y que todo cuanto hay en el mundo es guiado por el Destino, como me has dicho en varias ocasiones? Lo primero que debes hacer es poner orden en tus ideas, y el resto será fácil. Si lo deseas, te prestaré toda la ayuda posible, para que así puedas saber que, aunque has faltado a tu palabra y no has sabido agradecerme todas mis bondades, yo sigo deseando ser tu amigo en todo.” A esto replicó él rogándome que lo dejara en libertad; si había recogido sus cosas y dicho que deseaba irse, no hablaba en serio, sino que únicamente quería que yo reprimiera mi impaciencia por ser instruido, con la cual lo atormentaba perpetuamente y que, si lo ponía en libertad, me enseñaría cuanto sabía; más aún, me revelaría el secreto de todas sus obras únicamente a mí. Y también dijo que pensaba escribir otras, las cuales serían reveladoras y excepcionales; que sería mi esclavo sin más recompensa que lo que ya había recibido de mí; y que, si yo quería quedarme con sus pertenencias, serían mías, pues en todos los aspectos me lo debía todo; lo único que él quería recuperar era un pequeño libro de conjuros que yo había encontrado entre sus escritos.»³

En esta declaración, que en muchos aspectos tenía bastante más peso que la primera, Mocenigo parece estar dando rienda suelta a su fantasía en un desesperado esfuerzo por convencer a la Inquisición de que había cumplido la misión que le habían encomendado. Al principio de la declaración consigue hacerse tal lío con sus afirmaciones que llega a cometer la asombrosa tautología de decirle a Bruno que no lo denunciará si accede a enseñarle las artes ocultas. ¿Qué clase de imagen pudo haber presentado Mocenigo a Bruno al sugerirle que pasaría por alto los horrores implícitos en la filosofía de Bruno a cambio de recibir aquello por lo cual había pagado?

De hecho, esta segunda declaración es poco más que una reiteración de la primera, porque está claro que a Mocenigo se le había terminado la inspiración para endosar acusaciones contra Bruno. El hecho de que éste hubiera sido monje no era ninguna novedad, y las insinuaciones de que Bruno pensaba escribir más textos heréticos y únicamente quería conservar «un pequeño libro de conjuros» sólo son condimento para los jueces. También sugiere que Mocenigo había hecho un desesperado esfuerzo para atrapar a Bruno durante el que actuó con celo y determinación, ya que Mocenigo nunca pasaba por alto una ocasión de quedar en buen lugar. Aun así, y pese a sus esfuerzos por mostrarse como un cristiano benévolo y devoto que quería conducir al hereje hacia la luz, el retrato de Bruno que pinta Mocenigo es ridículamente equivocado y confuso. Bruno ciertamente era un hereje, pero no la clase de hombre que suplica clemencia a un noble que lo ha sometido a arresto domiciliario.

Con todo, y a pesar de sus inconsistencias y del torpe estilo de las declaraciones de Mocenigo, los jueces venecianos quedaron suficientemente impresionados para aprobar el arresto y someter a juicio a Giordano Bruno, creyendo que tal medida era legal y justificable. Los jueces, naturalmente, siempre habían querido someterlo a juicio y hacerlo comparecer ante la Inquisición, pero necesitaban pruebas satisfactorias. Las declaraciones de Mocenigo

apenas se tenían en pie, pero para unos hombres que no sabían nada del carácter de Bruno (y muy poco, suponiendo que supieran algo, de su filosofía) pero estaban decididos a perseguirlo como hereje, era más que suficiente. El inicio del juicio fue fijado para el día siguiente, el martes 26 de mayo de 1592.

El tribunal ocupaba el corazón del complejo de edificios que circundaban el palacio Ducal, con las ventanas protegidas por barrotes y las puertas vigiladas. Los jueces y el observador, respaldados con sus vestimentas oficiales, se sentaban en grandes sillas de respaldo recto provistas de un almohadón encima de un estrado y formaban un pequeño arco, con un taburete de madera para el acusado colocado delante de ellos. A un lado, los testigos comparecían de pie ante el resto de la sala y al otro había dos filas de asientos para funcionarios gubernamentales y figuras públicas, presentes mediante invitación y juramento de secreto. El secretario del tribunal se encontraba sentado en una parte más baja de la estancia, cerca de los testigos para así poder comunicar cuanto viera y oyese.

El primero en ser llamado fue un integrante del círculo íntimo de Bruno en Venecia, Giovanni *Ciotto* Battista. Ciotto estaba acostumbrado al sistema empleado por la Inquisición. En tanto que vendedor de literatura arcana, una parte de la cual indudablemente franqueaba la frontera invisible que separaba la ortodoxia de la herejía, estaría todo lo bien preparado que se podía estar para afrontar la clase de interrogatorio realizado por Laurentio Priuli, Ludovico Taberna y el padre inquisidor Giovanni Gabrielle.

El padre Gabrielle empezó pidiendo a Ciotto que describiera cómo llegó a conocer a Mocenigo y su relación con Giordano Bruno. Ciotto contestó con serenidad. «La Pascua pasada me disponía a partir para la feria de Francfort cuando el señor G. Mocenigo vino a verme y me preguntó si iba a ir allí. Me dijo: “Lo tengo [a Giordano Bruno] aquí a mis expensas. Ha prometido enseñarme muchas cosas y a cambio yo le he dado muchas ropas y dinero. Pero no consigo sacarle nada. Dudo que se pueda confiar

en él. Así pues, y ya que vais a ir a Fráncfort, tenedlo presente y hacedme el servicio de averiguar si alguien se fía de él como persona que cumple sus promesas.” A causa de esto, cuando estuve en Francfort hablé con varios estudiosos que habían asistido a sus disertaciones y que estaban familiarizados tanto con su método como con su discurso. Lo que me dijeron fue, en resumen, que Giordano hacía constantes profesiones de memoria y otros secretos similares, pero que su éxito nunca se había comprobado en la práctica, y que sus discípulos en esta y otras cuestiones similares distaban mucho de haber quedado satisfechos. Dijeron que no entendían cómo se las había ingeniado para poder permanecer en Venecia, pues estaba considerado un hombre carente de religión. Eso fue todo cuanto averigüé, y se lo conté a Giovanni cuando volví de la feria, a lo cual él replicó: “Ya me lo temía, pero veré qué puedo sacar de él acerca de la instrucción que me ha prometido, para así no perder del todo lo que ya le he dado, y luego lo entregaré al Santo Oficio.”»⁴

Ésta es la declaración de un hombre cauteloso al que se ha puesto en una situación peligrosa. Las autoridades venecianas no cerraban los ojos ante la venta de textos ocultistas, pero tampoco se mostraban muy deseosas de reprimir ninguna clase de comercio, la sangre que daba vida a la ciudad; por lo que un delicado respeto mutuo permitía a los comerciantes prosperar y a los eclesiásticos darse por satisfechos. No obstante, hombres como Ciotto tenían que andarse con mucho cuidado ante la Inquisición, incluso en Venecia. Por una parte, si su declaración mostraba excesiva simpatía hacia la acusación sería visto por la comunidad ocultista como alguien en quien no se podía confiar, y eso iría en detrimento de su negocio. Por otra, si se mostraba demasiado dispuesto a apoyar al acusado podía ser considerado sospechoso y tener que enfrentarse a acusaciones similares.

Consecuentemente, la declaración de Ciotto dice muy poco. Vuelve inofensiva cualquier observación que pudiera considerarse sospechosa poniendo los comentarios en boca de otros, y está cla-

ro que lo que le dijo a Mocenigo pretendía disuadirlo de que siguiera manteniendo tratos con Bruno. No debemos olvidar que el librero mantenía una relación comercial con el filósofo de Nola, y en su declaración todo apunta a que intentaba quitar importancia al arte de Bruno al mismo tiempo que se distanciaba de él sin verse obligado a hablar mal de Mocenigo ni de nadie.

El siguiente en declarar fue otro librero conocido de Bruno, Jacobo Britano, un hombre de mediana edad nacido en Antwerp que llevaba unos años viviendo en Venecia y era conocido entre los italianos como Giacomo Bertano. Le fue leído un párrafo de la primera declaración de Mocenigo en la que su nombre se mencionaba para apoyar las acusaciones contra Bruno. La voz del padre Gabrielle resonó en el silencio de la sala mientras leía las palabras de Mocenigo: «Britano en particular me habló de él, tachándolo de enemigo del cristianismo y de nuestra fe, y diciendo que había oído cómo profería temibles herejías.» ¿Qué decís a esto?»⁵

Britano, que había compartido con Bruno secretos herméticos en habitaciones sumidas en la penumbra, miró resueltamente al padre inquisidor. «Niego absolutamente tal declaración —dijo con sequedad, y añadió—: Su principal ocupación era escribir y el vano y quimérico imaginar novedades.»

Acto seguido el secretario del tribunal anotó que el patriarca Laurentio Priuli se puso en pie y levantó la sesión hasta el viernes siguiente, 29 de mayo.

La mañana del 29, Britano volvió a ser interrogado y mantuvo no saber nada del carácter de Bruno, que apenas si habían hablado de religión o de cuestiones espirituales, y que sólo lo conocía vagamente. El tribunal interrumpió la sesión para almorzar y por la tarde Bruno fue, por primera vez, sometido a interrogatorio. Cuando ocupó su asiento, el secretario del tribunal dejó constancia de la impresión que le causó el prisionero: «Giordano Bruno es de estatura ordinaria, con barba de color castaño, y aparenta los cuarenta años que tiene.»⁶

La atmósfera era tensa y Bruno estaba muy nervioso. Cuando

Priuli estaba pidiendo al acusado que dijera la verdad, éste no pudo contenerse y dijo: «Diré la verdad. Se me ha amenazado a menudo con el Santo Oficio y lo tomé por una broma, así que estoy más que preparado para justificarme.»⁷ Mientras hablaba le temblaba la voz y movía las manos gesticulando. Bruno había pasado seis días solo en su diminuta celda pensando en su destino, y ahora se daba cuenta por primera vez de la gravedad de la situación. Quizás oyó el lejano crujir de las llamas y olió el tenue hedor de su propia carne quemándose. Ahora sabía que aquello no era ninguna broma.

Los jueces lo contemplaron. Les habían proporcionado copias de algunas de sus obras, que habían leído con creciente desdén, y también habían dispuesto de un informe sobre la vida de Bruno, sus viajes, sus ideas y su filosofía. Mientras se hacía el silencio en la sala y Bruno permanecía inmóvil en su asiento, una figura pequeña y desaliñada, Gabrielle, se inclinó hacia delante y dio comienzo al interrogatorio. El intercambio de preguntas y respuestas prosiguió sin interrupción hasta bien entrada la tarde del 29 de mayo, y de este y los días de interrogatorio subsiguientes empezó a surgir un retrato de Bruno, la historia de su vida y las creencias y las convicciones que estaba dispuesto a admitir ante aquel tribunal. Las actas del proceso representan el único relato conservado de la vida de Bruno. Lo que sigue es una amalgama de sus declaraciones que ayuda a perfilar una imagen de Bruno, el hereje.

Felipe Bruno nació en el pequeño pueblo de Nola a los pies del monte Vesubio cerca de Nápoles, y en su sangre había cenizas. El monasterio al que fue enviado parecía, a los ojos de un muchacho, un lugar encantado en el que su inclinación natural a aprender podría ser alentada de la manera más provechosa. A medida que crecía, fue sabiendo más cosas y empezó a concebir un lienzo más amplio, pudo ver fisuras en las enseñanzas que recibía, anomalías, inconsistencias y mentiras.

«Un día —le contó al tribunal—, durante una discusión con Montalcino, uno de nuestra orden, en compañía de otros padres, él dijo que los herejes eran personas ignorantes y que no empleaban términos escolásticos; a lo que yo repliqué que ciertamente no exponían sus conclusiones a la manera escolástica, pero que sabían explicarse con tanta claridad como los propios padres de la Iglesia. Luego le hice ver que las opiniones de Arrio eran menos peligrosas de lo que se creía; pues generalmente se entendía que Arrio había pretendido enseñar que la Palabra fue la primera creación del Padre; y yo expliqué que Arrio decía que la Palabra no era ni Creador ni Creado, sino intermediaria entre el Creador y la criatura, al igual que la palabra hablada es un intermediario entre el orador y el significado que expresa; y que, por dicha razón, se la llama la Primogénita ante todas las criaturas, a través y a partir de la cual son todas las cosas. No a la cual, sino a través de la cual todas las cosas regresan a su último fin, que es el Padre.»⁸

En 1576 Bruno huyó del monasterio temiendo por su vida. Cambió de nombre y prescindió de su hábito. Encontró refugio en otros monasterios durante cortos períodos, pero su reputación siempre terminaba alcanzándolo y se veía obligado a marcharse en plena noche, viajando a través de los oscuros campos hasta el próximo cobijo temporal, siempre receloso, siempre asustado.

Depositando su fe en un lugar donde esperaba ser anónimo, se encaminó hacia Roma. Deseaba que se le permitiera establecerse allí para enseñar y escribir en paz, pero sólo pasaría unas semanas en Roma antes de volver a trasladarse, porque las autoridades siempre le pisaban los talones. «Me enteré —admitió— que después de mi partida de Nápoles, ciertas obras de san Crisóstomo y san Jerónimo conteniendo las anotaciones prohibidas de Erasmo, las cuales yo había utilizado en secreto y arrojado a la letrina cuando me fui para evitar que fueran encontradas, habían sido descubiertas.»⁹

Ya no había ningún lugar seguro para él en Italia. En su declaración ante la Inquisición, Mocenigo había contado que Bruno

«me había dicho que la Inquisición quería acusarlo de ciento treinta cargos en Roma, y que se fue de allí mientras éstos estaban siendo presentados porque se le atribuyó haber arrojado al denunciante, o al hombre que tenía por tal, al Tíber».¹⁰

Nuestro conocimiento de este episodio se ve todavía más complicado por una anotación encontrada en el diario del librero Guillaume Cotin, al que Bruno conoció a mediados de la octava década del siglo. El diario fue descubierto en el siglo XIX en la Bibliothèque Nationale y se cree que es genuino. En él, Cotin observa: «7 de diciembre. [1585] Jordano ha vuelto... Lleva ocho años exiliado de Italia, tanto a causa de un crimen cometido por su hermano, debido al cual fue muy odiado y vio que su vida corría peligro, como para escapar de las calumnias de los inquisidores, quienes son hombres ignorantes, y, no comprendiendo su filosofía, lo declararon hereje.»¹¹

Sorprendentemente, en el proceso veneciano (y más tarde en Roma) los inquisidores no parecieron mostrar ningún interés por dicho incidente y pasaron por alto el intento de Mocenigo de aportar más sensacionalismo a sus acusaciones. Está claro que Bruno había tenido tratos con algunas personas de dudosa reputación en Roma. Era, nunca debemos olvidarlo, un fugitivo. Estaba viviendo en el mismo seno del enemigo, viajando por los mismos caminos y respirando el mismo aire que los inquisidores. Eso seguramente lo obligó a vivir furtivamente, asociándose con criminales y otros herejes y manteniéndose lejos de miradas curiosas. Pero de pronto la Inquisición parecía muy poco interesada en los acontecimientos de Roma: o ya se habían convencido de su inocencia, o habían decidido pasar por alto aquel asunto para que un posible asesinato, por lejano que fuera, no arrojase sombra sobre las acusaciones de herejía.¹²

Cualquiera que fuese la participación de Bruno en aquel crimen, inmediatamente después del incidente se vio impulsado a actuar de una manera más decidida de lo que lo había hecho desde que abandonó la Orden. Volvió a usar temporalmente su nom-

bre de pila haciéndose llamar Felipe y huyó todo lo lejos que pudo, hasta Génova, unos trescientos kilómetros hacia el norte.

Pero una vez más, no permaneció allí mucho tiempo. De Génova fue a Turín y luego a Venecia. Allí encontró la plaga y millares de muertos. Volvió a ponerse en movimiento y encontró rápidamente otro refugio temporal en Padua. «Yéndome de Venecia, fui a Padua —contó a sus jueces—, donde me encontré con algunos padres dominicos que conocía de antes. Ellos me persuadieron de que volviera a llevar el hábito, aconsejándome que era más conveniente viajar con él puesto. Con esta idea en la cabeza, fui a Bérgamo e hice que me confeccionaran un hábito blanco de tela barata, y encima de él llevé el escapulario que había traído cuando partí de Roma.»¹³

Viajando de nuevo como un monje, Bruno abandonó Padua con rumbo a Milán, unos ciento sesenta kilómetros en dirección noroeste. A esas alturas ya llevaba más de dos años viajando, y debía de estar agotado. La vida del fugitivo itinerante proporcionaba libertad y la ocasión de tener aventuras, pero era un camino terriblemente difícil. Bruno tenía muy poco dinero, y los alojamientos casi siempre eran penosos. Debió de verse obligado a alojarse en posadas hediondas y a compartir con muchos habitaciones abarrotadas e infestadas de ratas. Sus compañeros de viaje serían personajes muy poco recomendables, ya que cualquier persona con dinero se habría alojado en mejores lugares. En las posadas baratas, los viajeros frecuentemente eran objeto de robos y muchos eran asesinados en su cama o en el suelo cubierto de paja, apaleados por unas cuantas monedas o acuchillados por un par de botas nuevas. Y, aparte de estos peligros, la plaga y un sinfín de enfermedades suponían una constante amenaza.

Pero esa clase de vida también hizo que Bruno conociera toda clase de personas. Habiendo renunciado al aislamiento y la seguridad del monasterio ahora se enfrentaba al peligro, pero también se codeaba con otros filósofos y pensadores, músicos, poetas y actores itinerantes, mercaderes de escasos recursos y predicadores

peripatéticos. Nunca debió de sentirse tan vivo, tan en contacto con el mundo, y aquello afluyó a su pensamiento y sus escritos y le proporcionó muchos personajes que más tarde poblarían sus grandes libros, aquellas figuras a través de las cuales podría exponer sus ideas y filosofía.

En Milán conoció a Philip Sidney, el noble y poeta inglés del que seguiría siendo amigo toda la vida y al que posteriormente dedicó *La expulsión de la bestia triunfante*. Fueron presentados por un grupo de estudiosos que vivían en la ciudad, unos filósofos que servían de puente entre el mundo de los ocultistas, los alquimistas y los monjes heréticos y el de los nobles y los viajeros adinerados de los que se sabía estaban interesados en las verdades clandestinas y la cábala secreta. Pero Bruno sólo se quedó en Milán una o dos semanas, antes de seguir el consejo de sus amigos y dirigirse hacia Ginebra. Allí los calvinistas se habían hecho fuertes y proporcionaban refugio a los que simpatizaban con el protestantismo y a algunos antipapistas.

Juan Calvino había establecido su iglesia en Ginebra casi cuarenta años antes de que Bruno llegara allí. En 1579, Calvino llevaba quince años yaciendo en su tumba, pero su influencia apenas si había disminuido. La ciudad proporcionaba un puerto seguro a los protestantes, quienes seguían refiriéndose a ella como «la Ciudad de Dios» tal como hacían cuando Calvino andaba por sus calles. La población mayoritariamente protestante todavía observaba el estricto código ético y teológico delineado en los *Institutos* de Calvino, creyendo que cada acción y toda la vida deberían servir al propósito de glorificar a Dios al mismo tiempo que menospreciaban el pensamiento progresivo o liberal.

Así pues, ¿por qué se le ocurrió precisamente a Bruno ir allí? Conocía la suerte corrida por Miguel Servet sólo un cuarto de siglo antes, pero parece que a sus treinta y un años de edad la curiosidad era una fuerza más poderosa que el miedo. «Solía ir a oír predicar o disputar a los herejes más impulsado por la curiosidad acerca de cómo eran y se comportaban que porque los encontrara

acogedores... —contó a los jueces—, pero tampoco encontraba satisfacción en ello. Por eso después de la lectura o sermón, cuando llegaba el momento del sacramento y la distribución del pan a su manera, yo volvía a mis asuntos. Nunca tomé el sacramento ni observé sus prácticas.»¹⁴

Inevitablemente, Bruno no tardó en tener problemas entre los protestantes. Temerariamente seguro de sí mismo, empezó a enseñar y, por primera vez, atacó abiertamente a Aristóteles. Un grave error. Los calvinistas habían reinterpretado la Biblia para adecuarla a sus posturas teológicas, pero en algunos aspectos eran tan tradicionales como los católicos. Continuaban leales al aristotelismo y, al igual que sus enemigos católicos, consideraban a Aristóteles como uno de los pilares centrales de su teología, considerando su filosofía como una precisa y apropiada descripción del universo físico de Dios. Por eso no debió de sorprender a Bruno el que, después de haber publicado un tratado antiaristotélico en el que se expresaba en términos bastante claros, fuera llevado ante las autoridades eclesiásticas. Según los archivos de la ciudad, Bruno parece haberse tomado el asunto bastante a la ligera: «Ni se defendió ni se declaró culpable —dice el acta—, pues [afirmó] que la cuestión no había sido verazmente comunicada.» El acta concluía: «Se decidió administrarle una severa reprimenda y luego permitirle participar en el sacramento. Dicha reprimenda tenía como fin liberarlo de su transgresión, cosa que él agradeció humildemente.»¹⁵

Aparentemente, en esta ocasión los ancianos de la ciudad estaban de buen humor y optaron por mostrarse clementes, pero Bruno no se sintió nada inspirado por las costumbres calvinistas. Más tarde escribiría acerca de los filósofos que conoció en Ginebra: «Entre diez clases de maestros no se encontrará aquí a ninguno que no tenga un catecismo particular listo para ser publicado, si es que no lo ha sido ya, en el cual no se aprueba más institución que la suya, encontrando en todas las demás algo a examinar, desaprobando o poner en duda; además, la mayoría de ellos no consiguen

ponerse de acuerdo consigo mismos, borrando hoy lo que habían escrito ayer.» Y ante el tribunal veneciano, declaró: «He leído libros escritos por... Calvino y otros herejes, no para asimilar su doctrina ni con el propósito de mejorar, pues los tengo por más ignorantes que yo, sino por pura curiosidad.»¹⁶ Con su curiosidad rápidamente saciada y antes de que la suerte pudiera volverle la espalda, Bruno fue lo bastante sensato para volver a ponerse en movimiento, esta vez regresando a Francia, donde pasó una breve temporada en Lyon antes de encaminarse hacia Toulouse.

Y una vez más, la elección resulta bastante extraña. Aunque la Universidad de Toulouse tenía una sólida reputación de excelencia académica, la ciudad propiamente dicha era una de las más intolerantes de Francia: profundamente ortodoxa y dominada por los celotas católicos, no parecía la clase de lugar que podía ofrecer un refugio apacible a Bruno.

Pero su decisión no debería sorprendernos demasiado. De hecho, es un ejemplo de la verdadera esencia de su carácter. A esas alturas Bruno debía de considerarse una especie de noble fugitivo, un cruzado. Se había visto obligado a ir de ciudad en ciudad con sus perseguidores pisándole los talones, y estaba acostumbrándose a aquella vida errante. Había resistido la persecución de los calvinistas y no se había dejado convencer por su doctrina, pero tampoco debemos subestimar los riesgos que había corrido al tomar tales decisiones.

Bruno parece haberse sentido atraído hacia Toulouse por el mismo hecho de que representaba un desafío. Sin prestar atención a las doctrinas reinantes en la ciudad, empezó a enseñar allí y se concentró en nuevos trabajos, dando inicio a uno de sus primeros tratados y su primer estudio maduro de la memoria, *Clavis magna* [La gran llave]. Ingresó en una sociedad literaria llamada Academia del Palacio y no tardó en ser aceptado como un estudioso por las autoridades de la universidad, donde incluso se le confirió un nombramiento oficial para enseñar a Aristóteles. Pero una vez más, sus ideas heréticas no tardaron en ser detectadas y ocasionar-

le problemas, por lo que unos meses después de su llegada se vio obligado a irse. Como contó a la Inquisición veneciana, «me fui debido a las guerras civiles, y me encaminé hacia París».¹⁷

Llegó a la capital francesa a finales de 1581. Llevaba cuatro años viajando y no había permanecido más de unos meses en ningún sitio. Tenía poco dinero y escasas referencias que pudieran serle de alguna utilidad en aquella ciudad católica dividida, y seguía viéndose obligado a cuidarse de los espías del Vaticano y los agentes de la Inquisición. Hacia 1581, París había sido devastado por casi dos décadas de guerras religiosas, sus calles estaban en ruinas y los edificios medio abandonados y vacíos, y su población presentaba un porcentaje desproporcionadamente alto de mujeres y viejos debido al gran número de jóvenes a los que se había dado muerte: aquella ciudad donde el asesinato se había vuelto muy fácil, y a menudo no era castigado, proporcionó otro lúgubre telón de fondo a la extraña misantropía de Bruno, su desesperada y apasionada misión.

Pero en los círculos intelectuales parisinos Bruno ya era un hombre famoso. Sus enseñanzas y escritos no sólo habían sido denostados por sus enemigos, sino que también habían servido para hacerlo conocido dentro de la pequeña pero influyente comunidad de cabalistas y entre los radicales acomodados que sentían una aguda curiosidad por todas las prácticas ocultistas y místicas. Alentado por la recepción de que fue objeto entre aquellas personas, Bruno acometió una serie de disertaciones públicas que atrajeron la atención de numerosos simpatizantes en la Universidad de París. Con sorprendente celeridad, se le ofreció una cátedra y no tardó en llamar la atención del rey Enrique en persona. «Me gané tal renombre que un día el rey Enrique III me mandó llamar y me ofreció un cargo extraordinario de disertador con un salario», contó Bruno orgullosamente a la Inquisición.¹⁸

Pero, nuevamente, los buenos tiempos no iban a durar demasiado. ¿Cómo podían hacerlo cuando Bruno estaba entrando deliberadamente en una zona de guerra creada por el conflicto reli-

gioso? ¿Cómo podía evitar hacerse enemigos cuando estaba exponiendo detalladamente sus opiniones allí donde todos podían oír-las y luego, con el apoyo de sólo un puñado de amigos, obtenía posiciones académicas y favores de la corte que lo convertían en una personalidad pública muy visible? Estaba jugando a un juego muy peligroso, y aquello no podía durar.

Pero al principio había disfrutado de la protección del más alto poder del reino y había llegado a desarrollar una relación muy estrecha con Enrique. El rey era un individualista y un rebelde nato, pero no carecía de inteligencia. Ha sido descrito como un perverso y un hedonista, y por otros como una anomalía, un amoral enloquecido e irresponsable, y a lo largo de su relativamente corta existencia (murió unas semanas antes de cumplir los treinta y ocho años) consiguió suscitar encendidas reacciones tanto entre sus súbditos como por parte de los extranjeros. Bruno quizá se sintió atraído hacia él por considerarlo un compañero de viaje por un sendero menos frecuentado, y además ambos compartían un ansia de rebelión y un gusto por lo heterodoxo. Enrique había tenido la suerte de nacer en el seno de una familia real, y gracias a eso podía permitirse todos sus caprichos. Bruno era un hombre de un calibre intelectual muy diferente, pero carecía de los privilegios de Enrique. Era un buscador de la Verdad, pero perseguía algo muy distinto del hedonismo puro de Enrique. Aun así, había una clara empatía entre los dos y debido a ello (y porque le convenía con vistas a sus propios fines) Enrique estaba dispuesto a ayudar a Bruno. No podía dar cobijo al mago ni permitir que se lo viera apoyar directamente a un conocido hereje, pero hizo lo que pudo, proporcionándole una carta de recomendación y asegurándole alojamiento en la casa de Michel de Castelnau, señor de Mauvissière, el embajador francés en la corte londinense de Isabel I.

Y aquí, el oscuro rastro de la vida de Bruno se desvanece casi por completo.

Bruno pasó más de dos años en Inglaterra, su estancia más lar-

ga en un mismo lugar. Sabemos que pasaba casi todo su tiempo en la casa que Castelnau tenía en Salisbury Court, cerca de Fleet Street en Westminster, y que fue presentado tanto a la corte como a la misma reina Isabel. Renovó su amistad con Philip Sidney, quien por entonces se encontraba en el apogeo de su fama y éxito; visitó Oxford, donde ofreció varias disertaciones públicas y, tal como había hecho en Toulouse y París, se ganó el oprobio de los decanos de la universidad y de muchos estudiantes, con lo que al final poco faltó para que fuera expulsado de la ciudad. También escribió sus obras más logradas y perdurables durante su estancia en Inglaterra. La más destacada fue *La cena del miércoles de Ceniza*, que se centra en un drama representado en las calles de Westminster y en la que aparecen algunas de las personas con las que trató en la corte y los círculos literarios.

Es fácil comprender qué lo atraía de Inglaterra. Aquel país había sufrido las conmociones causadas por los conflictos religiosos de una manera muy parecida a otras partes de Europa en el siglo anterior, pero ahora Inglaterra estaba gobernada por una reina protestante, la cual no se inclinaba hacia Calvino y ciertamente no sentía ningún afecto por Roma (en 1570 había sido excomulgada por Pío V). Inglaterra todavía era un hervidero de confusión religiosa que estallaba ocasionalmente en una erupción de violencia a todos los niveles y a través de todos los estratos sociales. Mientras Bruno fascinaba a los intelectuales liberales de Escocia con sus ideas sobre la mnemónica y su filosofía antiaristotélica, María, la reina de Escocia, padecía sus últimos años de cautividad en un castillo inglés; y cuando Bruno abandonó el país, a María sólo le faltaban dos años para morir bajo el hacha del verdugo en el castillo de Fotheringhay. Aunque Inglaterra había logrado escapar a algunas de las repercusiones más destructivas de la revolución de Lutero, la mecha encendida por el padre de Isabel, Enrique VIII, y por el hermanastro de Isabel, Eduardo VI, ya llevaba mucho tiempo humeando.

Bruno estaba al corriente de todo esto, naturalmente, pero aun así vio en Inglaterra una especie de refugio donde podría estar

a salvo mientras hacía inventario de su vida. No obstante, su relación con la soberana inglesa sólo sirvió para aumentar el celo con que luego sería condenado por la Inquisición. Cuando fue juzgado, cuatro años después de que los ingleses hubieran derrotado a la armada española, la reina Isabel era considerada una diosa por su pueblo, pero a los ojos del Papa era el enemigo público número uno, una excomulgada, una hereje y una ramera. Una década antes, la Santa Sede había decretado que quien matara a Isabel no sólo sería perdonado, sino que se vería especialmente favorecido en el cielo.

Pero si bien las razones de Bruno para ir a Inglaterra son obvias, una gran parte del tiempo que pasó allí sigue envuelto en el misterio. Evidencias bastante convincentes sugieren que trabajó como espía para sir Francis Walsingham, el principal secretario de Isabel. Después de todo, Bruno era un hombre con muchos contactos europeos, un hombre que, aunque ostensiblemente católico, sólo sentía desprecio por la institución del papado y las autoridades de la Iglesia romana. Y aún más importante, vivía en la residencia del embajador francés, una posición ideal para filtrar información.¹⁹ Según recientes investigaciones, durante su breve carrera como espía Bruno usó el seudónimo «Faggot», lo que, ya que no otra cosa, demuestra que tenía un sentido del humor muy anglosajón, ya que por entonces la palabra «faggot» era utilizada para describir los haces de madera amontonados junto con la yesca alrededor del poste durante una ejecución mediante el fuego.

Bruno era cosmopolita y gozaba de un amplio círculo de amistades. En la corte inglesa se relacionó con los niveles superiores de la sociedad, pero también se sentía atraído por las calles y siguió teniendo tratos con el submundo de los alquimistas y los herméticos. Eso lo llevó a relacionarse con artistas y músicos, poetas y actores. Sabemos que conoció al tristemente famoso John Dee (uno de los guías espirituales de Isabel) y discutió de magia con él, y que le causó una impresión duradera debido a sus estudios sobre el arte de la memoria.

Bruno decidió irse de Inglaterra cuando comprendió que Isabel no lo ayudaría y se vio obligado a buscar otra manera de presentar sus grandiosos planes. Después de haber regresado a París, creyó haber estado fuera de Europa lo suficiente para que el recuerdo de sus tropiezos anteriores hubiera quedado bastante desdibujado. Estaba en lo cierto, y no tardó en rodearse de un círculo de amigos influyentes. «Acompañé al embajador a París, donde pasé otro año alojándome con los caballeros a los que conocí allí», contó a los inquisidores venecianos.²⁰ Continuó enseñando y escribiendo, y se mantuvo muy ocupado buscando editores para sus nuevas obras. Pero una vez más, las voces opositoras no tardaron en hacerse oír. En referencia a este período, Bruno diría a los jueces: «No he enseñado en oposición directa a la Iglesia católica, pero se juzgó que había hecho tal cosa indirectamente en París.»

Éste fue uno de los períodos más productivos y creativos de su vida. Durante los tres años transcurridos entre su llegada a Inglaterra en 1583 y su marcha a finales de 1585, escribió siete nuevos libros. Algunos de ellos se han perdido y puede que nunca llegaran a publicarse, pero entre ellos figuran cuatro de sus obras más importantes: *La cena del miércoles de Ceniza*, *La expulsión de la bestia triunfante*, *Del infinito, el universo y sus mundos* y *De la causa, el principio y el uno*, los dos primeros aún disponibles en ediciones inglesas de la época. Pero lo que tal vez fuera más importante es que Bruno se dio cuenta de que sus posibilidades de conseguir apoyo para su cruzada religiosa se estaban desvaneciendo rápidamente, ya que tanto Enrique como Isabel habían rechazado sus sugerencias y Francia empezaba a encontrar su propia forma de resolución temporal a la cuestión del conflicto religioso.

Volviendo la mirada hacia sus contemporáneos, sus éxitos y sus fracasos, Bruno debió de sentir que la obra de su vida había llegado a una encrucijada. En términos de llegar a su audiencia, Bruno había tomado por modelo a Erasmo, cuyo método era un paradigma de sus propios esfuerzos para conseguir el cambio. A la manera de Erasmo, Bruno se había convertido en un exiliado, in-

capaz de mantener ningún contacto directo con Roma y la Santa Iglesia, sometido al ostracismo, excomulgado y constantemente acosado por la Inquisición, pero siempre fuera de su alcance. Había publicado un libro tras otro, expuesto sus creencias en provocativas disertaciones y encendido las mayores reacciones allá donde iba. Pero no había logrado gran cosa. El éxito obtenido a lo largo de su vida no fue nada comparado con la reacción popular suscitada por Erasmo. Hablando en términos modernos, *El elogio de la locura* de Erasmo fue un tremendo éxito de ventas y ejerció una inmensa influencia sobre las personas instruidas. En comparación, y aunque fuera tratado con respeto y en algunos ambientes incluso con reverencia, las obras de Bruno eran leídas por muy pocos y no pasaron de ser libros de culto. Así pues, Bruno sabía que era necesario probar un enfoque distinto. El problema estribaba en que su obra era mucho más radical que la de Erasmo, y Bruno sabía que el verdadero cambio sólo vendría a través de la influencia de poderosas figuras políticas. Habiendo fracasado en dos ocasiones, ya iba siendo hora de adoptar una nueva táctica: tendría que tratar de aproximarse a la Iglesia.

«Fui a ver al nuncio francés y al obispo de Bérgamo —contó Bruno al tribunal veneciano—. Mientras me esforzaba a través de aquellos caballeros por tratar de regresar a la Iglesia, consulté con otro jesuita, y me dijeron que no podían absolverme de mi apostasía... Rogué al nuncio que me ayudara y volví a tratar de convencerlo de que escribiera a Su Beatitud Sixto V, en Roma, para obtener la gracia y ser recibido en el seno de la Iglesia católica, pero sin que se me obligara a volver a la condición de monje. A lo cual el nuncio me dijo que no había posibilidad de conseguirlo y que no escribiría a menos que yo estuviera dispuesto a regresar a mi orden. Me mandó a ver al padre jesuita Alonzo Spagnuolo. Discutí mi caso con él, y me hizo ver que era necesario conseguir la absolución de la censura de manos del Papa y que no se podía hacer nada a menos que regresara a mi orden.»²¹

Una oferta casi idéntica le había sido hecha a cada apóstata

que deseaba arrepentirse y volver a la Iglesia. En 1521, la misma oferta había sido dirigida a Martín Lutero, quien optó muy sensatamente por quedarse en Alemania. La oferta de Roma era un mero gesto formal, y Bruno lo sabía. Todos tenían claro que un regreso al monasterio de Nápoles significaría el arresto inmediato, el encarcelamiento, la tortura y seguramente la ejecución. Fueron muy pocos los que se dejaron engañar por la Iglesia de Roma, y Sixto V no era nada propenso a ser misericordioso con los herejes.

Naturalmente, Bruno no llegó a decirle todo eso al tribunal. A medida que iba contando su historia durante el tercer día de su juicio, el 29 de mayo de 1592, reiteró su firme resolución de encontrar una manera de poder regresar a la Iglesia siendo aceptado por lo que era y por lo que creía. Aseguró a sus jueces que nunca había constituido ninguna amenaza para la Iglesia y que, al contrario, amaba la fe católica y quería glorificarla, con tal que se le permitiera expresarse libremente. «Me disponía a regresar a Fráncfort una vez más para asegurarme de que algunas de mis obras fueran impresas, especialmente una sobre las siete artes liberales, junto con otras de las ya impresas, tanto aquellas que confirmo como aquellas que no confirmo, y luego arrodillarme a los pies de Su Beatitud (pues he sabido que ama a los hombres de recto proceder).²² Deseaba explicar mi caso, ser absuelto por mi mala conducta y que se me permitiera llevar el hábito clerical sin depender de la autoridad monástica, para lo cual estos días he hablado con muchos padres napolitanos de mi Orden que se encontraban aquí y en particular con el padre superior fra Domenico de Nocera, el padre Serafino de Nocera y el padre Giovanni, que es originario de no sé qué parte del reino de Nápoles, y con otro de Atripalda, que dejó su hábito pero luego volvió a tomarlo. No sé cómo se llama, pero en cosas de religión lo llamaban hermano Felice.»²³

Desde el momento en que Bruno concibió la idea de regresar a la fe sin tener que abandonar su peculiar visión del mundo, la respuesta del clero fue siempre la misma: «Vuelve a Nápoles o al mismo Vaticano y se podrá discutir el asunto.»

Y cuando Bruno terminó de narrar aquella parte de su historia, sus últimas palabras parecieron hundirse en un profundo silencio. La sala se había ido oscureciendo a medida que proseguía su relato, se habían encendido velas, y ahora las sombras danzaban sobre las caras de quienes lo rodeaban. Bruno miró al padre Giovanni Gabrielle y a Laurentio Priuli, y luego a Ludovico Taberna y Aloisio Fuscari, el observador, antes de volverse hacia el público y demás testigos allí reunidos. El padre Gabrielle se puso en pie con rostro inexpresivo y su voz, impregnada de poder y autoridad, ordenó a todos los presentes que juraran guardar secreto antes de que levantara la sesión hasta el día siguiente. Bruno, agotado, el rostro pálido y desencajado, fue devuelto a su celda.

Aquella noche recibió su primera visita de una de las confraternidades venecianas que llevaban provisiones a los prisioneros. La más conocida era la Fraterne, pero había otras dos que también hacían muchas cosas en bien de los detenidos: las Scuole y la Corporazioni delle Arti eran organizaciones caritativas que realizaban visitas personales, cuidaban de los heridos, alimentaban a los cautivos y les proporcionaban mantas y remedios. El estado sólo se consideraba obligado a encarcelar a quienes eran juzgados y únicamente pensaba en evitar la fuga, por lo que aparte de la ayuda de las confraternidades, los prisioneros sólo podían confiar en amigos y parientes. Bruno probablemente estuvo bien atendido porque tenía conocidos ricos e influyentes, pero también era una famosa figura enemiga de los poderes establecidos, y sin duda fue tratado con especial dureza por las autoridades y los guardias de la prisión.²⁴

Esa misma noche, a no más de cincuenta metros de la tenebrosa celda de Bruno, los jueces se reunieron en privado para hablar, mientras disfrutaban de excelentes manjares y el vino fluía generosamente, del problemático acusado cuyo destino se hallaba en sus manos. Estaban preocupados. Gabrielle y Priuli empezaban a temer por su posición. Roma ardía en deseos de acabar con aquel hombre y, después de haber oído la historia de Bruno, en-

tendían por qué. Pero como venecianos no podían limitarse a entregarlo al Papa, ya que eso habría suscitado las críticas de muchos sectores. Los patriotas venecianos los acusarían de debilidad, los partidarios de la tolerancia religiosa afirmarían que estaban alimentando el fuego del prejuicio, y los abogados incluso podían llegar a sugerir que dicha medida era ilegal. Pero también eran buenos católicos, hombres que despreciaban la herejía. El tal Giordano Bruno era obviamente peligroso. En todo caso, estaba claro que necesitaban más información acerca de él y otras personas: Mocenigo tendría que proporcionar una tercera declaración inmediatamente; y luego, cuando el tribunal hubiera reanudado la sesión, cada uno de ellos tendría que sondear las profundidades de aquel vil individuo, cuyas sórdidas opiniones pondrían al descubierto y del que averiguarían hasta dónde llegaba su depravación para que nadie pudiera dudar de lo que debían hacer a continuación.

«Bruno cree —aseguraba Mocenigo en su tercera declaración— que la Iglesia manifiesta violencia hacia los herejes, no amor; que el mundo no puede permanecer sumido en la ignorancia y falto de una buena religión. La religión católica le resulta más aceptable que otras, pero considera que todas necesitan profundas reformas, ya que no pueden continuar corrompiendo. Me dijo que ahora hay más ignorancia que antes, dado que ahora los hombres enseñan aquello que no entienden, como por ejemplo el que Dios es una Trinidad, lo cual es imposible y una blasfemia contra la Majestad de Dios. Cuando le dije que se callara y se diera prisa en hacer lo que tenía que hacer por mí, porque yo era católico y él era luterano y yo no podía consentir que dijera tales cosas, replicó: “Oh, ya veréis lo que vuestra fe hará por vos” y, riendo, añadió: “Esperad a que llegue el Juicio Final, porque cuando los muertos se pongan en pie tendréis la recompensa a todo vuestro recto proceder.” Y en otra ocasión dijo: “Esta República tiene la reputación de gozar de una gran sabiduría, pero debería ocuparse de los ingresos monásticos y hacer que los frailes

vivieran de sopas. Los frailes de hoy en día son todos unos asnos, y permitir que disfruten de tantas riquezas es un gran pecado.” Además, también me dijo que las damas le gustaban mucho y le daban gran placer, pero que todavía no había alcanzado el número de Salomón. Y que la Iglesia pecaba al declarar perverso lo que era de un gran servicio a la Naturaleza y, en su opinión, altamente meritorio.»²⁵

Al día siguiente de haber recibido aquella declaración, los jueces reanudaron el juicio por la mañana. El primero en ocupar el asiento de los testigos fue un sacerdote local al que Bruno se había confiado, el padre superior fra Domenico. Dicho padre dijo al tribunal: «En este mismo mes de mayo, en la Sagrada Festividad de Pentecostés, yo estaba saliendo de la sacristía de la iglesia de San Juan y San Pablo cuando vi que un seglar me hacía una reverencia. Al principio no lo reconocí, pero cuando me pidió que fuéramos a un lugar privado, lo recordé como uno de nuestros hermanos en la provincia del reino, un hombre de letras, el hermano Giordano de Nola. Nos retiramos a un lugar tranquilo en la susodicha iglesia, y allí me contó la razón por la que había dejado nuestra provincia y la causa de que lo hubiesen degradado; ya que había sido excomulgado por fra Domenico Vita, quien por entonces era el provincial. Me habló de sus estancias en muchos reinos y en cortes reales y de su importante labor educativa, pero dijo que siempre había vivido como un católico. Y cuando le pregunté qué hacía en Venecia y cómo subsistía, dijo que llevaba muy poco tiempo en la ciudad pero que disponía de suficientes medios propios; y que deseaba llevar una existencia tranquila y escribir un libro que, merced a un importante valedor, lo ofrecería a Su Beatitud para obtener su perdón. Esperaba poder quedarse en Roma, dedicarse a la literatura, demostrar su valía y, quizás, ofrecer algunas disertaciones.»²⁶

El sacerdote concluyó su declaración con voz pausada y sin inmutarse. El tribunal pareció bastante desilusionado, por lo que acto seguido los inquisidores hicieron comparecer a Bruno para

que prosiguiera con su historia. Bruno así lo hizo, empezando con sus vagabundeos después de dejar Francia por segunda vez y contando su viaje a Alemania, sus estancias en Wittenberg, Praga y Brunswick entre 1586 y 1589, su visita a la feria de libros de Fráncfort y su contacto inicial con Giovanni Mocenigo. Mientras describía las cartas que había recibido de Mocenigo, comenzó a fallarle la voz. Con los terribles efectos de su encarcelamiento claramente visibles en sus ojos, recorrió la sala con la mirada, respiró hondo y concluyó su declaración: «Me he expresado y llevado mis asuntos demasiado filosóficamente, de forma equivocada, no a la manera de un buen cristiano; y, en particular, he enseñado y mantenido en algunas de mis obras doctrinas filosóficas concernientes a lo que, según la fe cristiana, debería ser atribuido al poder, la sabiduría y la bondad de Dios; fundando así mi doctrina en la razón y la experiencia de los sentidos y no en la fe.»²⁷

Es difícil saber si Bruno dijo esto impulsado por el miedo a manera de retractación o si meramente estaba pensando en voz alta, reflexionando en sus acciones impulsado por el relato de su historia. Lo que realmente está diciendo es: Sí, mis opiniones están muy alejadas de la doctrina oficial y podéis considerarme un hereje, pero derivan de una larga e intensa labor filosófica, de un profundo estudio y, por encima de todo, tienen su origen más en la razón que en la fe. Pero eso no significa que sea un mal católico.

Con todo, era justo la clase de admisión que estaban esperando los jueces, la clase de declaración registrada que luego podía ser manipulada y utilizada contra él. Pero a aquellas horas del día ya era tarde para embarcarse en un auténtico debate filosófico. Tanto Gabrielle como Priuli hubiesen necesitado tener la cabeza muy despejada para tales cosas, y el padre inquisidor levantó la sesión hasta el lunes 2 de junio, cuando Giordano Bruno, el hereje, tendría que comparecer para explicar a fondo y lo más claramente posible todas sus creencias.

Para la reanudación del juicio, el observador del estado, Aloysio Fuscari, fue sustituido por otro de los tres *Savii all'eresia* venecianos, un tal Sebastiano Barbadico, quien prestó juramento y ocupó su puesto junto a Gabriele, Laurentio Priuli y el nuncio apostólico, Ludovico Taberna. Bruno fue traído ante ellos y el interrogatorio se reanudó.

Empezaron preguntándole si se había involucrado en prácticas ocultistas desde su llegada a Venecia: «Desde que estoy en Venecia nunca he enseñado doctrinas heréticas —declaró Bruno—, únicamente he discutido de filosofía con muchos patricios, como ellos mismos podrán confirmar. Muchos patricios y aficionados a la literatura se habían reunido aquí [en Venecia] y he hablado con algunos librereros.» Pero, no queriendo traicionar a sus nuevos amigos, añadió cautelosamente: «No me acuerdo de nadie en particular, ya que no los conocía de nada.»²⁸

Era una flagrante mentira, pero el tribunal no podía desmentirla dado que sólo contaba con afirmaciones no corroboradas y las declaraciones de Mocenigo. Así pues, los jueces se apresuraron a pasar a otras cuestiones. A Bruno se le había proporcionado un juego completo de sus obras, del cual le estaba permitido citar, y los inquisidores empezaron a interrogarlo sobre su filosofía y sus creencias. Y en ese momento, Bruno pareció encontrar nuevas energías para interpretar su papel.

«Estas obras —dijo poniendo la mano sobre la pila de libros que había junto a él— son puramente filosóficas y sostengo que el intelecto debería ser libre de investigar con tal que no dispute la autoridad divina, sino que se someta a ella.»²⁹

Ésta es la esencia de la herejía de Bruno. Sus opiniones sobre la ciencia y la filosofía, incluso su antiaristotelismo, tenían una importancia secundaria en comparación con la cuestión verdaderamente crucial: Bruno creía en Dios pero no en Roma. Cuando el filósofo de Nola declara que el intelecto debería gozar de plena libertad siempre que no entrara en conflicto con la autoridad divina, está empleando el término en su sentido más estricto. Los ca-

tólicos ortodoxos no veían distinción entre la palabra de Dios y la palabra del Papa, pero Bruno sí. La jerarquía eclesiástica le merecía muy poco respeto y creía que cada hombre debía responder únicamente ante Dios. Pero para los cardenales, tales creencias resultaban inadmisibles.

Aun así, Bruno creía que al final podría hacerse entender por las autoridades y, en última instancia, obligarlas a aceptar sus ideas. En este aspecto o era absurdamente ingenuo o había permitido que su ego lo cegara a las realidades de la naturaleza humana y las fuerzas a que se enfrentaba. Con las cosas en este punto y pocos días después de haberse iniciado su primer juicio, Bruno seguía creyendo que convencería y persuadiría, y seguía convencido de que los hombres que lo juzgaban y que había en el centro del poder de la Santa Sede eran personas inteligentes que sin duda serían capaces de ver que el intelecto y la fe podían coexistir felizmente. Bruno no podía identificar a la bestia en su enemigo, el demonio encima del hombro, el mal en el alma: seguía pensando que el intelecto podía imponerse al miedo y al prejuicio, y que quienes sustituyeran el poder terrenal por la comprensión de la Verdad se cubrirían de gloria. Estaba completamente equivocado, por supuesto, y entró en la guarida de los leones descalzo y desarmado.

«Siempre he discurrido filosóficamente, de acuerdo con los principios de la naturaleza y según su luz, sin tomar demasiado en cuenta lo que debe ser mantenido de acuerdo con la fe —proclamó valientemente—; y creo que no se puede encontrar nada por lo cual se pueda decir que prefiero despertar animadversión contra la religión a defender la filosofía. Si bien puedo haber dado origen a muchas impiedades ocasionadas por mi propia luz, nunca he enseñado nada directamente contrario a la religión católica, aunque se consideró que había hecho tal cosa indirectamente en París, donde, a decir verdad, se me permitió mantener ciertas discusiones que luego se publicaron con el título de *Ciento veinte artículos contra la Escuela Peripatética y otros filósofos comúnmente*

aceptados y con el permiso de las autoridades. Se me permitió discutir sobre los principios naturales sin perjuicio de la verdad a la luz de la fe, de la manera en que uno puede leer y enseñar las obras de Aristóteles y Platón, pues éstos son indirectamente contrarios a la fe de esa misma manera y, de hecho, mucho más que la filosofía que yo proponía y defendía, la totalidad de la cual está expuesta en mis últimos libros publicados en Fráncfort, *De Minimo*, *De Monade* y *De inmenso*, en parte, *De Compositione*. En éstos puede leerse específicamente mi doctrina, la cual sostiene que el universo es infinito como resultado del infinito poder divino, pues considero indigno de la bondad y el poder divinos que hayan producido meramente un mundo finito cuando eran capaces de dar existencia a una infinitud de mundos. Y por lo tanto he sostenido que hay un número infinito de mundos individuales como nuestra Tierra. La considero, junto con Pitágoras, como una estrella, y la luna, los planetas y las estrellas son similares a ella, siendo estas últimas de un número infinito. Todos esos cuerpos componen una infinitud de mundos; constituyen el todo infinito en el espacio infinito, un universo infinito, lo cual quiere decir que contiene mundos innumerables. Así pues, hay una medida infinita en el universo y una multitud infinita de mundos. Pero esto puede resultar indirectamente opuesto a la verdad según la fe.»³⁰

Bruno había sido un maestro elocuente y respetado, y en la claridad con que explica sus ideas se puede ver fácilmente el porqué, pero incluso él debió de saber que con aquella última frase se había quedado bastante corto. ¿Se estaba mostrando irónico? ¿Estaba inflamando deliberadamente las pasiones, o se encontraba tan acostumbrado a la naturaleza heterodoxa de su concepto del mundo que apenas se daba cuenta de lo que estaba diciendo? Gabrielle, Priuli y Taberna eran hombres instruidos y versados que estaban familiarizados con las declaraciones heréticas y las ideas de muchos antes que Bruno, pero éste no se limitaba a corretear por los márgenes de la teología, discutiendo el palo de una «t» o el

punto de una «i»: lo que estaba diciendo se hallaba tan alejado de la doctrina oficial que muchos lo habrían tomado por loco.

«Dentro del universo sitúo a una Providencia universal —prosiguió Bruno—, mediante la cual todo vive y todo crece, actúa y perdura en su perfección. Y entiendo esto de una manera doble: una, a la manera del espíritu que se encuentra completamente presente en la totalidad del cuerpo y en cada parte de él. A esto lo llamo Naturaleza, la sombra y la constancia de lo Divino. La otra es la manera inconcebible en que Dios, esencia, presencia y poder, está en todo y por encima de todo, no como parte y no como espíritu, sino indeciblemente.

»Ahora bien, comprendo que todos los atributos son uno y el mismo en la Deidad y, junto con los teólogos y los más grandes pensadores, concibo tres atributos: poder, sabiduría y bondad; o, mente, comprensión y amor. Las cosas son a través de la mente, y son ordenadas y diferenciadas a través del intelecto; se hallan en armoniosa proporción a través del amor universal, en todo y por encima de todo. No hay nada que no resplandezca en el ser, de la misma manera en que nada es hermoso sin la presencia de la belleza; por lo cual nada puede existir hallándose apartado de la presencia divina. Pero las distinciones en la Divinidad son hechas mediante el método del pensamiento discursivo y no son realidad.»³¹

Luego pasó a explicar que coincidía con Aristóteles en la cuestión de una Primera Causa, un momento de Creación, después de lo cual intentó —de manera poco convincente— casar su filosofía con la doctrina de la Santísima Trinidad, relacionando el Padre con la Voluntad o el Poder; el Hijo o la Palabra con el Intelecto; y el Espíritu Santo con el Amor, y añadió: «Todas las cosas, almas y cuerpos, son inmortales en lo que respecta a su sustancia, y tampoco hay más muerte que la dispersión y la reintegración.»³²

Los inquisidores, nada satisfechos, siguieron insistiendo. ¿Sostenía entonces que la Trinidad era en esencia tres Personas diferenciadas?

Aquello era una pregunta directa, y Bruno intentó escurrir el bulto. «¿Qué es Persona? —preguntó—. Según san Agustín, en su época la palabra era nueva.»

«¿Habéis dudado entonces de la existencia del Uno, de la existencia de Dios?», se le replicó.

«Nunca», repuso Bruno, vehementemente y casi escupiendo la palabra.

«¿Y qué sucede entonces con Cristo y la Encarnación? ¿Fue una mentira?», le replicaron con creciente irritación.

«He dudado y me he debatido con esta cuestión pero nunca he negado el dogma, pues sólo he dudado —declaró Bruno—; y creo que el Padre y el Hijo son uno en esencia.»³³ Y una vez más, resistiéndose a incurrir en herejía declarada, añadió que de joven se había limitado a citar las ideas de Arrio. «Demostré que las opiniones de Arrio eran menos peligrosas de lo que se creía —anunció—. Pues lo que se entendía que Arrio pretendía enseñar era que la Palabra había sido la primera creación del Padre; y yo expliqué que Arrio dijo que la Palabra no era ni Creador ni Creado, sino intermedia entre el Creador y la criatura, de la misma manera y al igual que la palabra hablada es el intermediario entre el orador y el significado que expone.»³⁴

»Para aclarar lo que he dicho —prosiguió—, he sostenido y creído que hay una Divinidad diferenciada en el Padre, en la Palabra y en el Amor, la cual es el Espíritu Divino; y en esencia, estas tres son una; pero nunca he sido capaz de entender que las tres realmente sean Personas y he dudado de ello. Agustín dice: “Pro-nunciamos el nombre de la Persona con temor cuando hablamos de asuntos divinos, y lo utilizamos porque estamos obligados a ello.” Y tampoco he visto que el término fuera aplicado en el Antiguo o el Nuevo Testamento.»³⁵

Prosiguiendo con su línea de interrogatorio sobre los detalles de la doctrina, los inquisidores le pidieron que explicara qué pensaba de la Encarnación. Bruno dijo que no conseguía entender cómo la carne finita de la humanidad podía ser fusionada con la

Palabra, la cual era una esencia infinita, pero aceptaba que Cristo se había encarnado en la tierra, viéndolo más como un representante de Dios que como uno con Dios. Aceptaba los milagros como una expresión de divinidad, y respetaba la doctrina de la transustanciación tal como la entendía la Iglesia. ¿Qué otra razón podía tener para no haber vuelto a participar en el sacramento después de ser excomulgado?

Sin mencionar la fuente de la afirmación, acto seguido el padre Gabrielle repitió la acusación de Mocenigo de que él, Bruno, había negado la divinidad de Cristo y había declarado que el Hijo de Dios había sido un «pobre infeliz».

Aquello pareció dejar perplejo a Bruno. «Me asombra que me hagáis semejante pregunta —declaró—. Nunca he dicho o pensado tal cosa de Cristo. Creo acerca de él como cree la Santa Madre Iglesia.»

Según el secretario del tribunal, Bruno pareció sentirse muy triste y ofendido y dijo: «No entiendo cómo se me pueden imputar tales cosas. Mantengo que Cristo fue engendrado por el Espíritu en una madre-Virgen. Si se demuestra que en este punto miento, entonces me someteré a cualquier clase de pena... He intentado repetidamente ser absuelto y aceptado por la Iglesia. He mantenido y sigo manteniendo la inmortalidad de las almas, las cuales son clases de existencia debidas a la sustancia. Es decir —concluyó—, y hablando como católico, que el alma intelectual no pasa de un cuerpo a otro, sino que va al Paraíso, el Purgatorio o el Infierno; pero como filósofo, he reflexionado profundamente en cómo, dado que el alma no existe sin cuerpo y tampoco existe en el cuerpo, puede pasar de un cuerpo a otro cuerpo de la misma manera en que la materia puede pasar de una masa a otra.»³⁶

«Así que sois un experto teólogo y estáis familiarizado con las opiniones católicas, ¿verdad?», preguntó secamente Gabrielle.

Bruno pareció sorprenderse. «No mucho —replicó pasados unos instantes—. He seguido mi vocación, que era la de dedicarme a cultivar la filosofía.»

«¿Entonces habéis criticado a los teólogos?»

«No, no lo he hecho. He leído enseñanzas protestantes y siempre he argumentado en favor de la doctrina católica, especialmente de las enseñanzas de Aquino. He leído libros heréticos y los he diseccionado. Aquí está mi obra, leedla.»

«¿Os habéis mofado de los sacerdotes y los monjes?»

Bruno, exasperado, alzó las manos hacia el techo. «No he hecho nada semejante, ni he mantenido tal opinión.»³⁷

Después los jueces fueron repasando una por una las acusaciones de Mocenigo, y Bruno las rechazó todas, a veces con irritación y otras con incredulidad. Se estaba poniendo cada vez más nervioso, y los jueces se dieron cuenta de ello y lo aprovecharon.

El padre Gabrielle se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en Bruno. «¿Creéis que Cristo obró sus milagros mediante la magia?», preguntó, entornando los ojos y bajando la voz hasta convertirla casi en un susurro.

Bruno volvió a levantar las manos y puso cara de perplejidad. «¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Quién ha inventado todas estas diabólicas locuras? Nunca he pensado semejante cosa. ¡Oh, Dios! ¿Qué es esto? Antes preferiría estar muerto que haber dicho tales cosas.»

Acto seguido los jueces abordaron el tema de las obras que Bruno había escrito sobre el arte de la memoria, sugiriendo que se trataba de una práctica ocultista. «Sois un conocido ocultista —declaró Gabrielle—. ¿Qué tenéis que decir de vuestra relación con el rey francés?»

«Cuando estaba en la corte del rey Enrique —contestó Bruno—, un día él me mandó llamar para saber si mi memoria era natural o había sido adquirida mediante artes mágicas. Lo convencí de que no procedía de la hechicería sino del conocimiento organizado.»³⁸

Luego los jueces se centraron en la naturaleza de los libros que Mocenigo había tomado de él la semana anterior. «¿Y qué hay de los libros que se sabe habéis leído? ¿Obras ocultistas, obras de herejes?», preguntó el padre inquisidor.

Percibiendo el peligro, Bruno eludió el tema. «Es cierto que he visto obras condenadas, como las de Raimundo Lulio y otros escritores que tratan cuestiones filosóficas. Los desprecio tanto a ellos como a sus doctrinas», mintió.³⁹

Gabrielle movió las manos en un gesto despectivo. «Tonterías —dijo con sequedad—. ¿Qué hay de los manuscritos que fueron encontrados en vuestra persona cuando se os arrestó? —Consultó sus notas—. ¿Qué tenéis que decir de los... *Sellos de Hermes*?»

Bruno lo miró fijamente y habló muy despacio: «Cierto, por aquel entonces mi copista Herman Besler estaba haciendo reproducciones de obras antiguas no publicadas, entre ellas una que lleva por título *Los sellos de Hermes*. Yo sabía que estaba manejando material peligroso, pero no presté demasiada atención al contenido de esos libros, y no he leído *Los sellos de Hermes*.»⁴⁰

Gabrielle no quedó nada convencido, pero reaccionó rápidamente cambiando el ángulo de tiro. «Os habéis mofado de la fe —dijo secamente, con una nueva sombra de amenaza en su voz. Citando a Mocenigo, siseó—: "... esperad a que llegue el Juicio Final, porque cuando los muertos se pongan en pie tendréis la recompensa a todo vuestro recto proceder". ¿Acaso no son palabras vuestras?»

Bruno volvió a poner cara de perplejidad. «Nunca he dicho tales cosas. Dios mío, examinad mis libros. Admito que tienen mucho de profano, pero no encontraréis el menor rastro de esto; y tampoco me ha pasado nunca por la cabeza.»⁴¹

Un súbito silencio se adueñó de la sala y los jueces permanecieron inmóviles. Bruno, que ya apenas tenía energías y al que se veía cada vez menos seguro de sí mismo, volvió a recorrer la estancia con la mirada, viendo los rostros inmóviles y cómo los testigos se apresuraban a desviar los ojos. Después el padre inquisidor habló.

«Habéis admitido lo suficiente para hacer creíbles los cargos que han sido presentados contra vos —declaró con voz gélida—. Negáis la autoridad de Roma, cuestionáis la Trinidad, negáis la

Divinidad de Cristo, discutís la teología, os mofáis del sacerdocio de la Santa Madre Iglesia, apoyáis a los infieles y practicáis la magia. Debéis recapacitar y hacer una confesión completa y sincera para ser recibido en el seno de la Santa Madre Iglesia y que se haga de vos un miembro de Jesucristo. Pero sería ciertamente asombroso que la persistencia en vuestra obstinada negativa no terminara conduciendo al fin habitual. El Santo Oficio sólo desea llevar la luz al hereje mediante su amor cristiano, sacarlo de su descarriamiento y guiarlo hacia el camino de la vida eterna.»

Las palabras se hundieron en el silencio como plomo en el agua. Bruno mantuvo la cabeza baja mientras hablaba Gabrielle. Después, irguiendo la cabeza, dijo lentamente: «Que Dios me perdone. Cada una de mis respuestas se ha ceñido a la verdad en la medida en que me lo ha permitido mi memoria; pero, para mi mayor satisfacción, volveré a pasar revista a mi vida y si he dicho o hecho algo que vaya en contra de la fe católica cristiana, lo confesaré francamente. Lo que he dicho es justo y cierto, y continuaré diciéndolo. Tengo la seguridad de que lo contrario nunca podrá ser probado contra mí.»⁴²

Poniéndose en pie, el padre Gabrielle levantó la sesión hasta el día siguiente.

Suponiendo que Bruno todavía no se hubiera dado cuenta a esas alturas, aquella noche, solo en la oscuridad de su celda, tuvo que comprender la gravedad de lo sucedido. Las palabras de Gabrielle sólo podían significar una cosa: la Iglesia lo castigaría. A su propia e inimitable manera, los eclesiásticos querían redimir la mente y el alma del hereje arrancándole una retractación; después lo encarcelarían, lo torturarían y, casi sin lugar a dudas, lo quemarían. Incluso el siempre optimista y resuelto Bruno tuvo que comprender que aquél sería su destino.

A la mañana siguiente, el 3 de junio de 1592, Bruno volvió a ser llevado ante el tribunal. Volvieron a leerle las acusaciones y se le preguntó si admitía su culpabilidad. «Allí donde he errado, he dicho la verdad, y nunca encontraréis que no sea así.» Acerca de la

Divinidad de Cristo en particular, declaró: «Lo que he sostenido ya os lo he dicho, y nunca he hablado sobre el tema.»⁴³ Cuando volvió a ser interrogado acerca de lo que pensaba de las prácticas ocultistas, declaró despreciar ese arte, pero admitió sentir cierto interés por la «astrología judiciaria».

Las preguntas del día anterior se fueron repitiendo una tras otra, con el mismo terreno volviendo a ser cubierto una y otra vez. Finalmente, Gabrielle preguntó: «¿Consideráis ahora falaces vuestras herejías?» Bruno replicó con voz firme y pausada: «Odio y detesto todos los errores que haya cometido en algún momento contra la fe católica y los decretos de la Santa Iglesia, y me arrepiento de haber hecho, mantenido, dicho o creído cualquier cosa que pudiera ir contra ella o haber dudado de algo que sea católico. Ruego a este Santo Tribunal que, sabiéndome enfermo, me admita en el seno de la Iglesia, proporcionándome los remedios apropiados para la salvación y mostrándome misericordia.»⁴⁴ Y con esto, el caso quedó visto para sentencia en el plazo de tres semanas y Bruno fue llevado nuevamente a su celda para que reflexionara en lo que había dicho, mientras los jueces decidían su destino.

Gabrielle, Priuli y Taberna volvieron a reunirse aquella noche. ¿Qué iban a hacer con aquel hombre? Había momentos en que Bruno intentaba presentarse como un devoto católico que sólo se había apartado un poco del núcleo de la ortodoxia, pero renunciaba a cualquier interés en la magia y negaba su aprendizaje y su comprensión, además de su propia contribución a la tradición hermética. En otras partes de su testimonio, expresaba dudas acerca de dogmas centrales de la fe católica.

Pero los jueces sabían que Bruno era un excelente actor. Había sido un orador admirado al que siempre le había encantado que se le prestara atención. Durante el juicio había empleado un truco muy común, el de intentar hablar de la herejía casi en tercera persona y discutir aquellas cuestiones como si fueran meramente aca-

démicas y estuvieran totalmente desligadas de la fe.⁴⁵ Además, estaba claro que había disfrutado de toda la atención de que estaba siendo objeto, y eso a pesar de que habían conseguido aterrorizarlo. Pero ¿qué conclusión debían sacar de sus cambiantes argumentos? ¿Qué creía realmente Bruno? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? ¿Qué era importante para él y qué no lo era?

No cabía duda de que mentía cuando aseguró aborrecer las artes místicas. Bruno había escrito muchas obras sobre el tema y enseñado un arte de la memoria basado en la imaginería hermética y el antiguo simbolismo religioso precristiano. Los jueces tenían sus libros. Obviamente, su interés en tales cosas nunca se había visto atemperado por ningún remordimiento: Bruno no era la clase de hombre que teme aventurarse en terreno desconocido. No había cesado de aproximarse a la confesión para luego alejarse en el último momento, y en eso había distado mucho de ser sutil. La idea de que poseía libros ocultistas pero no los había leído era insostenible. También se había mostrado muy circunspecto en lo concerniente a sus relaciones con los libreros venecianos y otros conocidos ocultistas que vivían en la ciudad. Gabrielle, Priuli y Taberna conocían muy bien a aquellos hombres: habían sido observados con discreción, y muchos eran hombres marcados a los que rondaba el olor de la pira.

Así pues, si Bruno podía mentir acerca de aquellas cosas, los jueces tenían que preguntarse qué otros pecados había cometido. ¿Sería verdad todo lo que había declarado Mocenigo? El prisionero aseguraba creer en la Divinidad de Cristo, pero renunciaba al significado ortodoxo de la Trinidad. Aceptaba la idea de que Cristo había hecho milagros, pero veía en Jesús únicamente a un representante de Dios más que a una expresión de la Trinidad. Y aún más importante, insistía en poner el intelecto por encima de la fe. Bruno no era la clase de hombre que acepta algo sin haberlo meditado muy bien antes. Era peligroso, extremadamente peligroso.

Por lo demás, ¿qué buscaba? Había proclamado repetidamen-

te su deseo de ser absuelto y de que se le permitiera predicar su peculiar doctrina, pero entonces ¿por qué arrojar dudas sobre el hecho de la Santísima Trinidad? ¿Estaría destinado Bruno, se preguntaron, a ser siempre un enigma?

Y así empezaron los últimos días del juicio veneciano. Tres semanas después de la última sesión, los inquisidores volvieron a reunirse, esta vez con un nuevo representante del estado, Tomás Morosini. En esta ocasión Bruno estuvo presente, pero no se lo interrogó, sino que se llamó a declarar al distinguido estudioso y amigo de Bruno, Andrea Morosini.⁴⁶

Con la debida cautela, Morosini (de quien se sabía era un devoto católico pero también un hombre interesado en las cuestiones ocultas), contó lo siguiente al tribunal: «En los últimos meses han estado a la venta en los puestos de los libreros venecianos ciertos libros filosóficos en los que figuraba el nombre de Giordano Bruno, un hombre reputado por su gran erudición. Por lo que oía decir en la ciudad y por lo que el librero Giovanni Batista contó a diversos caballeros, y especialmente a mí, supe que dicho hombre se encontraba aquí y que tal vez deseáramos que asistiese a nuestra casa, adonde ciertos caballeros y también prelados gustan de acudir para discutir de literatura y, por encima de todo, de filosofía. Por consiguiente le dije que debía hacerlo venir, y él así lo hizo en varias ocasiones durante las cuales discutimos sobre diversas cuestiones eruditas. Nunca he sido capaz de inferir de su razonamiento que mantuviera opinión alguna contraria a la fe, y, en lo que a mí concierne, siempre lo he tenido por un católico; a la menor sospecha de lo contrario, no hubiese permitido su presencia en mi casa.»⁴⁷

Acto seguido volvieron a llamar a Ciotto, que fue interrogado acerca de las intenciones de Bruno. Ciotto contó que Bruno le había dicho, al igual que a otros, que deseaba que se le permitiera regresar a la Iglesia. Después añadió: «Deseaba encontrarse perso-

nalmente con Su Santidad en Roma para presentarle su última obra.»⁴⁸

El día siguiente, 26 de junio, Bruno efectuó su última comparecencia ante los jueces venecianos. Un segundo observador había sido convocado para esta sesión, en la que tendría lugar el último interrogatorio del prisionero y la exposición de las conclusiones de los inquisidores. Los jueces volvieron a recordar a Bruno la gravedad de los cargos presentados contra él y las serias sospechas de la Santa Sede. Le preguntaron si, tras solitaria reflexión, había decidido cambiar su testimonio o añadir algún nuevo comentario, Bruno repitió que en ningún momento de sus declaraciones había faltado a la verdad. «Puedo entender que mis escritos y confesiones puedan provocar acusaciones de herejía —declaró—, pero siempre he sentido remordimientos y he albergado el deseo de regresar a la Iglesia. Nunca he tenido intención de ofender la fe, por temor a la Santa Sede y por amor a la libertad.»

Viendo una ocasión de intervenir, Gabrielle replicó secamente: «Si vuestro deseo hubiera sido sincero, entonces no habríais vivido tanto tiempo en Francia y otros países católicos, y aquí en Venecia, sin haber consultado con algún prelado; en tanto que habéis seguido enseñando doctrina falsa y herética hasta ahora.»

«Pero —repuso Bruno con tranquila desenvoltura— mi declaración demuestra que consulté con padres católicos. Mi comportamiento en esta ciudad ha sido impecable. Sólo he discutido de filosofía en una ocasión, y he condenado a protestantes ante vos. Lo único que deseo es vivir en mi tierra natal libremente y sin estar encastrado. Mocenigo es el único que ha podido acusarme de las cosas que alegáis contra mí, y es un hombre malvado. He examinado mi conciencia en busca de faltas y no encuentro ninguna. He confesado de buena gana todo lo que sé.» Luego, arrojándose al suelo y quedando postrado ante los inquisidores, Bruno se echó a llorar. «Pido humildemente perdón a Dios y al tribunal. Lo único que deseo es que mi castigo sea llevado a cabo en privado para así no atraer la atención hacia el hábito que llevo.»⁴⁹

Gabrielle le dijo que se pusiera en pie y le preguntó si deseaba confesar alguna otra cosa. Bruno sacudió la cabeza en silencio. Los otros jueces se levantaron. Bruno fue sacado sin miramientos de la sala para efectuar una vez más el ahora ya familiar trayecto hasta su celda, y los jueces volvieron a irse para discutir el caso mientras disfrutaban de una magnífica comida.

Para Bruno, el momento de la crisis se estaba aproximando rápidamente. No cabe duda de que los inquisidores venecianos se habían mantenido en comunicación con Roma. Aparte de mintiendo, ¿de qué otra manera podían haber afirmado ante el tribunal que el Papa y el Santo Oficio sospechaban tanto de Bruno? Y mientras cenaban en las habitaciones del padre Gabrielle, a unos trescientos cincuenta kilómetros de allí, en el Vaticano, otros también estaban hablando del hereje Bruno: el representante personal del Papa, el padre inquisidor, cardenal Santoro di Santa Severina, estaba revisando el caso veneciano.

Forcejeos con Roma

Dado que la bravura mental de América está tan en deuda, por encima de todas las tierras y los pueblos actuales, con el noble ejército de mártires del pasado del Viejo Mundo, estamos obligados a exonerar los nombres y las vidas de esos mártires, y a ensalzarlos para que sean objeto de reverente admiración así como para que sirvan de faros. Y como un ejemplo típico de esto y tal vez representándolos a todos, Giordano Bruno muy bien podría ser entronizado, hoy y en tiempos venideros, con la mayor de las gratitudes dentro de la memoria y el corazón del Nuevo Mundo.

WALT WHITMAN

El cardenal Severina era un entusiasta del asesinato y la mutilación. Cuando se enteró de la matanza de los hugonotes parisinos en 1572, la calificó de «un día memorable y de suma alegría», y cuando no estaba ocupado urdiendo intrigas en Roma para ascender dentro de la Iglesia, recorría Italia persiguiendo a comunidades enteras, torturando y matando. Pero al menos inicialmente no pudo imponer su voluntad a los venecianos. Cuando fue informado desde Venecia de que el juicio de Bruno había concluido, convocó una congregación de la Inquisición romana

que, en su calidad de número dos del Vaticano, estaría presidida por él.

La congregación se reunió el 12 de septiembre de 1592, y enseguida decidió que haría cuanto estuviera en su mano para persuadir a Venecia de que le entregara al prisionero: Bruno era un hereje confeso que pretendía establecer una teología que rivalizara con la de Roma, y debía ser tratado según la ley eclesiástica supervisada por el Santo Oficio.

Se redactó una carta que fue enviada al Collegio veneciano en la cual Severina solicitaba la entrega de Bruno; el hereje debía ser entregado al reverendo gobernador de Ancona, el cual lo escoltaría bajo guardia hasta Roma.¹ La carta llegó a Venecia el 17 de septiembre y fue leída ante la Inquisición veneciana por el observador del estado, Tomás Morosini.

Sin que eso los sorprendiese, el caso es que los inquisidores venecianos siguieron obrando con cautela. Sabían que no podían extraditar a Bruno sin la aprobación personal del dogo, y eran conscientes de la naturaleza políticamente delicada de la situación. Así pues, aguardaron la llegada del siguiente correo de Roma, y unos días después éste trajo una segunda y más apremiante carta. Después de que dicha carta fuera leída al Sagrado Tribunal de la Inquisición el 28 de septiembre, una delegación integrada por un representante del padre Gabrielle de Saluzzo y por Tomás Morosini fue a hablar con el dogo, Pasquale Cicogna, quien estaba acompañado por el Consejo gobernante constituido en un *Collegio dei Savii* (o reunión del Gabinete de la República). Las exigencias de Roma fueron comunicadas y el padre inquisidor explicó los detalles del caso.

«Bruno —declaró— no es un simple hereje, sino un líder de herejes, un organizador y un rebelde. Ha tenido tratos con protestantes, es un monje apóstata que ha encomiado abiertamente a la reina hereje Isabel de Inglaterra y ha escrito obras ocultistas que intentan minar la santidad de la Iglesia. Pido al Consejo que actúe con la mayor premura en este asunto. Disponemos de una embar-

cación lista para transportar al prisionero de inmediato en el caso de que aprobéis dicha acción.»

Pero Pasquale Cicogna no se dejó impresionar por la declaración del padre inquisidor. No estando de humor para que el Papa le dijera lo que debía hacer, rechazó que se le diera prisa en su decisión.

«Estudiaré el asunto con la debida consideración», replicó firmemente y, mientras los representantes de la Inquisición se marchaban, centró ostentosamente su atención en otros asuntos.²

Al igual que otros dogos recientes, Cicogna había visto con alarma cómo el Vaticano, que aún no se había recuperado de los efectos de la Reforma, renovaba sus esfuerzos por volver a forjar el poder temporal de la Iglesia así como para fortalecer su monopolio espiritual. Los últimos Papas habían invertido mucho dinero y considerables recursos en conquistas militares y se habían anexionado valiosos nuevos territorios. En aquel momento Roma era aliada de Venecia, pero con la inestable política que se seguía en la península, aquello podía cambiar en cualquier momento, prácticamente sin aviso previo. Cicogna sabía que debía andarse con pies de plomo, actuando con diplomacia a la vez que preservaba el honor veneciano.

Aquella misma tarde, el padre inquisidor volvió a la sala y preguntó si el Consejo había llegado a una decisión acerca del hereje. No lo había hecho. La cuestión era bastante grave y, habiendo otros acuciantes asuntos de gobierno que atender, el Consejo y el dogo habían decidido posponer su examen para un momento más apropiado.³

Transcurrieron más días y los inquisidores no tuvieron noticias del Consejo, pero mientras tanto ya estaban teniendo lugar entre bastidores ciertos movimientos clandestinos concernientes al destino de un tal Giordano Bruno. El 10 de octubre, el embajador veneciano en Roma, Luigi Donato, recibió una curiosa carta fechada el 7 de octubre. La carta, sin firma, daba los nombres de los Tres cifrados como +117, -2 y -6. Declaraba que la petición

papal acerca de Giordano Bruno no podía ser satisfecha, dado que su cumplimiento lesionaría las competencias de la Inquisición veneciana y establecería un precedente inaceptable. Concluía pidiendo al embajador que transmitiera dicha noticia junto con sus saludos a la Oficina Papal.⁴ Donato contestó a la carta ese mismo día diciendo que haría cuanto estuviese en su mano para transmitir aquel mensaje con la debida diplomacia, y que si surgía algún problema trataría de resolverlo como mejor pudiese.⁵

Esta carta deja muy claro que el Consejo decidió utilizar a la Inquisición veneciana como un parachoques, dejando la responsabilidad de la decisión en sus manos para así no tener que involucrar al estado en un enfrentamiento político por el hereje prisionero. Puede que los Tres no estuvieran al corriente del envío de la carta o quizá se negaron a firmarla, por lo que se utilizaron sus nombres en código. Y al principio, parece que el ardid dio resultado: el gobierno veneciano no volvió a oír hablar del asunto de Bruno durante tres meses, período de tiempo que el prisionero pasó en aislamiento e ignorado casi por completo.

Luego, tres días antes de la Navidad de 1592, el asunto resurgió. El nuncio apostólico habló nuevamente durante una reunión privada de la Inquisición veneciana, donde repitió los cargos presentados contra Bruno. Señaló que aquel hombre no era veneciano sino napolitano, y que hacía muchos años había sido acusado de herejía tanto en Nápoles como en Roma. Añadió que muchos otros casos de herejía habían sido transferidos del tribunal veneciano al Sacro Tribunal de Roma en los últimos años, y que no se debía olvidar que el tribunal romano era la más antigua de esas autoridades eclesiásticas. Acto seguido, reforzó su argumento reiterando la vil naturaleza de los crímenes de Bruno y declarando que, si bien se podía esperar que las autoridades venecianas se ocuparan sin dificultad de los procesos generales cotidianos, el de Bruno era un caso tan serio que tenía que ser llevado por el Santo Oficio.

Ese mismo día, Donato, el embajador veneciano en Roma, re-

gresó a Venecia. Según el embajador, en un principio el papa Clemente se había mostrado dispuesto a permitir que Venecia se ocupara de Bruno, pero Severina había intervenido con gran vehemencia. Era él quien había enviado al nuncio para que volviera a hablar con la Inquisición veneciana y abordara una vez más el asunto con el dogo y su Consejo.⁶ Nada más saberse esto, el nuncio fue convocado y se le dijo secamente que el Colegio deliberaría a su debido tiempo y que examinaría la petición de Su Santidad con toda la consideración que se merecía. Aquella respuesta fue transmitida inmediatamente a un impaciente cardenal Severina en Roma.

Llegados a este punto, empezaba a resultar evidente para el dogo y su Consejo que el irritante problema de Giordano Bruno no iba a desvanecerse por sí solo y que sería preciso encontrarle una solución política adecuada. Pero ¿qué podían hacer? Por una parte, no querían incitar al Papa a que tomara represalias a causa de un solo hereje; pero por otra, el Consejo también tenía que pensar en su imagen ante el pueblo de Venecia, y tampoco se podía pasar por alto la importante cuestión del orgullo de la ciudad.

Finalmente la respuesta fue encontrada no por el Consejo sino por un abogado, el jurista veneciano más famoso de su época: Federico Contarini, un hombre renombrado por su creatividad y sutileza. Habiéndose quedado sin ideas y necesitando encontrar una salida a la peligrosa confusión política creada por Bruno, en enero de 1593 el Consejo mandó llamar a Contarini. Éste no necesitó mucho tiempo para resolver el problema.

Examinó el testimonio, las declaraciones de los testigos y los antecedentes del juicio, así como el material en disputa, los escritos heréticos de Bruno. Después informó a la Inquisición de que Bruno había «tenido tratos con herejes, que había huido a Inglaterra donde vivió a la manera de aquella isla, y luego en Ginebra, llevando aparentemente una vida licenciosa y diabólica. Pero Bruno posee —admitió también Contarini— una mente todo lo inteligente y rara que uno pueda desear, y es un hombre de una

erudición y una visión excepcionales. Con todo, sus ofensas heréticas son muy graves».

Por supuesto, no había nada nuevo en aquella declaración y los dignatarios de Venecia ya lo sabían todo acerca de la «licenciosa y diabólica» vida de Bruno, y las discusiones sobre las ideas de aquel hombre no los llevarían a ninguna parte en un enfrentamiento con el Santo Oficio. Pero a partir del material de que disponía, Contarini también había encontrado un posible cabo suelto, uno que podía sacar de aquel enredo al gobierno veneciano y calmar cualquier objeción pública.

Cegada quizá por el celo religioso y el fanatismo, la Inquisición había pasado por alto dos hechos obvios. En primer lugar, Bruno no era ciudadano veneciano y, por lo tanto y para empezar, no debía contar con la protección de Venecia; en segundo lugar, y eso era todavía más importante para los venecianos obsesionados con el comercio, Bruno había estado vendiendo sus libros en Venecia sin pagar tasas por ello. A manera de conclusión, Contarini hizo una segunda aportación: «El acusado ha pedido con insistencia que se lo vuelva a admitir en el seno de la Iglesia y ha declarado su intención de solicitarlo directamente a Su Santidad. ¿Por qué debería impedir nuestro estado que lleve a cabo su deseo?»⁷

Contarini había urdido una brillante maniobra legal y sus conclusiones sonaron a música celestial a los oídos del dogo y el Consejo, por no mencionar a la frustrada Inquisición veneciana. Curiosamente, Contarini terminaba su declaración pidiendo que su papel en el embrollo no fuese hecho público. La única conclusión sería al respecto es que el abogado disponía de ciertos contactos útiles entre la elite intelectual de Venecia con los que Bruno había trabado amistad, y que éstos no se dejarían convencer tan fácilmente por la solución que Contarini había encontrado al problema.

Después de haber deliberado y debatido la solución ofrecida por Contarini, el nuncio fue convocado y enviado a Roma con un mensaje personal. «Debido a las circunstancias excepcionales del

caso —decía el mensaje—, el hereje Bruno será entregado al nuncio.» Ese mismo día el Consejo envió otra carta al embajador veneciano en Roma, ordenándole que obtuviera el máximo capital político posible del acuerdo y declarando que el feliz desenlace del incidente consolidaría todavía más la relación ya existente entre Venecia y Su Beatitud.⁸

Pero en lo tocante a Giordano Bruno, la astucia de Contarini sólo sirvió para expulsarlo del único territorio italiano en el que habría podido tener una posibilidad de ser libre y la ocasión de hacer realidad sus sueños sin ser molestado. Al día siguiente, el prisionero fue encadenado y transportado hasta Ancona por vía marítima. Desde allí, Bruno hizo su último viaje a caballo por una bifurcación de la Via Flaminia hasta entrar en Roma, donde una celda en el Vaticano ya había sido preparada para su llegada.

CAPÍTULO SIETE

Sangre en el suelo, fuego en el alma

El procedimiento que la Iglesia utiliza hoy en día no es el que utilizaban los apóstoles, pues ellos convertían a las personas mediante la predicación y el ejemplo de una buena vida, pero ahora quien no desea ser un católico tiene que soportar el castigo y el dolor, puesto que se emplea la fuerza y no el amor. El mundo no puede continuar así, pues no hay más que ignorancia y ninguna religión que sea buena.

GIORDANO BRUNO

Mientras Bruno era conducido por el Tíber, a través del corazón de la Ciudad Eterna, debió de divisar la mole cilíndrica del Castel Sant'Angelo. Ya la había visto durante su primera visita a la ciudad hacía dieciséis años, e incluso en aquellos días lejanos, quizá sospechó que terminaría prisionero en aquel lugar. Quizá también se acordó de las historias contadas a todo niño católico: cómo, después de que en el año 590 hubiera habido una terrible plaga, el papa Gregorio el Grande tuvo una visión del arcángel Miguel posándose sobre la torreta del castillo y desenvainando su espada. Para Gregorio, aquello había indicado el fin de la plaga y de ahí había obtenido su nombre aquel lúgubre y feo monolito. Durante siglos, el Castel Sant'Angelo había sido un lugar de refugio para los devo-

tos y hogar de sufrimientos inimaginables para el pecador y el hereje. El papa Clemente VII se había hecho fuerte detrás de sus muros cuando Roma fue saqueada por las tropas de los Habsburgo en 1527, sesenta y seis años antes de la llegada de Bruno; y durante más de mil años cada prisionero importante del Vaticano había sido encarcelado entre sus muros de un metro de grosor, pues aquella era la prisión central de la Inquisición.

Las mazmorras de la Inquisición romana eran famosas incluso para la época, y hoy en día aún conservan una fantasmal aura de horror. Dentro, la oscuridad es omnipresente; se tiene la sensación de que las paredes han absorbido el sufrimiento de millares de prisioneros, y esas agonías vuelven a rezumar de ellas mientras recorres los pasillos que unen diminutas y húmedas celdas de bajísimo techo. La sensación quizá sólo sea resultado de la imaginación de uno, pero la oscura atmósfera de semejante lugar dimensiona el miedo, hace que seas más consciente de todo lo que te rodea y alimenta los demonios interiores, y eso es un elemento más de su poder. Para el que anda por esas estancias hoy en día, siempre está presente la certidumbre de que unos recodos más allá del pasillo volveremos a ver la luz, respiraremos el maravilloso aire de la libertad y viviremos nuestras vidas con normalidad. Para quienes eran arrojados a esas tinieblas por la Inquisición, no había tal certeza.

Y de pronto, como si no hubiera bastado con la claustrofobia, el hedor y los fantasmas, después de haber recorrido una docena de cámaras idénticas y un estrecho pasillo, el visitante entra en una sala cuadrada de techo abovedado y seis metros de lado. De las paredes cuelgan cuerdas y cables. A un lado hay una parrilla ennegrecida y en los muros, a unos dos metros por encima del suelo, una serie de argollas de hierro forjado de un palmo de diámetro. Y allí casi puedes sentir el sabor de la sangre. Si cierras los ojos, tal vez percibas una vaharada de hedor a carne quemada y oigas los gritos de agonía. En esta sala, el techo es alto por una buena razón, las argollas tenían un uso constante y la parrilla

siempre estaba envuelta en llamas. Es allí donde se encuentra el mismísimo corazón de las tinieblas, el epicentro del mal cristiano, la cámara de torturas de la Inquisición romana.

Lo poco de aquellas habitaciones que era conocido por los inocentes fieles cristianos bastaba para que un escalofrío de terror se deslizara por sus espaldas; porque cualquiera podía tener la desgracia de encontrarse yaciendo allí delante de un atizador al rojo blanco o tendido encima del potro. Pero hasta la Inquisición tenía grados de castigo y sutiles categorías de tortura. Para los culpables de crímenes relativamente leves contra la Iglesia y para los que se arrepentían, el *murus largus*, la «prisión ordinaria» o de «muros anchos». En ella los prisioneros podían reunirse y hablar y también se les permitía recibir cosas del exterior, incluyendo alimentos para complementar las parcas raciones que les proporcionaba el estado.

Pero para los culpables de delitos más graves o de extrema herejía que terminaban bajo las torretas del Castel Sant'Angelo, existía un régimen mucho más punitivo, el *murus strictus*, o prisión de «muros estrechos». En ella, el prisionero era mantenido en confinamiento solitario veinticuatro horas al día y tenía que subsistir con una dieta prácticamente de hambre que, empleando las palabras de uno de los padres fundadores de la Inquisición, Bernard Gui, constaba de «el pan del sufrimiento y el agua de la tribulación». Y para los casos extremos había un sistema todavía más draconiano, el *murus strictissimus*, lo que podríamos llamar una «supermazmorra» en la que el prisionero era encadenado por los tobillos y las muñecas. Nadie podía entrar en la celda y la comida era introducida a través de una rendija en la puerta. Esta forma de encarcelamiento se reservaba a los condenados por los crímenes más terribles contra la Iglesia.

Bruno fue clasificado en la categoría intermedia. Lo sabemos gracias a algunos documentos que se han conservado en los que se cuenta que pedía comida. Al igual que en el sistema veneciano, en aquellas mazmorras los prisioneros dependían de los envíos de co-

mida efectuados por familiares o amigos del exterior o de hermandades caritativas a las que se les permitía visitar ocasionalmente la ciudadela. Pero incluso entonces la mayor parte de las provisiones terminaba en las mesas de los guardias y funcionarios, y era muy poco lo que llegaba al prisionero. No es de extrañar que muchos huéspedes de la Inquisición murieran de hambre antes de que hubiera sido posible torturarlos adecuadamente.

Con todo, y en su deseo de transmitir una imagen de disciplina humana, la Inquisición romana disponía de reglas muy estrictas que guiaban la mano del torturador. Manuales con detalladas instrucciones para el inquisidor fueron redactados por la Inquisición papal en una fecha tan temprana como el siglo XIII, y dichos manuales se utilizaron hasta que la práctica finalmente fue ilegalizada cuatro siglos más tarde. «La tortura —decía el manual— debe ser llevada a cabo de acuerdo con la conciencia y la voluntad de los jueces, siguiendo los dictados de la ley, la razón y la buena conciencia. Los inquisidores siempre deben cerciorarse de que la sentencia de torturar está justificada y sigue los precedentes.»¹ Pero como todos los procedimientos de la Inquisición se llevaban a cabo en el más absoluto secreto, nadie sabe con exactitud qué horrores llegaban a perpetrarse en el nombre del Señor.

Y los inquisidores eran muy hábiles a la hora de burlar las reglas. El manual estipulaba que ningún prisionero podía ser torturado más de una vez de la misma manera. Pero aquello sólo suponía un pequeño inconveniente, ya que al inquisidor que deseaba repetir una tortura enseguida le bastaba con registrarla como continuación de la sesión anterior.

En los primeros tiempos de la Inquisición, a los sacerdotes les estaba vedado torturar porque en ese caso el Papa no hubiese podido permitir que luego atendieran las necesidades espirituales del pueblo laico; y los clérigos se limitaban a estar presentes en un papel supervisor mientras el trabajo sucio lo hacían torturadores profesionales. Pero en 1256 el papa Alejandro IV tuvo la ingeniosa ocurrencia de que si en cada sesión de tortura había presentes al

menos dos sacerdotes, podrían prescindir de la mano de obra contratada y luego absolverse el uno al otro incluso después de haber cometido los más diabólicos latrocinios físicos. La bula ordenaba a los provinciales de las órdenes mendicantes que asignaran «dos o más compañeros a los inquisidores para absolver a éstos de cualesquiera *irregularidades* que pudieran llegar a cometer durante su trabajo».

El manual también estipulaba que al prisionero no se le debía hacer sangrar. La razón de esto no está del todo clara, pero parece derivar de la idea de que si un prisionero era herido y sangraba profusamente, podría identificarse con Cristo y extraer así una nueva fortaleza interior. También cabe la posibilidad de que, al poner tanto cuidado en evitar el derramamiento de sangre, los inquisidores creyeran estar distanciándose de desagradables comparaciones con los perseguidores y torturadores de Cristo que habían derramado su sangre durante la crucifixión. Fuera cual fuese el origen de esta perversa forma de autolimitación, sólo significó que se le exigía un poco más de imaginación al torturador. Las únicas formas de malos tratos permitidas eran aquellas que causaban el máximo de dolor al mismo tiempo que mantenían intacto el cuerpo de la víctima.

En la ordalía del agua, al prisionero se lo obligaba a consumir grandes cantidades de agua, habitualmente mediante un embudo pero a veces a través de un trapo embutido en la boca. Una variación de esta tortura requería taponarle la nariz al prisionero y hacer que el agua gotease lentamente en su garganta, con lo cual se ahogaba. Acto seguido, el inquisidor permitía que el prisionero recuperase el aliento para reiniciar de inmediato el procedimiento y continuar hasta que se obtuviera una confesión.

La ordalía del fuego era la preferida por los inquisidores. Al prisionero, atado cuan largo era, lo colocaban delante de un gran fuego. Le recubrían los pies con grasa y el inquisidor lo acercaba a las llamas para que se le frieran los pies. Se podía colocar una pantalla protectora delante del fuego para dar al prisionero una opor-

tunidad de hablar, pero ésta sería apartada si la confesión resultaba insuficiente.

En el *strappado* o tortura de la polea, al prisionero le ataban los tobillos y las muñecas a la espalda. Después lo izaban hasta el techo mediante una gruesa cuerda y lo dejaban colgando de ella todo el tiempo que quisiera el inquisidor. Luego, sin aviso previo, se tiraba de una palanca, la cuerda se soltaba y el prisionero caía, pero la cuerda sólo cedía hasta que con una súbita sacudida el prisionero quedaba frenado a medio metro del suelo. Como si se tratara de un *puenting* llevado a cabo sin elástico, esto causaba múltiples dislocaciones y terribles dolores.

La rueda fue una de las primeras formas de tortura empleadas por la Inquisición y una de las más populares, y en una fecha tan tardía como 1761 todavía era utilizada por los extremistas católicos en las Indias Occidentales. En su variedad más suave, el prisionero, una vez atado a la rueda por las manos y los pies, era sometido a repetidas flagelaciones; pero si la confesión no llegaba, entonces se utilizaban barras de hierro para romperle las rodillas y fracturarle las extremidades.

No obstante, la técnica más célebre de la Inquisición fue el potro, un ingenioso artilugio que iba estirando lentamente el cuerpo del infortunado. Según las respuestas de la víctima, el inquisidor permitía que los torturadores apostados a cada extremo del potro accionaran los tornos a la velocidad indicada por él, desgarrando músculos y ligamentos hasta que, en casos extremos, las extremidades eran arrancadas y el cuerpo quedaba estirado al límite del desmembramiento y la hemorragia interna provocaba una muerte lenta y espantosamente dolorosa.

La máxima forma de tortura se reservaba a los prisioneros más tercos y los peores herejes. El *strivaletto* o *brodequins* consistía en cuatro planchas de gruesa madera atados a los tobillos con una gruesa cuerda. El inquisidor introducía cuñas de madera entre las planchas y los tobillos del prisionero, incrustándolas a martillazos. Si el prisionero continuaba negándose a dar información,

hasta ocho cuñas podían ser introducidas a martillazos antes de que los huesos de los tobillos quedaran pulverizados.

Los prisioneros solían confesar antes de que la tortura comenzase, ya que la mera visión de los instrumentos y una detallada descripción de lo que se les iba a hacer resultaba suficiente. Pero algunas víctimas demostraban una notable resistencia, o también podía ocurrir que sus sucesivas confesiones fueran consideradas inadecuadas. En esos casos, los inquisidores utilizaban la intimidación y el poderoso recurso psicológico de mantener al prisionero en un estado de pánico aparentemente interminable. Retrasando la tortura y dando tiempo al prisionero para que pensara en los horrores que le aguardaban, los inquisidores solían obtener la información que deseaban. En muchas ocasiones luego torturaban igualmente al infortunado empleando el fuego, el agua y la cuerda.

Algunos papas hicieron un sincero intento de controlar las prácticas de la Inquisición. En 1306, Clemente V ordenó una investigación sobre el uso de la tortura, y su sucesor, Juan XXII, legisló limitando su práctica. En uno de sus decretos papales, prescribió que se añadiera a las reglas que «la tortura sólo debe ser utilizada con madura y minuciosa deliberación». Lo que por supuesto no significaba nada, y sirvió de menos. Posteriormente Juan dictó otra instrucción estipulando que un inquisidor necesitaba el consentimiento del obispo de una provincia para poder someter a tortura a un prisionero. Pero naturalmente esta declaración también fue desvirtuada para cometer toda clase de abusos.

Los registros oficiales correspondientes a los siete años que Bruno pasó en el Castel Sant'Angelo son muy escasos, por lo que no podemos determinar con certeza si fue torturado a fondo o no. No obstante, es difícil imaginar a un hombre con el historial de Bruno pasando tanto tiempo en las prisiones de la Inquisición romana sin que llegara a padecer las sádicas atenciones de sus carceleros y acusadores. Sabemos qué clase de maldades perpetraban

aquellos hombres y los sentimientos que les inspiraba Bruno, quien tal vez fuera el hereje más aborrecido de su tiempo o de cualquier época. Y, si logró escapar de alguna manera al *strappado*, el *strivaletto* y los demás horrores, entonces las largas temporadas de oscuridad, noche absoluta y completo aislamiento deben de haber sido suficiente tortura.

CAPÍTULO OCHO

En las prisiones de la Inquisición

Les demostraremos que son débiles, que no son más que unos patéticos niños, que la más dulce de las felicidades es la felicidad infantil. Se volverán tímidos, empezarán a mirarnos y a apretarse contra nosotros, medrosamente, como los polluelos contra la clueca. Se sorprenderán, se estremecerán de horror ante nosotros, y se sentirán orgullosos de nuestro poder y nuestra inteligencia, de que hayamos sido capaces de someter un rebaño tan turbulento de miles de millones de hombres. Temblarán, sin fuerzas, ante nuestra cólera; sus inteligencias se nublarán; de sus ojos manarán frecuentes lágrimas, como ocurre con los niños y las mujeres, pero con la misma facilidad y a voluntad nuestra pasarán a la alegría y a la risa, a la alegría luminosa y la feliz cancioncita infantil. [...] Oh, sí, les daremos permiso para que pequen, pues son criaturas débiles e impotentes, y nos amarán como niños porque les permitimos pecar.

FEDOR DOSTOIEVSKI, «El Gran Inquisidor»,
*Los hermanos Karamazov**

* Traducción de Augusto Vidal, Editorial Bruguera, mayo de 1979.

Los archivos cuentan que Bruno fue «encarcelado en la prisión de la Inquisición romana el 27 de febrero de 1593».¹ Pero después de eso y durante casi seis años, prácticamente no se sabe nada más acerca de él. Ningún documento oficial concerniente a los primeros seis años de Bruno en la prisión romana ha sobrevivido. Nuestro conocimiento de esa época procede únicamente de atisbos fugaces, relatos fragmentarios, informes de visitantes ocasionales y las experiencias de anteriores herejes.

Se han hecho varios intentos de explicar esta carencia, pero ninguno resulta enteramente satisfactorio. Es posible que Bruno simplemente fuera mantenido en confinamiento solitario y no volviese a comparecer ante la Inquisición entre 1593 y 1599. Otra teoría afirma que la Inquisición tardó todo ese tiempo en recoger información sobre Bruno. Pero aunque la Iglesia se movía con extrema lentitud, seis años es un período demasiado largo para llevar a cabo dicha tarea: la mayoría de las obras de Bruno eran relativamente fáciles de obtener, y los funcionarios papales tenían vastos recursos a su disposición. Todo eso sugiere que se llevó alguna clase de registro oficial, pero que los documentos simplemente se han perdido.

Clemente VIII, que había accedido al papado en 1592, era un pontífice relativamente liberal; en tanto que sus dos principales consejeros, Roberto Belarmino y Santoro di Santa Severina, eran muy duros con todo aquello que fuese en contra de la doctrina. Clemente había demostrado ser un magnífico diplomático. En 1595 supervisó la aceptación por parte de Europa de Enrique de Navarra como legítimo rey de Francia al mismo tiempo que conseguía apaciguar a Felipe de España, quien también tenía derecho a aspirar al trono. Es muy posible que en su fuero interno Clemente admirase el valor de Bruno y su intelecto, y que deseara sinceramente devolverlo a la ortodoxia.

Belarmino, el teólogo personal del Papa, era el académico más distinguido del Vaticano, un jesuita que, cuando Bruno fue encarcelado, llevaba casi veinte años como profesor de teología. Cle-

mente recurría a Belarmino en todas las cuestiones de doctrina, y fuera cual fuese el problema, su consejero siempre le ofrecía una sabiduría tan clara como convencional. Belarmino rechazaba todos los aspectos de la teoría heliocéntrica copernicana e hizo más que ninguna otra persona de su época para contener la marea secular del progreso intelectual, con lo que se ganó el epíteto de «martillo de los herejes». Desconfiaba de la ciencia y las matemáticas, y mucho después de la ejecución de Bruno hizo todo lo que pudo para rebatir las ideas de Galileo. Durante su carrera incluyó una larga y variada lista de libros en el *Index Librorum Prohibitorum*.

Severina no era ningún intelectual, pero aborrecía a la herejía en todas sus formas. Imperialista hasta la médula, imaginaba al Vaticano como un super-estado que estaría investido del máximo poder terrenal al mismo tiempo que administraba el eslabón que unía a Dios con la humanidad. Cuando Clemente fue elegido Papa en 1592, Severina se convirtió en un hombre amargado y su resentimiento proporcionó un nuevo combustible a su agresiva visión del mundo y el papel que la Iglesia debía desempeñar en él, haciendo que su sed de sangre se agudizara todavía más.

Es tan poco lo que sabemos acerca de los seis primeros años de Bruno en la prisión romana que no podemos determinar quién fue responsable del trato que se le dispensó. El deseo de perseguir y la obsesión por el tormento físico que caracterizaban a Severina tal vez hicieron que Giordano Bruno fuera objeto de una atención especial por parte del cardenal, en cuyo caso habrá sufrido repetidos episodios de severa tortura y padecido privaciones casi inimaginables. Pero es igualmente posible que Clemente se interesara personalmente por el filósofo de Nola y consiguiera atemperar la ferocidad de Severina.

Por desgracia, no contamos con relatos de testigos oculares acerca de cómo fue tratado Bruno, y si se llevó alguna clase de registro oficial de sus torturas por parte de la Inquisición, éste también ha desaparecido. Lo único que conocemos es la manera en

que sus contemporáneos y otros herejes fueron tratados por sus carceleros y acusadores. El ejemplo más destacado es el de Tommaso Campanella, un hombre al que se suele comparar con Bruno y un hereje al que tanto Roberto Belarmino como Severina conocían muy bien, ya que fueron ellos quienes lo encarcelaron y aconsejaron su tortura.

En 1591, cuando Bruno estaba a punto de regresar a Italia, Campanella, un mago peripatético, publicó un tratado filosófico que indignó al Santo Oficio y condujo a su encarcelamiento en Roma, donde pasó la mayor parte del cuarto de siglo siguiente padeciendo repetidas torturas y confinamiento en solitario. Un amigo al que se permitió visitar a Campanella describió su estado de la siguiente manera: «Tenía las piernas amoratadas y las nalgas casi sin carne, la cual le había sido arrancada trozo a trozo para obtener una confesión de los crímenes de que lo acusaban.»² Entre 1594 y 1595, Campanella fue torturado un total de doce veces, y la última sesión se prolongó hasta alcanzar la asombrosa duración de cuarenta horas. No hay razón para creer que Bruno fuera tratado de distinta manera.

Bruno pasó largos períodos yaciendo en silencio, abandonado en un estado perpetuo de cuasi-inanición con su celda sumida en una oscuridad casi total, húmeda como una tumba en la que nada se movía, gélida en invierno y un horno carente de ventilación en verano. Y como contrapunto a las visitas del inquisidor, entre el atizador al rojo blanco y la cuerda mojada que se iba tensando, estaban los largos, largos lapsos de ausencia de tiempo e interminable soledad, con sus pensamientos como única compañía. ¡Y qué pensamientos debieron de ser, porque Bruno era un maestro del arte de la memoria y su habilidad era una espada de doble filo! Por una parte, podía recordar los millones de imágenes que almacenaba en su mente, rememorando detalles de su pasado para aliviar con ellos el dolor físico y la desgarradora soledad. Pero, por otra, ese talento

debió de haber representado otra tortura para él, porque una memoria tan precisa sin duda destilaba sueños de libertad y ofrecía recuerdos de sol y aire fresco que lo hacían anhelar la fuga.

Empleando la antigua técnica con que estaba tan familiarizado, Bruno podía volver a ver el curso de su vida. Allí estaba el muchacho que jugaba en la aldea de Nola cerca de las laderas del Vesubio. Había nacido junto a un volcán y había cenizas en su sangre. Venía del fuego, y al fuego regresaría. Y a partir de aquel niño había ido creciendo el joven rebelde y discutiador que sacaba de quicio a los padres dominicos cuando se oponía al dogma que se enseñaba en el monasterio. Por eso, huyendo de Santo Domingo en el silencio de la noche, Bruno se enfrentó a un largo y oscuro camino donde el peligro acechaba en cada recodo. Podía volver a ver la Roma de 1576, pero algunos recuerdos se difuminaban entre las sombras incluso para él. ¿Qué había ocurrido realmente aquella noche en el puente? ¿Realmente había cometido un asesinato? ¿Había caído su hermano dominico al agua o fue empujado? Podía ver el rostro del hombre y oler el aroma de la traición, y luego ver el miedo en sus ojos cuando retrocedía en el frío aire nocturno hasta caer al agua.

Y una vez más los caminos, París, la devastación, una gloria arruinada. Luego podía ver a Enrique, su querido Enrique, tan lleno de vida y curiosidad. Y tantos otros. Conversación, conversación constante, la excitación del debate, el súbito iluminarse con la comprensión de un rostro joven. Más allá de la sala de disertaciones, los laboratorios de sus amigos, que se esforzaban por descubrir encantamientos imposibles, secretos ocultos en el mundo secreto de los alquimistas y los magos de Europa. Podía volver a ver el crisol ennegrecido, oler la mezcla asfixiante de los productos químicos, ver bailar la luz encima de las gotitas de mercurio. Y en su cama, mujeres blancas y jóvenes, dulces aromas femeninos que abrumaban sus fosas nasales contaminadas. La oscura caverna platónica y la fantasía de la piedra filosofal no eran para él, porque Bruno tenía otras ambiciones, sueños que hacer realidad.

¿Podía recordar ahora el momento en que concibió su gran plan? Tal vez fue la figura de Enrique la que lo inspiró, quizá fue ese rey el que lo animó a creer que el mundo podía ser cambiado mediante la razón y el intelecto. ¿Cómo había llamado al monarca? Ah, así: «El más cristiano, santo, religioso y puro de los monarcas.»³ Pero al final Enrique le había fallado y por eso volvió la mirada hacia Isabel, la reina hereje. Y con ello partió hacia Inglaterra. Allí había impresionado a la corte, pero subestimó a la reina inglesa. Como todos los ingleses, Isabel sólo quería evitar riesgos y mantener el estatus quo. Para alcanzar sus metas sólo le valían los métodos más prosaicos, aquellos ya usados y comprobados mil veces.

Los ingleses lo habían decepcionado bastante. En Oxford, los hombres más elocuentes del país defendían tonterías aristotélicas. Decían ser eruditos y estudiosos, pero en realidad estaban, bien lo sabía él, tan ciegos a la verdad como aquellos sacerdotes que acariciaban sus rosarios y doblaban la rodilla ante el estúpido presuntuoso del Vaticano. Los maestros de Oxford habían expulsado a Bruno de su universidad, pero él había reconocido las razones de su veneno y sabía que se trataba del veneno de los celos, aquella energía ávida y codiciosa. Pero todavía podía recordar la manera en que se lo había hecho pagar con su siguiente libro. «Id a Oxford —había escrito—, y haced que os cuenten las cosas que le ocurrieron al Nolano cuando discutió públicamente con aquellos doctores en teología. Haced que os cuenten con qué facilidad pudimos responder a sus argumentos.»⁴

Más tarde, nuevamente en Europa. La sombra de la Inquisición nunca estaba muy lejos, y Bruno había aprendido a no confiar en nadie. Pero seguía sintiéndose consumido por el deseo de cambiar las cosas, de mejorar el alma de los hombres. Había fracasado en dos ocasiones, y ahora sabía que si iba a mejorar al hombre primero tendría que mejorar sus métodos. En Alemania había hecho un fugaz intento de establecer su propio culto e ir más allá de la mera filosofía. Contaba con apoyos, y habían sido muchos

los que cuidarían de él mientras se concentraba en fundar una nueva religión.

Pero aquello no había prosperado, y ahora no podía recordar por qué. Cuando intentó conjurar las imágenes, descubrió que no le venía nada a la mente. Y allí estaba, sumido en la oscuridad mientras empezaba a dudar de sí mismo. Se acurrucó en un rincón de su celda, intentando no percibir el hedor a cloacas y humedad, negándose a escuchar el gotear del agua y los gritos de otros prisioneros agonizantes en celdas cercanas. ¿Habría sido un fraude? ¿Se habría estado engañando a sí mismo durante tantos años? ¿Y si todo lo que había llegado a afirmar sólo fuese una mera repetición carente de valor? Por un instante se precipitó en una incontrolable espiral y notó cómo la frente se le perlabá. Un sudor helado cubrió todo su cuerpo. Podía ver ante él el ávido rostro del inquisidor y las llamas, siempre las llamas. Podía oír el crujir del potro, sentir el agua anegando su garganta y cómo se ahogaba, ardía y caía desde el techo. La tortura emocional era casi insoportable. ¿Y si estaba equivocado? ¿Y si estaba padeciendo por nada, por nadie? ¿Y si las llamas del infierno realmente lo estaban esperando? Si el Papa realmente hablaba por boca de Dios, entonces lo único que podía esperar era la condena, primero ser quemado vivo y luego la condena eterna.

Pero entonces llegó el cálido resplandor de la fe, la evidencia, la confianza en sí mismo y la certeza. Por fin se acordaba de su nuevo propósito y de cómo había comprendido que sólo un hombre en la tierra podía hacer que sus planes fructificaron. A partir de ese momento supo qué debía hacer, y cuando el muy idiota de Mocenigo le envió sus cartas, las consideró una señal, una confirmación de que había hecho el mayor descubrimiento de toda su vida.

Había controlado todo su plan con consumada habilidad. Había hecho esperar a Mocenigo, jugando con él hasta hacerlo enloquecer de impaciencia. La temporada pasada en Padua había sido un auténtico golpe de genio que incrementó la frustración de

su suplicante mecenas hasta extremos casi insoportables. Sabía cómo actuaba la Inquisición. ¿Cómo no iba a saberlo, cuando los inquisidores llevaban toda la vida siendo sus enemigos? Sabía que querían tenerlo a buen recaudo, especialmente allí en Venecia donde todos se preocupaban tanto por la imagen pública.

Su comportamiento ante el tribunal había sido impecable, una auténtica obra maestra; lástima que nadie lo hubiera apreciado en sus justos términos. Él sabía que su caso plantearía serios problemas a los venecianos. Sabía que no lo quemarían, pero que tampoco lo dejarían en libertad. Había apostado por un juego muy peligroso, pero creía que al final las cosas saldrían bien. Si los venecianos lo dejaban en libertad, habría una posibilidad de que pudiera permanecer en Venecia sin ser molestado y de que se le permitiera enseñar allí. Si los venecianos se inclinaban ante Roma, entonces tendría ocasión de establecer contacto directo con el Papa y de llevar a cabo su misión, convirtiendo al mismísimo Santo Padre y guiando de esa manera al mundo hacia un nuevo amanecer.

Había faltado muy poco para que saliera bien. Todo había ido según el plan, hasta que Bruno cometió un error fatal. Había sobrestimado el poder del Papa, creyendo ingenuamente que Clemente no tenía que rendirle cuentas a nadie; que, habiendo oído hablar del extraordinario Bruno, el Santo Padre querría entrevistarse inmediatamente con él. Pero ahora sabía que cuando se trataba de modificar la doctrina aunque sólo fuese en una coma, Clemente se encontraba tan maniatado como los demás. Y finalmente su plan lo había llevado a la cárcel de los inquisidores. El futuro sólo le reservaba agonía, agonía y muerte.

La primera constancia de alguna forma de juicio celebrado en Roma data del 14 de enero de 1599, unos cinco años y once meses después de que Bruno fuera encarcelado en la ciudad. Una congregación formada por ocho cardenales, siete coadjutores y un notario oficial estuvo presente.

Los miembros más poderosos de la congregación eran Severina y Belarmino (quien sería nombrado cardenal ese mismo año). Los archivos cuentan que los libros de Bruno habían sido estudiados junto con las actas de su juicio veneciano, y que dicho examen había producido una larga lista de perniciosas herejías. Éstas fueron leídas ante la congregación y acto seguido se seleccionó a ocho de las más terribles, acordándose que los papeles y manuscritos serían sometidos a un segundo estudio en busca de aberraciones todavía más espantosas.

Por desgracia, las actas no especifican cuáles fueron las ocho herejías escogidas, y éstas no fueron citadas en comparecencias posteriores. Bruno siguió negando haberse comportado como un hereje o haber escrito ningún material herético.

En la mayoría de los juicios de herejes, dicha negativa ofrecería algunas pistas sobre la naturaleza de los cargos, pero no ocurre así con el filósofo de Nola. Muchos herejes aceptaban que se los tachara de tales, pero el concepto que Bruno tenía de la herejía era muy distinto del de sus acusadores. Aceptaba las creencias religiosas básicas —la existencia de Dios, la importancia de Cristo, la santidad de la comunión— y las defendía con incontestable firmeza. Pero el entendimiento religioso de Bruno era mucho más amplio que el de aquellos cardenales consagrados a la ortodoxia. Para Belarmino, Severina y los otros jueces a que se enfrentaba Bruno, la noción de que pudiera existir vida más allá de la Tierra, la idea de que Dios podía no haberse limitado a crear un solo hogar para la vida, de que todas las cosas están interconectadas en algún nebuloso plano espiritual y la Santísima Trinidad no era más que una confusión de términos, debió de resonar con los más profundos tonos de la herejía y constituir una ofensa que sólo podía ser purgada mediante el poder purificador de las llamas. Bruno no consideraba que aquello fuese herético y, con su propio e inimitable estilo, podía encontrar maneras de fusionar aquellas ideas y opiniones con todos los elementos de la ortodoxia que tanto proclamaba honrar.

En una segunda congregación celebrada tres semanas después, seis cardenales, siete coadjutores y un notario se reunieron y Bruno fue llevado ante ellos para que respondiera a los cargos de herejía. Las actas dicen que el acusado presentó argumentos en contra de cada uno de los ocho puntos, pero no cuentan lo que dijo. De hecho, aparte de la descripción de la comparecencia hecha por el notario, el otro fragmento que ha sobrevivido es una nota en el archivo escrita por una mano distinta a la del notario: «Su Santidad decreta y ordena que le sea comunicado por el padre en teología, Belarmino, y el comisario que todas esas proposiciones son heréticas, y que no son declaradas como tales ahora por primera vez, sino que así se las declaró por los más antiguos padres de la Iglesia y por el Trono Apostólico. Si se admite esto, bien; si no, se concederá un término de cuarenta días.»⁵

Esta declaración indica la existencia del conflicto que se había estado gestando durante los seis años que Bruno pasó encarcelado en Roma. Muestra un tono severo a la hora de reiterar las acusaciones de herejía, pero también ilustra la existencia de un notable grado de tolerancia al ofrecer a Bruno cuarenta días más para que se retracte.

Los cuarenta días se convirtieron en más de nueve meses. Lo que tuvo lugar entre el prisionero y los acusadores tampoco nos es conocido. Lo más probable es que Bruno argumentara su caso con tal habilidad que los eruditos jueces vacilaran acerca de cómo tratarlo dentro de los límites de la ley eclesiástica. Ya que no otra cosa, la ampliación del período de gracia concedida a Bruno demuestra hasta qué punto se sentían confusos sus acusadores, faltos de acuerdo sobre los detalles de sus afirmaciones y desgarrados por las emociones encontradas que aquel hombre suscitaba en ellos. Belarmino habría argumentado que el hereje estaba totalmente equivocado y que sus declaraciones eran meras fantasías sin valor alguno. Pero necesitaba que Bruno admitiera tal cosa, que se retractara de sus afirmaciones y confirmara su falsedad. Belarmino todavía no estaba preparado para limitarse a conseguir que

Bruno fuera llevado a rastras hasta la hoguera sin previamente haber salido «vencedor de la discusión» ante sus colegas. Severina, un hombre de calibre muy distinto, al que los juegos intelectuales le importaban muy poco, haría cuanto estuviese en su mano para convencer al Papa de que Bruno debía arder lo más pronto posible. A los ojos de Severina, aquel pequeño hereje particularmente untuoso no era una mera espina clavada en el costado de la Santa Sede, sino una amenaza tangible para la estabilidad de la Iglesia. Y aun así, aquellos hombres no podían firmar la sentencia de muerte de Bruno. Por mucho que pudieran manipular y coaccionar, necesitaban contar con el apoyo de Clemente y la voz de éste seguía siendo la de la tolerancia. Pero incluso la célebre paciencia de aquel Papa tenía su límite.

El *Sacro Arsenale*, el «manual» del inquisidor, nos informa de que «si el reo niega las acusaciones y éstas no son plenamente probadas y éste, durante el plazo que le ha sido concedido para preparar su defensa, no se ha exonerado de las imputaciones que resultan del proceso, entonces es necesario sacarle la verdad mediante un riguroso examen». En otras palabras, que al hereje se le concede un período de tiempo para retractarse, y si no lo hace debe ser torturado hasta arrancarle una confesión.

Es casi seguro que Bruno tuvo que enfrentarse a la tortura durante este período de su encarcelamiento, tanto a la sancionada oficialmente por Clemente como a la que era llevada a cabo fuera del alcance de la mirada papal. Fue durante esa misma etapa del proceso contra Tommaso Campanella cuando éste llegó a ser tan implacablemente mutilado en un intento de obligarlo a repudiar sus opiniones humanistas, y podemos estar casi seguros de que el fuego, el agua, el acero y la cuerda fueron empleados para conseguir que Bruno volviera a poner al Sol en órbita alrededor de la Tierra y aniquilar así el espectro de unos seres no humanos que respiraban otras atmósferas creadas por Dios.

Una vez más, no hay informes ni relatos de testigos oculares que describan las cicatrices de Bruno y su piel desollada, pero la

huella de los inquisidores y la maldad que iluminó aquella celda sumida en las tinieblas con el fuego del torturador se halla presente en la irresistible terquedad y resolución exhibidas por Bruno durante sus últimos meses. Porque la tortura sólo servía para fortalecer sus convicciones. En vez de derrumbarse ante los horrores que le eran infligidos, Bruno contraatacó negándose a ceder y soportando el martirio. Conforme pasaban los días y rebatía cada punto doctrinal que era presentado contra él, y a medida que iba viendo cómo su sueño de establecer un contacto personal directo con Su Santidad se disolvía en la nada, Bruno supo que la esperanza que lo había sostenido era inalcanzable y que ahora lo aguardaba un nuevo papel.

El 21 de diciembre de 1599 volvió a ser llevado ante la Inquisición. Esta vez tenía delante a nueve cardenales, entre ellos Belarmino y Severina. Bruno volvió a argumentar su postura, pasando revista uno por uno a las ocho acusaciones de herejía. «Fue escuchado —dice el informe— acerca de todas sus pretensiones.» Cuando se le preguntó si se retractaba, dijo: «No lo haré. No tengo nada a lo que deba renunciar, y tampoco sé a qué debería renunciar.» Adiós a Bruno el actor. Adiós a aquel Bruno que había orquestado su propio arresto y había manejado a la Inquisición veneciana con la misma destreza con que un virtuoso pulsa las cuerdas de su Stradivarius. En su lugar había un hombre templado por el dolor, endurecido por la determinación y el ensimismamiento.

Pero, asombrosamente, Clemente calmó la furia de los cardenales y éstos no llegaron a dar el último paso. Bruno los sacaba de quicio a todos, pero también todos, cada uno a su manera, estaban decididos a doblegarlo. Bruno había demostrado ser inquebrantable, y la agonía física sólo servía para reforzar su determinación. Probarían con otro método.

«Así pues, se decidió —nos cuenta un fragmento de informe— que su falsa y ciega doctrina debía serle hecha manifiesta, e Hipólito María Beccaria y Paolo della Mirandola fueron nombra-

dos para que traten con el susodicho hermano y le señalen las proposiciones de las cuales tiene que abjurar, de tal manera que pueda reconocer sus errores y enmendarse y retractarse; y de esa manera recibir todo el bien que pueda lo más pronto posible.»⁶

Y así, a lo largo de las festividades navideñas y hasta entrar en el nuevo siglo, los dos académicos nombrados por el tribunal visitaron a Bruno. Día tras día se sentaban en su celda y debatían los más sutiles detalles de sus ideas y su doctrina herética tal como ésta había sido expuesta en sus muchos libros y disertaciones. Ambos académicos —tanto el general de la Orden de los dominicos, el padre Hipólito María Beccaria, como el procurador de la Orden, el padre Paolo della Mirandola— eran dos acólitos de Belarmino, por supuesto. Una figura tan augusta como el recién nombrado cardenal nunca se rebajaría a visitar personalmente a Bruno, pero sus representantes lo sirvieron fielmente en la ingrata tarea de tratar de apartar a Bruno de sus convicciones, desviándolo del camino que se había trazado para sí mismo.

Clemente también quería establecer alguna clase de contacto con aquel hombre a quien nadie podía doblegar. Envío a su confesor personal, el cardenal Cesare Baronio, para que hablara con el hereje. Baronio —un intelectual que por entonces tenía a medio redactar los doce volúmenes de su obra maestra de la postura contrarreformista, los *Annales Ecclesiastici*, y que absolvía diariamente al Papa en el confesionario— informaba detalladamente cada día a Clemente de las conversaciones que mantenía con Bruno. Pero está claro que Baronio nunca consiguió ganarse la confianza del Nolano, porque de haberlo hecho habría proporcionado la clase de conexión personal con Clemente que tanto anhelaba Bruno. El hecho de que aquellas conversaciones no produjeran ningún resultado tangible sugiere que Bruno y el cardenal Baronio no llegaron a establecer ninguna clase de entendimiento. Además, Baronio tampoco consiguió alterar un ápice las convicciones de Bruno. Y los sicarios de Belarmino, Hipólito María Beccaria y Paolo della Mirandola, tampoco tuvieron éxito en su empresa.

El 20 de enero Bruno volvió a comparecer ante la congregación, esta vez formada por Severina, Belarmino y siete cardenales más. Se le volvió a preguntar si estaba dispuesto a retractarse. Bruno se negó categóricamente, sabiendo que ya había dejado muy atrás el momento en que podía esperar algo que no fuese la muerte entre las llamas. Si se retractaba sería quemado vivo, y si no lo hacía también sería quemado vivo. Ya nada podía ayudarlo.

Diecinueve días después, fue llevado nuevamente ante los cardenales y se le preguntó por última vez si estaba dispuesto a retractarse. No lo estaba. Así pues, la larga y cruel sentencia fue leída: «En el día 4 de febrero de 1599, hace un año, se determinó que las ocho proposiciones heréticas debían volver a serte presentadas, y esto se hizo el día 15, para que las reconocieras como heréticas y abjuraras de ellas, y luego serías recibido para hacer penitencia; pero, en caso de que no lo hicieras, deberías ser condenado en el cuadragésimo día a partir de entonces para el arrepentimiento; y te declaraste dispuesto a reconocer aquellas ocho proposiciones como heréticas y a detestarlas y abjurar de ellas en el momento y lugar que pudieran convenir al Santo Oficio, y no sólo aquellas proposiciones, sino también las demás que te fueron mostradas. Pero posteriormente, dado que presentaste nuevos escritos al Santo Oficio dirigidos a Su Santidad y a Nosotros, poniendo de manifiesto con ello que te adherías pertinazmente a los mencionados errores, y habiéndose recibido información en el Santo Oficio de Vercelli de que habías sido denunciado porque en Inglaterra se te consideró ateo y compusiste una obra acerca de una Bestia Triunfante, por todo eso pues, el 10 de septiembre de 1599 se te concedieron otros cuarenta días para arrepentirte, y se determinó que al final de dichos días se debería emprender procedimiento contra ti tal como viene ordenado y prescrito por la Sagrada Ley Canónica; y dado que aun así permaneciste obstinado e impertinente en los mencionados errores y herejías, te fueron enviados el reverendo padre Hipólito María Beccaria y el padre Paolo Isario della Mirandola para persuadirte de que reconocieras

tus gravísimos errores y herejías. Pero tú has seguido persistiendo con contumaz obcecación en dichas opiniones erróneas y heréticas. Por consiguiente, la acusación presentada contra ti ha sido examinada y tomada en consideración junto con la admisión de tus pertinaces y obstinados errores y herejías, pese a que tú negabas que fueran tales, y todo lo demás fue observado y tomado en consideración; tu caso fue presentado ante nuestra Congregación general celebrada en presencia de Su Santidad el 20 de enero pasado, y después de votación y resolución hemos decidido la siguiente sentencia.

»En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de Su Gloriosísima Madre la Virgen María en la causa y las causas instruidas ante el Santo Oficio entre, por una parte, el reverendo Giulio Montenrenzi, doctor en leyes y procurador fiscal del susodicho Santo Oficio y, por la otra, el ya mencionado Giordano Bruno, el acusado, examinado, llevado a juicio y encontrado culpable, impertinente, obstinado y pertinaz, en esta nuestra sentencia final determinada por el consejo y la opinión de nuestros asesores los reverendos padres, maestros en sagrada teología y doctores en ambas leyes, publicamos, anunciamos, pronunciamos, sentenciamos y te declaramos a ti, Giordano Bruno, hereje impenitente y pertinaz, por lo que has incurrido en todas las censuras y penas eclesiásticas del Santo Canon, las Leyes y las Constituciones, tanto generales como particulares, aplicables a los herejes confesos, impenitentes, pertinaces y obstinados. Y por considerarte como tal te degradamos verbalmente y declaramos que debes ser degradado, y por la presente ordenamos y prescribimos que seas degradado en la totalidad de tus nueve órdenes eclesiásticas, tanto mayores como menores, en las cuales has sido ordenado, según la Sagrada Ley Canónica: y que debes ser expulsado, y por lo tanto te expulsamos de nuestro foro eclesiástico y de nuestra santa e inmaculada Iglesia de cuya clemencia te has vuelto indigno. Además, condenamos, reprobamos y prohibimos todos los libros y escritos tuyos antes mencionados y cualesquiera otros como heréticos y erróneos, y

ordenamos que todos los que hayan llegado o puedan llegar en el futuro a manos del Santo Oficio sean públicamente destruidos y quemados en la plaza de San Pedro delante de la escalinata y que sean puestos en el Índice de Libros Prohibidos, y como hemos ordenado, así se hará.»⁷

Y aquí es donde empezó nuestra historia, ante esta congregación del 8 de febrero. En aquella ocasión, la carta personal de Bruno al Papa fue abierta pero no llegó a manos del pontífice. Pero naturalmente, a aquellas alturas eso apenas si tenía importancia, porque ya había pasado el momento en que algo habría podido alterar la opinión de los jueces de Bruno y ahora éstos ya no podían ser influidos por nada. Cuando el mundo entró en un nuevo siglo, voces nerviosas se elevaron en el Vaticano. La noticia del surgimiento de cultos fanáticos que creían en el avènement de una era antecatólica que desestabilizaría Europa llenó de nuevos temores a los cardenales. Y debido a ello, la ejecución de Bruno se convirtió en un imperativo. Además, otro factor que impulsó a actuar a la Inquisición provino de los españoles, quienes mantenían una estrecha alianza con el Vaticano.

Pocos meses antes de la última comparecencia de Bruno, la Inquisición española, un organismo que actuaba independientemente de sus colegas romanos, había aplastado un levantamiento religioso protagonizado por dominicos descontentos a los que encabezaba otra figura muy odiada por la Inquisición, Tommaso Campanella. Éste había enardecido a un pequeño grupo de dominicos herejes para que protestaran contra su Orden y propagaran la idea de que el año 1600 traería consigo una revolución global dentro de la Iglesia y remodelaría el catolicismo. Dicho levantamiento fue conocido como la Revuelta Calabresa porque se inició en Calabria (actualmente parte del sur de Italia), un área por entonces bajo dominio español. A causa de ello los españoles estaban más preocupados por la llegada del nuevo siglo que la Oficina

Papal, de manera que cuando, a principios de 1600, una pareja adúltera de la corte papal huyó a territorio español y fue hecha prisionera, enseguida se acordó un intercambio de favores: la pareja sería extraditada a Roma si Bruno era quemado vivo.

Pero el Santo Oficio ya había decidido el destino de Bruno, y la única pregunta que quedaba por responder era cuándo debería llevarse a cabo. Puede que los inquisidores decidieran adelantar la ejecución para tranquilizar a sus vecinos españoles, pero ni siquiera eso es seguro. A esas alturas Clemente ya había agotado sus últimas reservas de paciencia para con el maltrecho hombrecillo, y dejó de interponerse en el camino de sus cardenales. Belarmino se había resignado a obtener una victoria pírrica, ya que no podía conseguir que Bruno se retractara. Y así fue cómo llegó a representarse una escena final en la que otro disidente sería sacrificado sobre el altar del dogma, uniéndose a los cientos de miles de asesinados en el nombre de la ortodoxia.

Sacado de la congregación y entregado ese mismo día al brazo secular, Bruno fue llevado al lugar donde tendría que prepararse para la escena final y las llamas que lo aguardaban.

Cae el telón

Oh dificultades que soportar, clama el cobarde, el vele-
ta, el que carece de ánimo, aquel que tiene la cabeza llena
de pájaros. La tarea no es imposible, aunque sí difícil. El
pusilánime debe hacerse a un lado. Las tareas fáciles son
para el rebaño y las personas vulgares. Los hombres excep-
cionales, heroicos y divinos superan las dificultades del ca-
mino y arrancan una palma inmortal de la necesidad. Tal
vez no llegues a alcanzar tu meta, pero aun así corre la ca-
rrera. Invierte tus fuerzas en tan alta empresa. Sigue lu-
chando con tu último aliento.

GIORDANO BRUNO,
La cena del miércoles de Ceniza

La mañana de su ejecución, Giordano Bruno fue visitado por miembros de la Hermandad Misericordiosa de San Juan el Decapitado, un grupo que atendía a los herejes en un último esfuerzo por lograr aquello que la Inquisición no había conseguido, es decir, devolverlos mansamente al seno de la única fe verdadera. Por los archivos de la Hermandad sabemos que «en la segunda hora de la noche, se supo que por la mañana se administraría justicia a un fraile impenitente. Por tal razón, a la sexta hora de la noche los confortadores y el capellán se reunieron en Santa Ursula y fueron

a la prisión de la Torre de Nona, entraron en la capilla y ofrecieron las plegarias de invierno. A ellos les fue entregado el hombre, Giordano Bruno, hijo de Gioan Bruno, un fraile apóstata de Nola, un impenitente. Fue exhortado por nuestros hermanos con el máximo amor posible, y dos padres de la Orden de Santo Domingo, dos de la Orden de Jesús y uno de San Jerónimo también fueron llamados. Éstos le mostraron su error con gran erudición y solícito celo, mas él se mantuvo firme y persistió hasta el final en su maldita obstinación, dirigiendo su cerebro y su mente hacia mil errores y vanaglorias.»¹

¿Qué debió de pensar Bruno durante aquellas últimas horas? ¿Sucumbió a la desesperación, finalmente? ¿Llegó a la conclusión de que siempre había estado equivocado? ¿O se sintió reivindicado, seguro de que su pensamiento sobreviviría a las llamas? ¿Se preguntó quizá si muy lejos de allí, en aquellos otros mundos que imaginaba, otras criaturas quemaban también a sus soñadores?

A las cinco y media de la mañana del 19 de febrero, jueves y día festivo en Roma, Bruno fue sacado de Santa Ursula con cadenas y grilletes. Vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos, iluminada con la cruz de San Andrés y llena de diablos pintados que alzaban sus largas colas puntiagudas sobre un telón de llamas carmesíes toscamente dibujadas a brochazos. La ruta a seguir estaba llena de curiosos y personas virtuosas. Se había dado gran publicidad a aquella quema. Incluso se había llegado a imprimir una primitiva forma de folleto, *Avvisi e ricordi*, para informar del acontecimiento: «Se espera una quema judicial muy entretenida», aseguraba el panfleto. Según aquel periódico sensacionalista de la época, «Bruno se ha declarado deseoso de morir como un mártir para que su alma ascienda con el humo hacia el paraíso».² El panfleto pasaba de mano en mano entre la excitada multitud, y las hojas terminaban siendo pisoteadas en el camino mojado.

Conforme la procesión avanzaba lentamente, Bruno se fue animando visiblemente y reaccionó a la presencia de la muche-

dumbre que se burlaba de él, respondiendo a sus gritos con citas de sus libros y de las sentencias de los antiguos. La Hermandad de San Juan, que trataba de reconfortarlo, quiso poner fin al intercambio de gritos e intentó proteger a Bruno de nuevas vejaciones e indignidades, pero éste no les hizo caso. Y así, después de que el espectáculo se hubiera prolongado durante unos minutos, la procesión fue detenida por los servidores de la justicia. Un carcelero fue hacia Bruno y, mientras otros dos le inmovilizaban la cabeza, le sujetó la lengua con dos largos pinchos. Uno de ellos le atravesaba la lengua horizontalmente y asomaba por ambas mejillas, mientras que el otro le fue clavado a través de los labios. Juntos formaban una cruz. La sangre manó a chorros sobre su traje y salpicó a los hermanos. Bruno no volvió a hablar.

Minutos después la procesión llegó al lugar de la ejecución: Campo dei Fiori, donde, en un rincón enfrente del Teatro de Pompeya, se había preparado el poste. Los guardias llevaron a Bruno hasta el grueso madero, lo pusieron de espaldas contra él y lo ataron con una gruesa soga, pasándola por hombros, pecho, cintura y piernas. Los *faggots*, aquellos haces de ramas acerca de los que Bruno había bromeado en una ocasión, fueron amontonados hasta llegar al mentón del condenado, y la antorcha fue colocada entre sus pies. Las llamas prendieron rápidamente bajo la suave brisa de la mañana.

Se ha afirmado que muchas víctimas de la quema se salvaron de una muerte lenta y horripilante pagando al verdugo para que les rompiera el cuello subrepticamente mientras eran atadas al poste.³ No ocurrió así con Bruno, porque cuando las llamas empezaron a prender en las ramas, los hermanos de la Misericordia de San Juan el Decapitado llevaron a cabo un último intento de salvar su alma. Desafiando las llamas, uno de ellos se inclinó sobre la hoguera con un crucifijo, pero Bruno se limitó a volver la cabeza. Segundos después, las llamas inflamaron su túnica y se extendieron a su cuerpo, y los gritos ahogados de su agonía pudieron oírse por encima del siseo y el crepitar del fuego.

Después de que la hoguera se hubiera consumido, los restos de Bruno fueron reducidos a polvo con martillos y las cenizas se esparcieron al viento para que nadie pudiera conservar nada del hereje como reliquia. En lo que a la Inquisición concernía, habían hecho desaparecer a Bruno, destruido su cuerpo y borrado su recuerdo, sus ideas, sus escritos y su mismo pensamiento, y luego lo habían mandado al Infierno. Bruno se había convertido en el primer mártir de la libertad de pensamiento.

Al Papa no le llegó ni una sola línea de lo que Bruno había escrito en prisión, y naturalmente los dos hombres nunca se reunieron en privado como había soñado Bruno. Mientras Bruno ardía aquel jueves festivo del 19 de febrero del año 1600, la multitud gritaba y agitaba sus banderolas, los niños corrían hacia la hoguera acercándose temerariamente a las llamas, y las madres asustadas tiraban de ellos obligándolos a retroceder. Y cuando el espectáculo hubo terminado y el mundo fue librado de otro hereje, las cenizas de Bruno fueron cayendo sobre las cornisas y los campos cercanos. Allí la lluvia infiltró en el suelo moléculas que antes habían formado parte de su cuerpo. Con el paso del tiempo, las moléculas fueron disueltas y las plantas absorbieron sus átomos. Las plantas fueron comidas por animales, y algunos de ellos terminaron llegando a las mesas de Roma y otros lugares. Otros elementos de Bruno cayeron al agua y fueron reciclados para mojar las caras de los bañistas y en vasos y copas. Y así, quizás, al menos a un nivel atómico, el Papa terminó fundiéndose con el hereje después de todo.

Como hubiese dicho Bruno: el universo es infinito, y es una sola cosa. Todos somos cada uno de los otros. Todo es todo lo demás.

CAPÍTULO DIEZ

¡De nuevo!

Deseo que el mundo disfrute de los gloriosos frutos de mi labor, para así despertar el alma y abrir el entendimiento de aquellos que se hallan privados de una luz que, con toda certeza, no es invención mía. Si estuviera equivocado, no creo haber errado voluntariamente. Y al hablar y escribir de la manera en que lo hago no discuto y argumento impulsado por el deseo de salir victorioso, pues tengo a todo renombre y conquista por los peores enemigos de Dios, viles y sin que haya ninguna partícula de honor en ellos, salvo que se correspondan con la verdad; pero por amor a la verdadera sabiduría y en el esfuerzo de reflexionar correctamente así ahora yo, exhausto, me atormento a mí mismo.

GIORDANO BRUNO

Aquello no fue el fin, por supuesto. ¿Cómo podía serlo? A decir verdad, algunos pueden verlo meramente como un principio; otros, como una continuación. Bruno sin duda lo habría tenido por tal: un abrasarse que conducía a una nueva vida, a nuevos despertares.

La agonía pasó. Y, mientras su vida se disipaba, otros dieron comienzo a su labor en otros lugares. Y mientras el cerebro de

Bruno ardía entre las llamas, los pensamientos e ideas que habían surgido de él sobrevivieron y volvieron a florecer.

Exactamente cuatrocientos años después de la ejecución de Bruno, sus seguidores conmemoraron la fecha con homenajes en el sitio donde fue quemado, una serie de dedicatorias aparecieron en Internet y un sinnúmero de artículos sobre el hombre y sus ideas inundaron los periódicos muy, muy lejos del Campo dei Fiori. «Roma. —Decía un comunicado—. Depositaron coronas, amontonaron las rosas y, en el más sincero de todos los tributos, discutieron, se interrumpieron unos a otros y expusieron sus opiniones. Eran los peregrinos de la libertad de pensamiento, quienes ayer rindieron homenaje allí donde la Inquisición quemó hace cuatro siglos a un filósofo-sacerdote que decía lo que pensaba. Una pancarta junto a la base de la estatua de Bruno denunciaba el “infame homicidio” como si éste hubiera tenido lugar ayer. Eleonora Caparrotti, miembro del Partido Radical italiano, declaró: “Perdonaron a Galileo, pero en lo que respecta a Bruno, todavía estamos esperando.” Un representante del Vaticano se refirió al incidente calificándolo de “triste episodio” y “cuestión profundamente lamentable”.»¹

Cuatrocientos años después de su muerte, Bruno se ha convertido en una de esas figuras casi legendarias que son reclamadas como suyas por todos los colores del espectro político y un abanico de grupos cuyos intereses van desde lo puramente filosófico hasta los extremismos religiosos. En Internet se puede encontrar un artículo de diez páginas sobre Bruno en la página web Socialista Mundial. Grupos relacionados con la NASA han llegado a escribir trabajos que desacreditan las ideas de Bruno e intentan desinflar el mito que ha ido creciendo alrededor del hombre. Mientras tanto, la entrada «Giordano Bruno» de la *Enciclopedia Católica* que encontramos en www.newadvent.com, misteriosamente no menciona la ejecución de Bruno y se esfuerza por quitar importancia tanto a los méritos del carácter de Bruno como al valor de su obra.

El que la posición oficial de la Iglesia no haya cambiado desde 1600 es algo que no debería sorprendernos demasiado, y de hecho prácticamente ningún comentario sobre el tema ha salido del Vaticano durante los últimos cuatro siglos. Las declaraciones acerca de Bruno procedentes del bando católico son tan raras que cada una de ellas merece ser recordada. En 1889, un grupo de partidarios erigió en el Campo dei Fiori una estatua de bronce costeada por dicho grupo y fundida por Ettore Ferrari en homenaje a Bruno, y la acción fue condenada sin mayores ceremonias por el Papa de entonces, León XIII.² En una fecha tan reciente como 1942, el cardenal Mercati, el hombre que descubrió los documentos perdidos en los que se relata el juicio romano de Bruno, declaró que la Iglesia hizo muy bien quemando a Bruno porque éste se lo tenía más que merecido.

Pero, naturalmente, semejantes declaraciones no hacen más que confirmar el impacto producido por Bruno y algunos de sus contemporáneos más osados. «La libre especulación filosófica en Italia —ha observado el renombrado erudito Luigi Firpo— libró su batalla decisiva durante el pontificado de Clemente VII, en la última década del siglo. Padebió la condena de la *Nova Philosophia* de Patrizi, la del *De Rerum Natura* de Telesio y la de todas las obras de Bruno y Campanella. Se vio incapacitada por las investigaciones abiertas contra Giambattista della Porta, Col'Antonio Stigiola y Cesare Cremonini, por el inicio del largo encarcelamiento de Campanella, por la ejecución de Francesco Pucci y por la quema de Giordano Bruno.» Naturalmente, las pérdidas y el sufrimiento de los mártires del pensamiento libre y la libertad del intelecto no podían continuar eternamente: se perdieron muchas batallas, pero la guerra sólo podía terminar de una manera.

A fin de evaluar lo que han significado los esfuerzos de Bruno para las generaciones posteriores, necesitamos, al menos inicialmente, deconstruir su visión y analizar cómo sus ideas se fueron infiltrando en la obra de una serie de individuos y contribuyeron a dar forma a disciplinas enteras, algunas de ellas de reciente apa-

rición. Bruno fue un hombre de tantos lugares y llegó a amalgamar tantas cosas que es inevitable que inspirase a muchos pensadores posteriores.

El período inmediatamente siguiente a su arresto en Venecia fue por supuesto una época muy peligrosa para sus amigos y todos los que se habían relacionado con él, pero no hubo más arrestos o persecuciones. Besler, el ayudante de Bruno, se esfumó y parece haberse distanciado del legado de Bruno hasta tal punto que no se sabe nada sobre su destino. No obstante, varios manuscritos escritos por Besler constituyen las únicas versiones originales de algunas de las obras de Bruno que se conservan. Otros a los que Bruno había conocido en Alemania mantuvieron vivo el interés por la filosofía bruniana fuera de Italia. El más significativo fue un joven estudiante de Bruno llamado Raffaele Eglin, quien en 1595 publicó una recopilación de las disertaciones del maestro cuando éste estaba sufriendo las agonías de las mazmorras de la Inquisición en Roma. Aun así, una gran parte de la labor de aquellos primeros discípulos sería condenada a la oscuridad y, durante muchos años, las enseñanzas de Bruno quedaron prácticamente olvidadas. Con todo, su legado sobrevivió gracias a la influencia de sus ideas sobre la obra de un grupo de importantes pensadores.

En primer lugar debemos considerar el elemento científico de la obra de Bruno. Quizás irónicamente, éste es el que ofrece las conexiones más laterales entre sus ideas y el pensamiento moderno. Como he reiterado, Bruno no fue un científico en el sentido moderno y durante mucho tiempo —de hecho varios siglos— su conceptualización de la filosofía natural no estuvo nada a tono con la Nueva Ciencia (como llegó a ser conocida después de Galileo) y su florecimiento a partir de la Ilustración.

Además, Bruno nunca fue un investigador práctico. No pensaba en términos de experimentos o matemáticas. De hecho, desaprobaba la forma en que la nueva ciencia de su tiempo empezaba a desarrollar una creciente vinculación con la pureza y la prueba matemática: afirmaba de Copérnico que era «demasiado matemá-

tico y no lo bastante filósofo natural». ³ Y desde esta postura podemos empezar a comprender la auténtica esencia de la «ciencia» de Bruno.

Galileo fue un contemporáneo más joven de Bruno. Tenía treinta y seis años cuando éste fue quemado, y su martirio lo afectó profundamente. Galileo veía en Bruno a un auténtico héroe no por sus métodos científicos, sino por su potencia, una potencia que derivaba de su sacrificio y del poder de sus convicciones, el poder de su visión y el poder ofrecido por su capacidad de pensar adelantándose a su época. Debemos recordar que aunque fueron millares los que murieron como mártires en la hoguera, Giordano Bruno fue el único mártir de la libertad de pensamiento. Los otros —personas valientes y llenas de convicción, a menudo fuera de sus cabales y consumidas por un fuego interior— fueron a la hoguera debido al concepto que tenían de Dios, a causa de matices doctrinales o simplemente porque estuvieron en el momento y el lugar equivocados. Bruno defendía el derecho de todos los seres humanos a pensar como quisieran, y ofrecía una alternativa a las ideas impuestas por la ortodoxia. Era un hombre que deseaba conducir a la humanidad hacia la razón, que quería permitirnos conceptualizar libremente en vez de que otros determinaran nuestros pensamientos por nosotros.

Galileo fue un filósofo natural muy distinto de Bruno, un pionero en la utilización del experimento y las matemáticas como una herramienta básica de la ciencia, y sus ideas llevaron directamente a la obra de Isaac Newton, la Ilustración y la Revolución Industrial. Fueron sus avances los que gestaron la tecnología y lo que actualmente llamamos «ciencia clásica». Bruno pensaba más en términos de imágenes que de matemáticas, de lógica y razonamiento puro que experimentales.

Muchos de sus comentadores, desde la época de Bruno hasta la actualidad, han considerado la filosofía de Bruno como anticuada y sus ideas como enraizadas únicamente en la antigua tradición mística para, en resumidas cuentas, calificar su obra de «seu-

dociencia». Algunos llegan a sugerir que pecó de hipocresía al criticar a Aristóteles cuando él también aplicaba el razonamiento deductivo. Pero la visión de Bruno era mucho más amplia de lo que están dispuestos a admitir esos críticos, y muy distinta de las confusas ideas de Aristóteles. Bruno fue ciertamente retrospectivo en su manera de utilizar aspectos del ocultismo y siempre estuvo enamorado de la noción de la *prisca sapientia*, pero también quería ver surgir una ciencia pura basada en el razonamiento, si bien no matemática de la manera en que él la definía. Lo que realmente tiene importancia hoy en día es que esas dos visiones aparentemente irreconciliables, la matemática y la intuitiva, vuelven a ser consideradas como posibles compañeras en la búsqueda de la unificación. La extrañeza de la mecánica cuántica y las posibilidades de unirla con la relatividad han vuelto a despertar el concepto de la *prisca sapientia*. Hoy en día existe la convicción de que es posible encontrar una unidad del conocimiento, y de que los pensadores no están obligados a confiar únicamente en la sabiduría empírica sustentada por los matemáticos. Existe un creciente interés en el enfoque intuitivo, la representación icónica y otras formas de expresión no-matemática dentro de la ciencia.

Aunque Galileo interpretaba el mundo de manera distinta a la de Bruno, tuvo muy presentes las ideas del filósofo de Nola. Galileo fue nombrado profesor en la Universidad de Padua justo cuando Bruno llegaba a Venecia, y en 1592, cuando Bruno se enfrentaba a los inquisidores venecianos, Galileo estaba investigando y dando clases a cuarenta kilómetros del tribunal veneciano. Padua era una ciudad minúscula y la universidad una comunidad estrechamente interrelacionada. Parece impensable que Galileo y Bruno no llegaran a conocerse cuando Bruno enseñó allí a principios de 1592, y es muy posible que intercambiaran ideas; de hecho, recientes investigaciones han puesto de manifiesto la existencia de claras similitudes entre los respectivos pronunciamientos de Bruno y Galileo acerca del modelo heliocéntrico.⁴

No obstante, por mucho que ambos estuvieran de acuerdo en

la interpretación básica de la gran obra de Copérnico, mantenían opiniones muy distintas en la cuestión de un universo infinito. La noción de infinito era vital para la visión cosmológica y teológica de Bruno, pero Galileo creía que toda reflexión acerca del infinito era una mera pérdida de tiempo y en una ocasión declaró a un amigo: «La razón y mis poderes mentales no me permiten concebir ni la finitud ni la infinitud.» En este sentido al menos, la interpretación del universo de Bruno era más profunda que la de Galileo, alimentada por una imaginación más libre y un enfoque visionario.

Pero más allá de esto, una conexión más importante entre Bruno y Galileo fue la influencia que el destino del mártir ejerció en la carrera de Galileo y su vida personal. Con su martirio, Bruno se había convertido en el modelo del hereje-filósofo, y unos cuantos años después de su muerte, algunos comentaristas ya estaban haciendo molestas comparaciones entre sus escritos y algunas de las contribuciones más osadas de Galileo. Un tal Martín Hasdale, de la corte del emperador Rodolfo de Alemania y amigo de Galileo, se mostró bastante duro con el astrónomo en una carta privada dirigida a un amigo mutuo, Johannes Kepler, señalando las que consideraba obvias similitudes entre comentarios en el *Sidereus nuncius* [El mensajero sideral] de Galileo, publicado en 1610, y la visión heliocéntrica de Bruno.

Pero no hay que esforzarse demasiado para comprender por qué Galileo quería evitar que lo relacionaran con Bruno y trataba de poner la mayor distancia posible entre su persona y la del Nolano.

En primer lugar, Galileo no compartía el interés de Bruno en fusionar la tradición hermética con la nueva visión de la filosofía natural. Galileo, que tal vez fue el primer gran empírico, propugnaba el entierro definitivo de todo lo que estuviera relacionado con el «viejo» conocimiento, la comprensión subjetiva y las antiguas artes herméticas. Se convirtió en el gran abanderado del nuevo racionalismo. Para Galileo, las matemáticas eran la expresión

definitiva e insuperable de Dios, así como lo habían sido para Platon. Pero, a diferencia de éste, Galileo rechazaba el misticismo.

Además, Galileo contaba con una razón tan sencilla como comprensible para desear distanciarse de Bruno. Cuando el Nolano aún no había sido arrestado, Galileo ya había advertido que Bruno era un hombre muy peligroso. Sin duda estaba sobradamente familiarizado con la filosofía radical de Bruno y no quería que el olor de la herejía flotara alrededor de él, temiendo que acabara perjudicándolo. Aun así, las autoridades eclesiásticas supieron sacar las conclusiones apropiadas del juicio de Bruno. Si bien las *Revoluciones* de Copérnico (que tanto habían inspirado a Bruno y Galileo) circulaban desde 1543, no fue hasta después de la ejecución de Bruno cuando se las incluyó en el *Index Librorum Prohibitorum*, en 1616. No cabe duda de que el juicio y el testimonio de Bruno alertaron a la Oficina Papal sobre la naturaleza amenazadora del copernicanismo y, a través de él, pasaron a analizar las ideas de Galileo y enseguida les encontraron muchas objeciones.

Irónicamente, Bruno había sido un enemigo de la Inquisición muy distinto de lo que lo sería Galileo. Las opiniones de cada uno podían significar la aniquilación de la ortodoxia y el desmantelamiento de una visión universal basada en la fe, pero Bruno ofrecía una ruta sólo parcialmente basada en la ciencia y el suyo era un paradigma multifacético que incorporaba una extraña unión de contrarios, fusionando lo infinito y lo finito, lo macrocósmico y lo microcósmico, la religión y la ciencia, lo oculto y los modelos racionales, el simbolismo y el ritual, la mente y el cuerpo, el alma y el cerebro. La visión de Galileo era más pura, pero también más prosaica, estricta y utilitaria. Bruno ofrecía una majestuosa libertad de expresión atemperada por la lógica. Galileo, en cambio, proponía los nítidos trazos de la razón pura, un noble mundo de reglas, pruebas, axiomas, teoremas, acero templado, máquinas de vapor, transistores y microchips. El mundo ya se estaba inclinando hacia el racionalismo impoluto y empezaba a enamorarse de los innegables encantos del número y el experimento, por lo que

es lógico que decidiera centrarse en los hallazgos de Galileo y dejase que el recuerdo de Bruno se fuera desvaneciendo.

La razón más crucial para ello fue un hecho tan simple como que durante el siglo XVII las ideas de Bruno no pudieron ofrecer nada práctico. A diferencia de la ciencia de Galileo, no proporcionaban beneficios materiales inmediatos. Inevitablemente, conforme iban transcurriendo los años y la humanidad llegaba al amanecer de la Ilustración, cualquier competición entre la ciencia de Galileo (defendida por personalidades como Isaac Newton) y la de Bruno sólo podía terminar de una manera. Y en muchos aspectos deberíamos estar agradecidos de que así fuera, porque la ciencia clásica obtuvo un éxito increíble y cambió nuestro mundo de una manera tan absoluta que ahora estamos cosechando los beneficios de dicho cambio.

Pero el primero en echar a correr no siempre es el que termina ganando la carrera. Alrededor de 1910, algo extraño empezó a ocurrir en el mundo de la ciencia. De pronto, científicos formados en el seno de la ciencia clásica comenzaron a profundizar y descubrieron algunos hechos bastante molestos. La tecnología surgida de la ciencia clásica funcionaba, por supuesto; pero no había ninguna explicación clara del porqué funcionaba. Los científicos clásicos se habían comportado como aquellos de nosotros que cada día utilizamos un reproductor de DVD sin entender cómo los circuitos permiten que las imágenes se almacenen en un disco para luego volver a ser reproducidas en la pantalla de un televisor.

Como consecuencia de ello, los físicos clásicos se vieron obligados a repensar y reevaluar muchas de sus nociones fundamentales, y de ese cuestionamiento surgieron la mecánica cuántica, la ciencia atómica y la moderna era tecnológica. Pero para llevar a cabo este cambio de paradigma, los físicos tuvieron que reinventar la manera en que pensaban la ciencia. Continuaron utilizando las matemáticas (la mejor herramienta de que disponían), pero también se permitieron pensar de una manera más libre, intuitiva

e instintiva. Y lo más importante, empezaron a pensar en términos de imágenes.

De pronto, la idea de los «experimentos del pensamiento» (un concepto que Bruno había hecho popular a partir de 1580 con su arte de la memoria), pasó a ser indispensable para el visionario mecánico cuántico. Schrödinger nos dio sus gatos y Heisenberg su principio de la incertidumbre, dos conceptos que precipitaron nuestra visión del universo en un estanque de azar y aleatoriedad: cada uno de ellos se convirtió en la piedra angular de una nueva disciplina, la mecánica cuántica.⁵

La mecánica cuántica puso patas arriba a la ciencia clásica y los pioneros, como De Broglie, Dirac, Heisenberg y Bohr, empezaron a ver muy claro las enormes recompensas a obtener mediante el pensamiento lateral y la fusión de las matemáticas puras con las imágenes visuales. Hasta cierto punto, los científicos empezaron a conceptualizar de la manera en que lo había hecho Bruno, más que como les había enseñado Galileo.

Naturalmente, la ciencia moderna continúa imbuida por las matemáticas, las cuales son una herramienta indispensable; pero durante los últimos años, muchos teóricos han empezado a utilizar en su trabajo representaciones visuales y las imágenes lógicas y han descubierto que dicha técnica es un método de gran utilidad a la hora de abordar los problemas que se niegan a dejarse resolver. El mejor ejemplo nos lo proporciona la obra de Richard Feynman, uno de los mayores pensadores del siglo xx y el creador de los llamados «diagramas Feynman» (representaciones icónicas de complejas transacciones subnucleares).

Y actualmente la visión de la lógica icónica de Bruno es utilizada por casi todos los habitantes del mundo industrializado, puesto que vivimos en un mundo dominado por los ordenadores, y los ordenadores son máquinas que generan imágenes. Con los ordenadores utilizando el programa Windows, actualmente todos estamos pensando icónicamente y aprendiendo a entender conceptos basados en imágenes relacionadas lógicamente. Eso es

exactamente lo que Bruno hizo hace más de cuatrocientos años cuando desarrolló aquellas antiguas técnicas para fortalecer la memoria. También empleó aquellas herramientas para procesar complejas ideas científicas; en particular, tomó el modelo copernicano, lo despojó de las matemáticas y explicó sus aspectos fundamentales en términos de imágenes de fácil comprensión que acto seguido volvió a emplear para llevar a Copérnico hasta reinos nunca imaginados anteriormente.

De esa manera, Bruno fue capaz de racionalizar sus teorías a pesar de que no utilizaba las matemáticas. En uno de sus tratados más leídos, la *Trilogía de Fráncfort* [*De inmenso, De monade y De minimo*], publicada en 1591, se adelantó en tres siglos y medio a Karl Popper al escribir: «El que desea filosofar primero debe dudar de todas las cosas.» Pero en vez de urdir sus ideas a partir de la hebra del álgebra, lo que hizo fue modelar una serie de imágenes.

Y de esa manera, cuando se sentaron las bases de nuestra tecnología a comienzos del siglo xx, las ideas de Bruno volvieron a ser tomadas en consideración y entonces se descubrió que en algunos aspectos estaban bastante más próximas de la imagen real que la mecánica de Galileo, Newton o cualquier otro científico clásico. Ahora, en un nuevo milenio, muchos científicos y filósofos empiezan a comprender que las matemáticas no son la única herramienta de que disponen para producir modelos. En el centro de todo ello encontramos la noción de que el camino que permite progresar, la ruta que conduce a la resolución de los enigmas más profundos, sólo puede surgir de la intuición, la lógica icónica y las ecuaciones escritas en una página: en otras palabras, de un poderoso entrelazamiento de Bruno y Galileo.

Giordano Bruno hubiese aprobado todo esto, ya que era precisamente lo que intentaba conseguir con los limitados recursos de que disponía. Los aspectos prácticos le importaban muy poco y siempre quería llegar a la causa primordial de las cosas para luego extrapolar a partir de ella e ir todavía más allá, hacia las estrellas. El mundo de mesa de billar de Galileo podía resolver los pro-

blemas de ingeniería cotidianos, pero una vez se lo apartaba de lo prosaico, su modelo del universo resultaba inadecuado e incapaz de explicar el auténtico milagro de la existencia. De alguna manera misteriosa, la filosofía natural de Bruno conseguía acceder a lo eterno. El Nolano había entrado en contacto con lo divino, algo que muy pocos llegaron a comprender en vida de éste.

Otros aspectos de la obra racional de Bruno también han ejercido una gran influencia. El gran físico holandés Christian Huygens encontró una fuente de inspiración en algunas ideas de Bruno, pero como era de esperar, prefirió no apoyarlas abiertamente mientras no fuesen confirmadas por las evidencias. «Autores posteriores como Cusanus, Brunus [sic] y Kepler han provisto de habitantes a los planetas —escribió Huygens en una carta a su hermano Constantino—. Es sabido que tales autores requieren un inmenso tesoro de no únicamente veinte o treinta mundos, sino tantos como granos de arena hay en una playa. Algunos de los antiguos y Jordanus Brunus van todavía más lejos, declarándolos infinitos. A decir verdad, me parece innegable que el Universo está infinitamente extendido; pero lo que a Dios le haya venido en gana disponer más allá de la Región de las Estrellas, es algo que se encuentra tan por encima de nuestro entendimiento como nuestra propia morada.»⁶ Kepler fue otro de los contemporáneos de Bruno que mostró un gran interés por sus ideas, y llegó a ponerle el mote de «defensor del infinito». Kepler hace muchas referencias a las ideas de Bruno, con las cuales estaba claramente familiarizado; en más de una ocasión, escribe acerca de Bruno en términos muy favorables dentro del mismo párrafo en que habla elogiosamente de Nicolás de Cusa, el gran filósofo natural alemán del siglo xv, e incluso del mismo Galileo Galilei.

Pero más allá de la influencia de Bruno como un cosmólogo proteico, sus ideas sobre el arte de la memoria desempeñaron un papel muy significativo en la manera en que sus arcanas investigaciones fueron adoptadas y adaptadas fructíferamente por quienes nacieron en la era de la imprenta y los grandes viajes de explora-

ción y descubrimiento, unas personas que de otra manera habrían mostrado muy poco interés por dicho arte. El adepto más significativo de Bruno, y un hombre indudablemente fascinado por su dramática historia personal, fue Gottfried Leibniz.

Leibniz, al que suele llamarse el «Newton del Continente», nació en Leipzig cuarenta y seis años después de la muerte de Bruno. Hijo de un profesor de filosofía moral de la Universidad de Leipzig, Gottfried demostró ser un prodigio cuando obtuvo el doctorado en derecho a la edad de veinte años y escribió un tratado, *De Arte Combinatoria* [*Acerca del arte de la combinación*], que actualmente está considerado un primer modelo teórico para el ordenador moderno. Al vivir en una época en que la especialización empezaba a imponerse al modelo renacentista de universalismo, Leibniz constituyó una especie de antigualla, pero gracias a su gran inteligencia y dedicación fue capaz, incluso a finales del siglo XVII, de revestirse con el manto del mago del Renacimiento.

En 1670 Leibniz ya era una figura conocida y respetada dentro del ámbito científico europeo, pero se convirtió en una auténtica celebridad gracias a su enfrentamiento con Isaac Newton, por entonces presidente de la Royal Society de Londres y considerado el más ilustre y famoso científico del mundo. El choque consistió en una disputa de prioridad sobre una técnica matemática conocida como el Cálculo. La discusión sobre quién había sido el primero en dar con la técnica, Newton o Leibniz, los mantuvo enfrentados durante cuatro décadas y continuó incluso después de la muerte de ambos. Hoy en día ambos son figuras muy respetadas y el consenso general es que Newton descubrió el Cálculo primero, pero que Leibniz concibió su técnica de manera totalmente independiente y sin conocimiento alguno de los trabajos de Newton. No obstante, la discusión acerca de quién debe ser considerado el padre del Cálculo no tiene tanta importancia como el hecho de que ya hace mucho tiempo que la mayoría de los científicos adoptaron el método de Leibniz.

El Cálculo no es ninguna pequeña parcela de la ciencia o una insignificante herramienta del matemático puro, sino que es la técnica matemática más importante. Ocupa una posición central en la inmensa mayoría de labores científicas, desde el análisis biológico hasta la ingeniería civil, el diseño de microchips o la fijación de una trayectoria hacia la Luna. Y los científicos utilizan el método de Leibniz en vez del de Newton por una poderosa razón: el sistema de representación de los términos matemáticos ideado por Newton resultaba muy complicado y difícil de manejar, en tanto que la notación de Leibniz fue concebida para facilitar la comunicación y poder ser utilizada de la manera más eficiente posible. Y ello fue así porque Leibniz empleó como base la tradición de la mejora de la memoria mediante símbolos tal como la había enseñado Bruno.

Partiendo de la antigua idea de representar con un sencillo símbolo cualquier cosa que tuviera que ser memorizada, a partir de 1570 Bruno desarrolló un vasto compendio de métodos para que la mente humana pudiese almacenar información compleja. Como hemos visto en el capítulo 4, Bruno escribió varios libros sobre la utilización de dichos métodos y llegó a ser famoso en toda Europa como maestro de las técnicas para mejorar la memoria, las cuales había desarrollado a partir de la sabiduría de los antiguos.

Pero, con todo lo crucial que fue esto para el progreso de las matemáticas y la ciencia, lo que logró Leibniz adoptando los métodos de Bruno no era nada comparado con lo que deseaba alcanzar. Leibniz creía en la osada noción de que la aplicación de las matemáticas puras permitiría dar con una forma de la *prisca sapientia*.

Como hemos visto, Platón ya había tenido presente dicha posibilidad dos milenios antes que Leibniz, pero a finales del siglo XVII algunos matemáticos creían poder concebir maneras prácticas de determinar un modelo puramente matemático del universo que llevaría de alguna manera tangible a una unión de todo el conocimiento. A comienzos del siglo XVIII, Newton, el odiado ene-

migo de Leibniz, había dado el primer paso con sus dos grandes obras maestras, los *Principia Mathematica* y la *Opticks*, mediante las que concibió modelos viables de importantes aspectos del universo utilizando las matemáticas. Para Newton, el universo era una matriz de figuras geométricas, cifras y simetría numérica, y sus monumentales logros parecen confirmar dicha opinión. Leibniz pensaba exactamente lo mismo acerca del incontenible poder de las matemáticas e intentó, sin llegar a conseguirlo, describir la totalidad del universo mediante una serie de ecuaciones tan sencillas como elegantes basadas en la jerarquía de símbolos e imágenes concebida por Bruno.

Quizá sea irónico que los esfuerzos teóricos de Leibniz no consiguieran dar con la *prisca sapientia* pero ayudaran a desarrollar las proposiciones ofrecidas por el empirismo de Galileo que posteriormente fueron alimentadas por la mecánica de Newton. Esos tres grandes hombres imprimieron un formidable impulso a la tecnología y la creación de un mundo industrializado muy alejado de la visión espiritual de Bruno.⁷

Bruno también dejó su huella indeleble en áreas del intelecto que no guardan relación con la ciencia. Más conocido como un filósofo que hizo más que ningún otro por visualizar la idea de la libertad intelectual total, el pensamiento de Bruno ha servido de inspiración a hombres como Schelling, Goethe y, muy especialmente, Samuel Taylor Coleridge. Al igual que Bruno, cada uno de esos hombres diseñó su visión del mundo alrededor de la libertad y la liberación espiritual.

Para ellos, la libertad de expresión religiosa era esencial y, al igual que Bruno, combinaron esa creencia con una imaginación ilimitada y la decisión y la energía necesarias para ir más allá de las prohibiciones. En algunos aspectos, podríamos referirnos a quienes constituyeron el romanticismo de finales del XVIII y principios del XIX como espíritus hermanos de Bruno. En cierto sentido, hombres como Coleridge y Goethe estaban expresando una visión del mundo totalmente distinta a la ofrecida por los creadores

de la Revolución Industrial. El acero y el vapor representaban el aspecto oscuro de la época venidera, y los románticos presentían una pérdida del alma y veían al espíritu asfixiado por el humo, y a la vida aplastada por los engranajes y el veloz vaivén de la lanzadera. Goethe y los que pensaban como él no estaban tan interesados en la imaginería de Bruno, ni siquiera en su cosmología, como en su visión de la libertad de expresión, y era su creencia en la universalidad y el infinito lo que realmente los cautivaba. Y una vez más, el ideal de la *prisca sapientia* sirvió de base a sus sueños. Pero lo que los motivaba no era una búsqueda del conocimiento que pudiera conducir a la creación de máquinas mejores, ni siquiera a conseguir un modelo más claro del origen del universo, cómo creció o cuáles podían ser sus leyes fundamentales. Los románticos del siglo XIX estaban más interesados en las personas, las emociones y las visiones utópicas. Para ellos, Bruno había ofrecido un mosaico de ideas, interrelacionadas y basadas las unas en las otras, en el que todo podía tener cabida, y su visión de la unificación parecía la expresión definitiva e insuperable del éxtasis poético.

Y asombrosamente, este resurgimiento de una parte del espíritu del Renacimiento, esta interpretación radical empezó con un anuncio publicado en la revista *Punch* en 1712. Un admirador anónimo había puesto a la venta un ejemplar de la *Expulsión de la bestia triunfante* de Bruno, un libro prácticamente olvidado a lo largo del siglo XVII. El anuncio sabía despertar el interés de quien lo leyera y declaraba (de manera totalmente errónea, por supuesto) que el autor del libro había sido «un ateo declarado».⁸

El tomo fue vendido, pero no conocemos la identidad del comprador. Lo realmente importante es que, gracias a este anuncio y al breve estallido de interés que rodeó la venta, se empezó a hablar de Bruno. Un siglo después, Goethe hacía repetidas referencias a Bruno y sus libros en su obra más famosa, *Fausto*; Hegel y Jacobi mantenían acalorados debates sobre los méritos del Nolano, Hegel en contra y Jacobi a favor; y en una extensa monografía incluida en sus *Essays for the Fine Arts* (publicados en 1812), Coleridge menciona-

ba en la misma frase a Aristóteles, Kant, Platón y Bruno, comparando la brillantez del filósofo de Nola con la de los grandes de la Antigüedad. Unos años más tarde, Coleridge declaró en una obra autobiográfica haber aprendido de Giordano Bruno las sutilezas de la lógica y lo que él llamaba «filosofía dinámica».

No obstante, no todas las personalidades de aquel período estuvieron tan fascinados por Bruno y los cabalistas de su época. Hegel escribió: «Aquellos hombres estaban dominados por el impulso de crear la existencia y derivar la verdad de sus propias esencias. Eran hombres de naturaleza vehemente, de carácter indómito y tempestuoso, de temperamento entusiástico, que no podían alcanzar la tranquilidad del conocimiento. Si bien no se puede negar que llevaban en su interior una maravillosa visión, tan grande como cierta, por otra parte no cabe duda de que se entregaron a toda clase de corrupciones en el pensamiento y el corazón, así como en la vida social.»⁹

Pero la contribución más importante de Bruno a la evolución de la cultura no científica probablemente proceda, una vez más, de sus trabajos sobre el arte de la memoria. Cuando Bruno vivió en Londres entre 1583 y 1585, William Shakespeare —quien acababa de cumplir veinte años, ya era padre y estaba esperando gemelos de su esposa Anne Hathaway— estaba iniciando una carrera de actor en Stratford. Probablemente no visitó Londres hasta después de que Bruno se hubiera marchado de Inglaterra y es seguro que nunca llegaron a conocerse, pero Shakespeare quedó profundamente impresionado por las obras que Bruno publicó durante su estancia en la capital británica.

Parece ser que Bruno causó una triple impresión en Shakespeare. En primer lugar, la naturaleza rebelde y anárquica de *La expulsión de la bestia triunfante* y, en menor medida, de *La cena del miércoles de Ceniza* fascinó al Bardo, un hombre que, como todos los buscadores de la visión filosófica a lo largo de los siglos, no rechazaba nada que fuera susceptible de revelar los secretos de su arte. De hecho, podemos ver a Bruno paseándose por el escenario

bajo la guisa de varios personajes de Shakespeare. Está Próspero, el mago que sueña con resolver los misterios interiores del universo y, en particular, el famoso monólogo de Berowne en *Trabajos de amor perdidos*, que se hace eco de un monólogo similar en *La expulsión de la bestia triunfante* de Bruno.

En segundo lugar, Shakespeare se vio influenciado por el lenguaje sencillo de que se valía Bruno para recrear con suma habilidad la complejidad del personaje y la trama. El Nolano lo llamaba «capturar las voces de los dioses», con lo cual describía la manera en que los personajes podían llegar a cobrar vida en una narración. Bruno supo expresar muy bien este espíritu en su obra teatral *Il Candelaio* [*El portador de la antorcha*], que fue publicada y representada en París en 1582 (un año antes de su partida hacia Inglaterra) y que hace pensar en algunas de las primeras obras de Shakespeare y también en *El enfermo imaginario* y *El burgués gentilhomme* de Molière.

Pero todavía más importante fue la tercera manera en que Bruno influenció el arte de Shakespeare, derivada de las técnicas para desarrollar la memoria, las cuales surtieron un notable efecto en Shakespeare, tanto en su actividad de actor como en su carrera de dramaturgo.

La vida del actor en el siglo XVI era muy dura. Mal pagado y recibiendo más malos tratos que respeto, la suya era una existencia itinerante y a menudo peligrosa y, por encima de todo, terriblemente exigente en el aspecto intelectual. Una obra rara vez era representada más de dos noches seguidas y algunas escenas eran largas, extravagantes y difíciles de aprender. Cualquier actor digno de ese nombre debía ser capaz de aprenderse varios papeles complejos dentro de una obra y tener un extenso repertorio, por lo que la habilidad para recordar los textos era primordial. Shakespeare fue actor profesional durante veinte años antes de encontrar el éxito como dramaturgo y se ganó la reputación de tener una memoria prodigiosa, que es casi seguro desarrolló gracias a la lectura de las obras de Bruno sobre el arte de la memoria.

No obstante, lo más interesante de Bruno deriva de su perspectiva religiosa. Como espero haber dejado claro, los muchos talentos de Bruno se encontraban estrechamente relacionados. Su mayor logro consistió en unir, amalgamar nociones aparentemente inconexas y fusionar la ciencia con el dogma cristiano, el hermetismo con el copernicanismo. Pero, para aquellos que leían a Bruno, sus palabras alcanzaban su máximo poder bajo la forma de gotas de espíritu destilado.

Si bien la terrible muerte de Bruno y el hecho de que la Inquisición no dejara de acosarlo durante la mayor parte de su existencia crearon una leyenda que imbuyó su filosofía de cierta aureola de drama y dinamismo, eso no disminuye en nada el poder de sus ideas.

Sus escritos sin duda tuvieron gran importancia para Spinoza, uno de los pensadores religiosos más radicales de la historia. De hecho, un estudioso ha sugerido que en algunos aspectos las ideas de esos dos hombres estaban tan próximas que cuando Spinoza estaba escribiendo su gran clásico *Breve tratado de Dios, el hombre y su felicidad*, debió de tener abierto delante de él un ejemplar de *De la causa, el principio y el uno* de Bruno. Las similitudes entre las ideas de ambos son ciertamente muy profundas. De Spinoza se decía que había sido «embriagado por Dios», con lo cual se quería significar que su gran afán intelectual nacía de un deseo innato de llegar a entender la auténtica naturaleza de lo divino. Lo mismo podría decirse de Bruno. La familia, el dinero, la seguridad y las comodidades tenían muy poco significado para él, sus metas eran mucho más etéreas e intangibles.

Para el filósofo religioso radical, el principio central que emerge de las enseñanzas de Bruno es que no existe ningún Dios personal. Bruno no pudo dejarlo más claro cuando escribió: «[Dios] no tiene nada que ver con nosotros excepto en la medida en que se imparte a sí mismo los efectos de la Naturaleza.»¹⁰ En otra obra suya declaró que el mito del Dios personal había sido creado por los teólogos meramente para consumo de las masas carentes de

instrucción, y que el filósofo y el pensador educados debían rechazarlo y adoptar la posición panteísta. En *Breve tratado de Dios, el hombre y su felicidad*, Spinoza se hizo eco de tales palabras con la observación: «Dios mora en lo interno y no es la causa transitoria de las cosas.» En otras palabras, que según Spinoza, Dios creó el universo pero no desempeña ningún papel en su funcionamiento cotidiano, una noción perfectamente compatible con el pensamiento de Bruno.

Así pues, el fantasma de Bruno puede ser encontrado en una extraña mezcolanza de disciplinas y pensadores posteriores, tanto en la ciencia, la filosofía y la teología radical como en la literatura y el teatro, que, cada uno a su manera, se apropiaron de un fragmento de Bruno. Mas, para muchos, el primer contacto con Bruno tiene lugar a través de la tradición hermética, y su nombre ocupa un lugar muy importante en la historia del hermetismo. Bruno puede haber sido un racionalista, pero su pensamiento se basaba en mecanismos ocultos y siempre creyó tan lícito utilizar lo aprendido allí como en otras disciplinas.

Según un testigo anónimo que fue interrogado en Roma por la Inquisición, Bruno «decía que antes las obras de Lutero eran muy apreciadas en Alemania, pero que después de que allí hubieran conocido sus obras [las de Bruno] ya no buscaron las de nadie más, y que había iniciado una nueva secta en Alemania, y que si conseguía salir de la cárcel regresaría allí para organizarla mejor y que deseaba que los miembros de dicha secta se llamaran a sí mismos *Giordanisti...*».¹¹

Cabe la posibilidad de que, tras haber perdido definitivamente toda esperanza de poder convencer a una gran figura política o religiosa de que proyectara su visión socio-espiritual, Bruno hubiese acariciado fugazmente la idea de organizar un grupo o culto como base para una nueva religión. Durante un tiempo pudo parecerle la única manera de cerrar la brecha abierta en la trama reli-

giosa y social de Europa. De hecho, ciertas evidencias sugieren que la hermandad mística de los rosacruces (los cuales publicaron su manifiesto, la *Fama*, en 1614) fue iniciada por el mismo Bruno.

El Nolano se relacionó con algunas de las figuras más poderosas e influyentes del ocultismo de finales del siglo XVI, John Dee —al que conoció durante su estancia en Inglaterra— entre ellas. Sabemos que Dee y su colaborador Edward Kelly desempeñaron un papel crucial en el establecimiento de las bases doctrinales de los rosacruces, y Bruno, que en 1585 fue de Francia a Alemania, compartía muchas de las convicciones e ideas herméticas de Dee. Los rosacruces constituían una sociedad secreta que enseñaba una forma iconoclasta del hermetismo cristiano. Estaban convencidos de que el uso del ritual y la lógica simbólica podía proporcionar un gran poder psicológico. Muchas de sus doctrinas eran claramente retrógradas, poniendo un gran énfasis en la *prisca sapientia*. Pero, al igual que la filosofía de Bruno, la doctrina de los rosacruces también hablaba de unificación, de utilizar los fascinantes panoramas revelados por la nueva filosofía natural. Por consiguiente no es ninguna coincidencia que muchos nombres habitualmente identificados con el establecimiento de la Royal Society y las primeras fases de la gestación de la Ilustración también hayan sido relacionados con los rosacruces.¹²

Cuando fue consumido por las llamas, Bruno puso en movimiento engranajes dentro de engranajes e hizo girar las ruedas del cambio, pues el fénix dorado se cernía sobre él. Bruno se había reinventado a sí mismo muchas veces a lo largo de su existencia, volviendo a levantarse después de cada fracaso para librar nuevos combates. Prendió fuegos intelectuales en muchas partes de Europa, y luego seguía su camino cuando las llamas empezaban a calentar demasiado. De la misma manera, en la muerte, sus palabras y sus ideas supieron burlar la aniquilación que pretendían los car-

denales. De hecho, hoy en día los perseguidores de Bruno han caído en el olvido, lo mismo que sus ideas, e incluso la Iglesia se ha debilitado sensiblemente. En cambio, la estatura de Bruno ha crecido, y actualmente su legado es más apreciado y honrado que en ningún otro momento desde su muerte. Esos cuatrocientos años nos han conducido desde un montón de cenizas en Campo dei Fiori hasta un mundo más tolerante en el que pensadores como Bruno pueden expresar sus opiniones radicales y donde el desafío es bienvenido y apreciado, un mundo donde por fin podemos empezar a imaginar una forma de unidad, una semblanza de armonía, algo que se aproxime a aquel mundo visualizado por el Nolano.

No se me ocurre mejor manera de terminar esta historia que las palabras del mismo Bruno que equivalen a su propio epitafio. Es un conmovedor pasaje de una de sus últimas obras, *De monade*, publicada el año de su regreso a Italia. Expresa su estado de ánimo mientras hacía el equipaje para emprender su último viaje en calidad de hombre libre y resume la visión que tenía de su vida, de su legado y del lugar que ocupaba dentro del gran esquema de las cosas.

«Mucho he luchado. Creí que sería capaz de salir vencedor... Y tanto el destino como la naturaleza reprimieron mi celo y mi fortaleza. El mero hecho de haberlo intentado ya es algo, porque ahora veo que el conseguir alzarse con la victoria está en manos del destino. No obstante, había en mí algo que yo era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa.»

Notas

CAPÍTULO UNO

1. Archivos Vaticanos, Documento romano xxvi. Parte del contenido de dichos archivos y algunos documentos de la Inquisición veneciana fueron publicados por primera vez en la *Vita di Giordano Bruno* de Vittore Spampanato (Mesina, 1921), pp. 599-786. Posteriormente fueron utilizados por Giovanni Gentile en *Documenti della vita di Giordano Bruno* (Florencia, 1933). Dichos documentos fueron complementados por los descubrimientos que Mercati publicó en 1942 como *Il sommario del processo di Giordano Bruno* (Studi e Testi, Ciudad del Vaticano).

2. Documento romano xxxiii.

CAPÍTULO DOS

1. *Dialéctica de la naturaleza*, Friedrich Engels, p. 21.

2. Refiriéndose a este choque de ideologías, el autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* (uno de los títulos incluidos en el *Index Librorum Prohibitorum*), Edward Gibbon, escribió con evidente cinismo que en Nicea la cristiandad se había dividido por una palabra.

3. El arrianismo sobrevivió obstinadamente a todos los intentos de aniquilarlo llevados a cabo por la Iglesia católica, y uno de los más famosos de los seguidores de Arrio fue Isaac Newton.

4. El más importante de los cuales fue *La práctica de la Inquisición*, concluido por Gui en 1324.

5. Durante mucho tiempo se ha sospechado que los juicios a las brujas y el asesinato de tantos inocentes en realidad no fueron obra de fieles creyentes convencidos de estar combatiendo a una fuerza maligna representada por millares de brujas. Actualmente se cree que ese horrendo proceso supuso un estallido particularmente feroz de misoginia sin precedentes impulsado por unos cuantos representantes poderosos de la jerarquía eclesiástica.

6. Lo que vuelve todavía más lamentable este acto ya tan infame de por sí es el hecho de que, cuando fue arrestado, Servet estuviera a punto de descubrir cómo la sangre circula dentro del cuerpo, en un trabajo que se adelantó setenta y cinco años a la revolucionaria investigación publicada por William Harvey en su *On the Motions of the Heart and the Blood* (1628).

CAPÍTULO TRES

1. Por increíble que parezca, Roma había tenido tres Papas entre la muerte de Sixto V en agosto de 1590 y la asunción de Clemente VIII en febrero de 1592. Urbano VII reinó durante dos semanas en septiembre de 1590; Gregorio XIV lo hizo durante diez meses desde diciembre de 1590 hasta octubre de 1591; e Inocencio IX durante sesenta y dos días, desde octubre hasta diciembre de ese mismo año.

2. Carta fechada el 21 de enero de 1592 y enviada por Haveken-thal de Brandeburgo a Miguel Forgacz de Baviera, reproducida en *Acidalius, Valens; Epistle. A fratre editum*, publicado en Fráncfort en 1606, p. 10.

3. Mocenigo estaba interesado especialmente en el «arte de la memoria» o mnemónica, el cual había sido el tema principal de sus cartas a Bruno en Fráncfort. Me ocuparé de esta arcana disciplina en el capítulo siguiente.

4. Doc. vij.

5. Doc. v.

6. Doc. vj.

CAPÍTULO CUATRO

1. Algunos lectores tal vez se pregunten por qué no menciono tres rutas paralelas del desarrollo intelectual humano: la filosofía natural, la tradición oculta y el cristianismo. He pasado por alto esta última debido a una razón importante. La doctrina cristiana no evoluciona, porque al estar basada en dogmas inmutables no puede desarrollar u ofrecer nada original o radical. Naturalmente, el sendero oculto y la herencia cristiana comparten el inconveniente de ser sistemas de pensamiento basados en la fe, pero lo que los diferencia marcadamente es que la teología cristiana rechaza drásticamente el cambio o la innovación (como demuestra esta historia), en tanto que la tradición oculta dependía de ellos. Aun suponiendo que luego no tuviera mayor trascendencia práctica, esa disposición a confiar en la intuición y la inventiva podía hermanar al filósofo natural (o yatro-científico) con el místico o el ocultista, de tal manera que tarde o temprano cada uno descubriría que era casi totalmente incompatible con la teología; a pesar de que comparten algunos intereses fundamentales.

2. Aristóteles no fue el único pensador de la Antigüedad que planteó la noción de un universo geocéntrico. Dicho error también fue propugnado por un contemporáneo de Aristóteles, Eudoxo, y nuevamente, medio milenio después de Aristóteles, por el alejandrino Hiparco, contemporáneo de Tolomeo.

3. Lucrecio, «La persistencia de los átomos», en *La naturaleza de las cosas* (h. 60 a.C.) [ed. española en Altaya, Madrid, 1995].

4. Véase E. McMullin, «Bruno and Copernicus», *Isis* 78, pp. 55-74, 1987.

5. Esto fue revelado por el historiador Isaac Casaubon en 1614.

6. La astrología ha sido percibida por muchos intelectuales como indigna de ser tomada en serio. Leonardo despreciaba al astrólogo de la corte, Ambrogio Varese da Rosate, con el cual se vio obligado a trabajar bajo el mecenazgo del duque de Milán, Ludovico Sforza, y Pico della Mirandola dedicó feroces ataques al arte en su *De Astrologia*.

7. En uno de sus libros más importantes, *Sigillus Sigillorum* [Sello de sellos], una asombrosa visión de futuro, Bruno escribe, que los alquimistas no tendrían éxito en su interminable búsqueda de la piedra

filosofal, pero que durante su viaje se tropezarían con muchas cosas que serían de gran utilidad para la filosofía natural. Esto resultó totalmente cierto, porque a pesar de que los alquimistas no obtuvieron ningún resultado de valor teórico duradero, fueron responsables de la invención de muchas técnicas de laboratorio de gran utilidad y de las primeras versiones de equipos todavía utilizados.

8. Bruno, *De la causa, principio et uno* [*De la causa, el principio y el uno*], Londres, 1854.

9. Ernst Cassirer, *Essay on Man: Introduction to the Philosophy of Human Culture*, Berlín, 1944.

10. Los libros de Bruno sobre el arte de la memoria son: *De umbris idearum* [*La sombra de las ideas*], (1582) *Cantus Circaeus ad eam memoriae praxim ordinatus quam ipse ludiciarum appellat* [*El canto de Circe*] (1582), *Ars reminiscendi et in phantastico campo exarandi* [*El arte del recuerdo*] (1583), *Lampas triginta statarum* [*La lámpara de treinta estatuas*] (1587) y *De imaginum, signorum et idearum compositione, ad omnia, inventionum, dispositionum et memoriae genera* [*Acerca de la composición de imágenes, signos e ideas*] (1591).

11. Muchas de estas obras se han perdido, y algunas nunca fueron publicadas. Bruno también escribió un mínimo de dos obras teatrales. La más conocida es *Il Candelaio* [*El portador de la antorcha*], una comedia satírica compuesta durante su primera estancia en París alrededor de 1582. (Véase Apéndice III)

12. El otro libro de este cuarteto es *De l'infinito universo e mondi* [*Del infinito, del universo y sus mundos*], otra gran obra de cosmología no-matemática. [ed. española en Alianza, Madrid, 1995].

CAPÍTULO CINCO

1. Doc. i.

2. Doc. i.

3. Doc. ij. El «libro de conjuros» del que habla Mocenigo era los *Sellos de Hermes y Tolomeo*, el cual sabemos se hallaba en poder de Bruno cuando fue detenido.

4. Doc. v.

5. Doc. i.

6. Doc. iii.

7. Doc. vii.

8. Doc. xi.

9. Doc. xiiij.

10. Doc. I.

11. M.S. Fr 20309, fol. 345, V. sqq. Bibliothèque Nationale.

12. Durante el juicio en Venecia, Mocenigo también mantuvo que Bruno había faltado en muchas ocasiones a sus votos de castidad. Es interesante señalar que los inquisidores venecianos también pasaron por alto esta cuestión, un hecho que parece confirmar la idea de que no querían que ningún acontecimiento tangencial oscureciera lo que realmente les interesaba.

13. Doc. ix.

14. Doc. xij.

15. Registres du Consistoire: Volumen correspondiente a 1577-1579, Biblioteca de la Universidad de Ginebra.

16. Doc. xij.

17. Doc. ix. Con ello se refería al conflicto religioso suscitado entre los hugonotes y los católicos que terminó causando la matanza del día de San Bartolomé de 1572.

18. Doc. ix.

19. John Bossy, *Giordano Bruno and the Embassy Affair*, Yale University Press, 1991 [*Giordano Bruno y el caso de la embajada*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1994].

20. Doc. ix.

21. Doc. xvij y doc. xi.

22. Dichas obras eran el *Trivium* [*Acerca de la gramática, la retórica y la dialéctica*] y el *Quadrivium* [*Acerca de la aritmética, la matemática, la astronomía y la música*], que juntas constituyen los siete libros mencionados por Bruno.

23. Doc. ix.

24. Las prisiones venecianas eran particularmente terribles debido a lo abarrotadas que estaban. Insólitamente, Bruno fue mantenido en confinamiento solitario a causa de la naturaleza de sus crímenes: las autoridades no querían que hiciera proselitismo de sus ideas entre una audien-

cia cautiva e impresionable. El año anterior al arresto de Bruno, un médico local llamado Giovanni Ottato publicó un informe oficial que condenaba el tratamiento de los prisioneros e incluía una letanía de problemas endémicos en el sistema de prisiones veneciano, haciendo hincapié en la incidencia de enfermedades causadas por las condiciones insalubres, la falta de ventilación, las ratas que infestaban las celdas y la pésima dieta de los prisioneros.

25. Doc. viii.

26. Doc. x.

27. Doc. ix.

28. Doc. xvij.

29. Doc. vi.

30. Doc. ix.

31. Doc. xi.

32. Doc. xij.

33. Doc. xi.

34. Doc. xij.

35. Ibid.

36. Doc. xi.

37. Doc. xiv.

38. Doc. ix.

39. Doc. xij. Raimundo Lulio, o Ramón Lull como se lo conocía habitualmente, fue un personaje clave en la cultura mágica y alquímica de Europa a comienzos del siglo xiv y fue encarcelado en la Torre de Londres por el rey Eduardo III, quien ordenó que no se le quitaran las cadenas hasta que hubiera producido oro para financiar una Cruzada. Es posible que Bruno empezara a llamar «Lulio» a Lull después de su estancia en Inglaterra. Escribió en bastantes ocasiones sobre la obra de Lull y dio una serie de disertaciones en Oxford y París sobre lo que llamaba «filosofía lulliana».

40. Doc. xiv.

41. Ibid.

42. Doc. xiv.

43. Doc. xvij.

44. Ibid.

45. Durante esa época, este tipo de «doble pensar» era una técnica

muy común empleada por los que mantenían tratos con las autoridades eclesiásticas. Argumentos similares habían salvado al filósofo Pietro Pomponazzi después de que en 1516 hubiera escrito un tratado, *De immortalitate animae*, en el que observaba que la inmortalidad del alma no podía ser confirmada utilizando la lógica aristotélica. Cuando logró convencer a sus jueces de que hablaba en un sentido puramente filosófico y de que su razonamiento no había tenido impacto alguno sobre la teología, Pomponazzi se salvó de ser quemado vivo. Al principio del juicio, Bruno también había afirmado que lo que decía era «... según los principios naturales y el entendimiento natural, no teniendo nada que ver con lo que principalmente debe ser mantenido de acuerdo con la fe».

46. Morosini es un antiguo apellido veneciano muy común. Famosos almirantes, generales, mercaderes y un mínimo de cinco dogos lo han compartido. No obstante, el estudioso Andrea Morosini y el político Tomás Morosini sólo estaban emparentados de manera muy lejana. Andrea Morosini había tenido una ilustre carrera como estudioso en la Universidad de Padua y como embajador veneciano. En 1600 llegó a senador y cinco años después ingresó en el máximo organismo del gobierno, el *Collegio dei Savii* (Gabinete de Ministros).

47. Doc. xv.

48. Doc. xvj.

49. Doc. xvij.

CAPÍTULO SEIS

1. Doc. xviii.

2. Doc. xix.

3. Doc. xx.

4. Doc. xxi.

5. Doc. xxij.

6. Doc. xxijj.

7. Doc. xxiv.

8. Doc. xxv.

CAPÍTULO SIETE

1. Bernard Gui, *Manuel de l'Inquisiteur*, trad. G. Mollat, Société d'Édition «Les Belles Lettres», París, 1964.

CAPÍTULO OCHO

1. Documento romano iii.
2. Lynn Thorndike, *A History of Magic and Experimental Science*, vol. VII, Nueva York, 1958, p. 292.
3. Giordano Bruno, *De gli eroici fuori [Los heroicos furores]*, París, 1585 [ed. española en Tecnos, Madrid, 1987].
4. Giordano Bruno, *La cena de le ceneri [La cena de las cenizas]*, Londres, 1584 [ed. española en Alianza, Madrid, 1993].
5. Documento romano xviii.
6. Documentos romanos xxiv² y xxiv³.
7. Documento romano xxvi.

CAPÍTULO NUEVE

1. Documento romano xxix.
2. MS. Urbano 1068 (Documentos romanos xxviii, xxxi y xxxii), Biblioteca del Vaticano.
3. Otros relatos cuentan que los herejes particularmente aborrecibles eran quemados utilizando madera muy seca. De esa manera se producía muy poco humo, con lo que había menos probabilidades de que la víctima se asfixiara. Las llamas ardían más intensamente, y las heridas iban quedando cauterizadas hasta que el organismo sucumbía al *shock*. No sabemos si Bruno se ganó este bárbaro final, pero los poderosos que decretaron su muerte lo consideraban el peor hereje habido en toda la historia de la Iglesia.

CAPÍTULO DIEZ

1. Ellen Knickmeyer, «Tributes made to the martyr of free thought Giordano Bruno», *The Associated Press*, viernes 18 de febrero de 2000.

2. Ernst Haeckel, el célebre biólogo evolutivo y amigo de Darwin, escribió un discurso para dicho acto.

3. Bruno fue un «hombre de ideas», pero tuvo un profundo efecto sobre muchas personalidades de su época y de generaciones posteriores que también se interesaron por el experimento. El mejor ejemplo de ello se encuentra en la obra de William Gilbert, un contemporáneo inglés de Bruno que conoció al Nolano durante la estancia de éste en Inglaterra poco después de 1580. En su *De Magnete*, publicado el año de la muerte de Bruno, Gilbert aplicaba un pensamiento similar al «copernicismo universal» de Bruno tal como fue expresado en *La cena del miércoles de Ceniza*, escrita en Londres en 1584.

4. Véase P. O. Kristeller, *Eight Philosophers of the Italian Renaissance*, Stanford University Press, 1964 [*Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1996].

5. En uno de sus experimentos del pensamiento, Bruno imaginó que estaba flotando muy por encima de nuestro planeta. Conforme se iba acercando a la luna, fue imaginando que ésta se volvía más grande en tanto la tierra se empequeñecía. Vista desde la superficie lunar, la tierra parecía un satélite y la luna había adquirido las dimensiones de la tierra. Viajando todavía más lejos, imaginó a la tierra y la luna como dos puntitos de luz que terminaron desapareciendo en la noche infinita. Partiendo de esto, Bruno determinó una forma primitiva de relatividad no-matemática en la que se daba especial importancia al hecho de que la apariencia de la realidad de las cosas no siempre es la misma. Para nosotros, la visión de la tierra como un puntito de luz casi ha llegado a ser un lugar común porque todos hemos visto muchas películas de ciencia-ficción, pero para las gentes de una época en la que ir de una aldea a la siguiente representaba una considerable aventura, tales ideas suponían un descubrimiento sin precedentes.

6. Christian Huygens, *The Celestial Worlds Discovered*, Londres, 1698.

7. Es interesante recordar que contemporáneamente Newton tam-

bién llegó a sus grandes descubrimientos a través de una conjunción de sus talentos como experimentador, su comprensión de las matemáticas y su conocimiento de la alquimia y la antigua religión. He analizado a fondo este tema en mi libro *Isaac Newton: The Last Sorcerer* [Isaac Newton, SM, Madrid, 1991].

8. *Punch*, vol. V, n.º 389, pp. 301-305, Londres, 1712.

9. G. W. Hegel, *Lectures on the History of Philosophy*, vol. III, p. 156 [Lecciones sobre la filosofía de la historia universal, Alianza, Madrid, 1997].

10. Giordano Bruno, *Opere italiane* (edición de Giovanni Ventile y Vincenzo Spampinato), Bari, Giuseppe Laterza e Figli, 1925-1927, 3 volúmenes, II, p. 192.

11. Angelo Mercati, *Il sommario del processo di Giordano Bruno*, Ciudad del Vaticano, 1942.

12. Véase Francis Yates, *The Rosicrucian Enlightenment*, Routledge, Londres, 1972.

OTRAS OBRAS DE GIORDANO BRUNO

TRADUCIDAS AL ESPAÑOL

Cábala del caballo Pegaso, Alianza, Madrid, 1990.

La expulsión de la bestia triunfante, Alianza, Madrid, 1995.

Mundo, magia, memoria, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.

El lugar de Bruno en la historia

h.560-h.480 a.C.: Pitágoras.

h.460-h.370 a.C.: Demócrito.

428-348 a.C.: Platón.

384-322 a.C.: Aristóteles.

287-212 a.C.: Arquímedes.

h.250 a.C.: Primeras menciones de la biblioteca de Alejandría.

23-79: Plinio.

129-h.200: Galeno.

100-170: Tolomeo.

siglo II: Posibles orígenes de los textos herméticos.

325: El primer concilio de Nicea.

h.450: Caída de Roma.

h.450: Fundación de Venecia.

h.500: Organización de la ciencia árabe.

h.1000: Fundación de Florencia.

1206-1280: Alberto Magno.

1225-1274: Tomás de Aquino.

h.1210-1292: Roger Bacon.

1389-1464: Cósimo de Médicis.

h.1440: Primera imprenta.

1449-1492: Lorenzo de Médicis.

1452-1519: Leonardo da Vinci.

1473-1543: Copérnico.

1492: Colón descubre el Nuevo Mundo.

- 1491-1547: Enrique VIII.
1533-1603: Isabel I.
1536-1605: Clemente VIII.
1542-1621: Roberto Belarmino.
1543: Publicación del *De revolutionibus orbium coelestium*, de Copérnico.
1548: Nace Giordano Bruno.
1551-1589: Enrique III de Francia.
1561-1626: Francis Bacon.
1564-1616: William Shakespeare.
1564-1642: Galileo Galilei.
1571-1630: Johannes Kepler.
1572: Matanza del día de San Bartolomé.
h.1590: La primera sociedad científica, el Círculo Pinelli, es fundada en Padua.
1596-1650: René Descartes.
1600: Bruno es quemado vivo.
1609: Galileo utiliza por primera vez el telescopio para observar la Luna y los satélites de Júpiter.
1616: *Revoluciones* es incluido en el Índice de Libros Prohibidos.
1629-1695: Christian Huygens.
1633: El juicio de Galileo.
1642-1727: Isaac Newton.
1662: Formación oficial de la Royal Society en Londres.
1687: Publicación del *Principia Mathematica* de Newton.
1704: Publicación de la *Opticks* de Newton.

Breve cronología de la vida de Bruno

1548: Nace en Nola, cerca de Nápoles, en el sur de Italia.

1554-1563: Se educa en Nola.

1563: Ingresa en el monasterio de Santo Domenico, Nápoles.

1576: Abandona el monasterio al hacerse sospechoso de herejía. Excomulgado *in absentia*.

1576-1577: En Venecia y Padua.

1577-1579: Vive durante cortos períodos en Roma, Génova, Noli, Bér-gamo, Savona y Turín.

1579: En Ginebra y Lyon. Los calvinistas lo someten a juicio en Ginebra, pero sólo se le hace una advertencia.

1579-1581: Enseña en Toulouse, Francia.

1581-1583: Enseña en Francia. Pasa algún tiempo en París, en la corte de Enrique III.

1583-1585: En Inglaterra, donde trabaja como espía para Francis Walsh-ingham, enseña en Oxford y escribe muchos de sus libros más célebres.

1584: Publica en Inglaterra la *Cena del miércoles de Ceniza* y *La expulsión de la bestia triunfante*.

1585: Regresa brevemente a Francia.

1586-1588: Enseña en Wittemberg, Alemania.

1588-1590: Vive y trabaja en Praga y Helmstedt.

1590-1591: Vive en Fráncfort y Zurich.

Otoño de 1591: Va a Venecia invitado por Giovanni Mocenigo.

Noviembre de 1591-marzo de 1592: Enseña en la Universidad de Padua.

Mayo de 1592: Es arrestado por la Inquisición veneciana y sometido a juicio.

Febrero de 1593: Es encarcelado en la prisión de la Inquisición romana.

19 de febrero de 1600: Quemado vivo en Campo dei Fiori, Roma.

Principales obras de Bruno

<i>Fecha de publicación</i>	<i>Publicada en</i>	<i>Título y breve descripción</i>
1572	¿Nápoles?	<i>De arca Noe</i> . No más tarde de 1576-1581 (Actualmente perdida) <i>De sfera</i> . Un curso de disertaciones dadas en Toulouse.
1576 (Actualmente perdida)	Venecia	<i>De' segni de'tempi</i> . Un tratado filosófico mencionado por Bruno durante el juicio en Venecia.
1582	París	<i>Ars memoriae</i> . Su primera obra sobre el arte de la memoria.
1582	París	<i>Cantus circaeus</i> . Otra obra sobre el arte de la memoria.
1582	París	<i>De compendiosa architectura et complemento artis Lullii</i> . Una obra más sobre la memoria, relacionada con las ideas de Raimundo Lulio.
1582	París	<i>De umbris idearum</i> [La sombra de las ideas] Mnemónica.

- | | | |
|------|---------|---|
| 1582 | París | <i>Cantus Circaeus ad eam memoriae praxim ordinatus quam ipse ludiciarum appellat [El canto de Circe].</i> Mnemónica. |
| 1582 | París | <i>Il Candelaio [El portador de la antorcha].</i> Obra de teatro satírica. |
| 1583 | París | <i>Ars reminiscendi et in phantastico campo exarandi [El arte del recuerdo].</i> Mnemónica. |
| 1584 | Londres | <i>La cena de le ceneri [La cena del miércoles de Ceniza].</i> Relato en el que expone sus ideas sobre la cosmología. |
| 1584 | Londres | <i>De la causa, principie et uno [De la causa, el principio y el uno].</i> Otro tratado sobre el infinito y la cosmología. |
| 1584 | Londres | <i>De l'infinito universo et mondi [Del infinito, el universo y sus mundos].</i> Cosmología y copernicanismo universal. |
| 1584 | Londres | <i>Spaccio de la bestia triunfante [La expulsión de la bestia triunfante].</i> Tratado filosófico en el que explica su radical modelo espiritual. |
| 1587 | París | <i>Lampas triginta statarum [La lámpara de las treinta estatuas].</i> Mnemónica. |

- | | | |
|----------------------|--|--|
| 1587 | París | <i>De lampade combinatoria Lulliana</i> [La lámpara de combinación de Raimundo Lulio]. Libro sobre el arte de la memoria. |
| 1590 | Helmstedt | <i>De magia</i> [Sobre la magia]. |
| 1591 | Fráncfort | <i>De imaginum, signorum et idearum compositione, ad omnia, inventionum, dispositionum et memoriae genera</i> [Acerca de la composición de imágenes, signos e ideas]. Mnemónica. |
| 1591 | Fráncfort | Trilogía de Fráncfort, formada por <i>De inmenso</i> , <i>De monade</i> y <i>De minimo</i> . Recapitulación de la filosofía bruniana. |
| 1591
(Incompleto) | Un borrador en Fráncfort (1590), y otro en Padua (1591). | <i>De vinculis in genere</i> [Acerca de los vínculos en general]. Recapitulación de su filosofía y sus opiniones religiosas. |

Bibliografía

- Baigent, Michael y Leigh, Richard, *The Inquisition*, Viking, Londres, 1999.
- Berti, Domenico, *Vita di Giordano Bruno*, Turín, 1868.
- Bossy, John, *Giordano Bruno and the Embassy Affair*, Yale University Press, Londres, 1991.
- Bruno, Giordano, *The Ash Wednesday Supper* (editado y traducido por Edward A. Gosselin y Lawrence S. Lerner), University of Toronto Press, 1977.
- Bruno, Giordano Bruno, *The Expulsion of the Triumphant Beast* (editado y traducido por Arthur D. Imerti), University of Nebraska Press, 1992.
- Boulting, William, *Giordano Bruno: His Life, Thought and Martyrdom*, Londres, 1914.
- Chamberlin, E. R., *The World of the Italian Renaissance*, Book Club Associates, Londres, 1982.
- Cochrane, Eric, *Italy 1530-1630*, Longman, Londres, 1988.
- Cohn-Sherbok, Lavinia, *Who's Who in Christianity*, Routledge, Londres, 1998.
- Franzoi, Umberto, *The Prisons of the Doges Palace in Venice*, Electra Press, Milán, 1997.
- Fowler, Alastair, *Time's Purpled Masquers: Stars and the Afterlife in Renaissance English Literature*, Oxford University Press, 1996.
- Fumerton, Patricia y Hunt, Simon (editores), *Renaissance Culture and the Everyday*, University of Pennsylvania Press, 1999.

- Greenberg, Sidney (traductor), *The Infinite in Giordano Bruno*, Nueva York, 1950
- Gatti, Hilary, *Giordano Bruno and Renaissance Science*, Cornell University Press, Londres, 1988.
- Hall, A. Rupert, *From Galileo to Newton*, Dover Publishing Company, Nueva York, 1981.
- Holden, Anthony, *William Shakespeare: His Life and Work*, Little Brown, Londres, 1999.
- Krieteller, P. O., *Eight Philosophers of the Italian Renaissance*, Stanford University Press, 1964.
- Manchester, William, *A World Lit only by Fire: The Medieval Mind and the Renaissance*, Macmillan, Londres, 1993.
- Merback, Mitchell B., *The Thief, the Cross and the Wheel: Pain and the Spectacle of Punishment in Medieval and Renaissance Europe*, Reaktion Books, Londres, 1999.
- Mercati, Angelo, *Il Summario del Processo di Giordano Bruno*, Studi e Testi, Ciudad del Vaticano, 1942.
- Naphy, William G. (editor y traductor), *Documents of the Continental Reformation*, Macmillan, Londres, 1996.
- Norwich, John Julius, *A History of Venice*, Penguin, Londres, 1983.
- Partner, Peter, *The Murdered Magicians*, Londres, 1987. [*El asesinato de los magos*, Martínez Roca, Barcelona, 1987].
- Procacci, Giuliano, *History of the Italian People*, Penguin, Londres, 1991.
- Rosenthal, Margaret, *The Honest Courtesan*, The University of Chicago Press, 1992.
- Rossetti, Lucia, *The University of Padua*, Edizioni Erredici, Padua, 1999.
- Singer, Dorothy, *Giordano Bruno: His Life and Thought*, Nueva York, 1950.
- Spampanato, Vittore, *Vita di Giordano Bruno*, Mesina, Italia, 1921.
- Stewart, Ian A., *Philip Sidney: A Double Life*, Chatto and Windus, Londres, 1999.
- Trevor-Roper, H. R., *The European Witch-Craze of the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Penguin, Londres, 1967 [*La época de la expansión: Europa y el mundo desde 1559 hasta 1660*, Alianza, Madrid, 1988].

- White, Michael, *Leonardo: The First Scientist*, Little, Brown, Londres, 2000 [*Leonardo, el primer científico*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001].
- White, Michael, *Isaac Newton: the Last Sorcerer*, Fourth Estate, Londres, 1997 [*Isaac Newton*, SM, Madrid, 1991].
- Yates, Frances A., *The Art of Memory*, Pimlico, Londres, 1992.
- Yates, Frances A., *The Rosicrucian Enlightenment*, Routledge, Londres, 1972.
- Yates, Frances A., *Giordano Bruno and the Hermetic Tradition*, University of Chicago Press, 1964 [*Giordano Bruno y la tradición hermética*, Ariel, Barcelona, 1994].

Sitios de utilidad en la Red

La Red proporciona literalmente miles de sitios web dedicados a Bruno.

Ésta es una pequeña muestra de los más instructivos.

The Folly of Giordano Bruno.

www-astronomy.mps.html

Giordano Bruno: Father of the Modern Universe.

www.users.nais.com/~thack/bruno.html

New Advent

www.newadvent.org/cathen/03616a.html

Giordano Bruno

www.Es.Rice.edu/ES/humsoc/Galileo/Catalog/Files/bruno.html

Biography of Giordano Bruno

www.setileague.org/awards/brunoquo.html

Erin Looney on Giordano Bruno

www.honors.unr.edu/fenimore/wt202/looney.html

Giordano Bruno (1998), por John Patrick Michael Murphy

www.infidels.org/library/modern/johnmurphy/giordanobruno.html

Science and Human Values: Bruno, Brahe and Kepler, profesor Fred L. Wilson

www.rit.edu/~flstv/bruno.html

Giordano Bruno: The Forgotten Philosopher

www.aracnet.com/-atheist/hist/bruno.html

Giordano Bruno. World Socialist Web-Site

www.wsws.org/articles/2000/feb2000/brun-f16.shtml

Giordano Bruno: Pantheist Martyr

[www.members.aol.com/pantheism\)/brunlife.html](http://www.members.aol.com/pantheism)/brunlife.html)

The Harbinger

www.entropy.me.usouthal.edu/harbinger/xvi/9/111/btrx.html

The History Guide. Lectures on Modern European Intellectual History.

www.pagesz.net/stevek/intellect/lecture 8a.html



Michael White es autor de *Leonardo, el primer científico*, así como de biografías de Galileo, Isaac Newton y Stephen Hawking, que le han dado renombre internacional y le han valido el aplauso de la crítica. Antes de dedicarse por completo a la escritura, colaboró con artículos científicos en la revista *GQ* y otras publicaciones, y fue director del departamento de estudios científicos en el Overbroeck College de Oxford.

GIORDANO BRUNO

el hereje impenitente

Filósofo, científico, erudito y místico, Giordano Bruno (Nola, Nápoles, 1548-Roma, 1600) siguió los pasos de Leonardo da Vinci y abrió los senderos del conocimiento que después recorrería Newton, arrojando la luz de la razón en una época de oscuridad. Bruno, sediento de saber cuando imperaba la ignorancia, puso en cuestión los dogmas de la Iglesia pero, sobre todo, lanzó una hipótesis que despertó la ira de las autoridades eclesiásticas: la posible existencia de infinitos mundos en los que criaturas como nosotros vivirían y rendirían culto a su propio dios.

Michael White centra sus investigaciones en los últimos años de Bruno, cuando éste se enfrenta en una lucha desigual contra la Inquisición y, rebelde, defiende sus teorías aunque ello le cueste la vida.

«Por una parte la devoción religiosa nos ha dado obras magníficas que enaltecen y alimentan nuestro espíritu. Por otra, produjo las cazas de brujas, los horrores de la Inquisición, las guerras de religión, las bombas de Irlanda del Norte y los niños que mueren en Palestina.»



Javier Vergara Editor

GRUPO ZETA

ISBN 950-15-2204-0



9 789501 522044

60100112